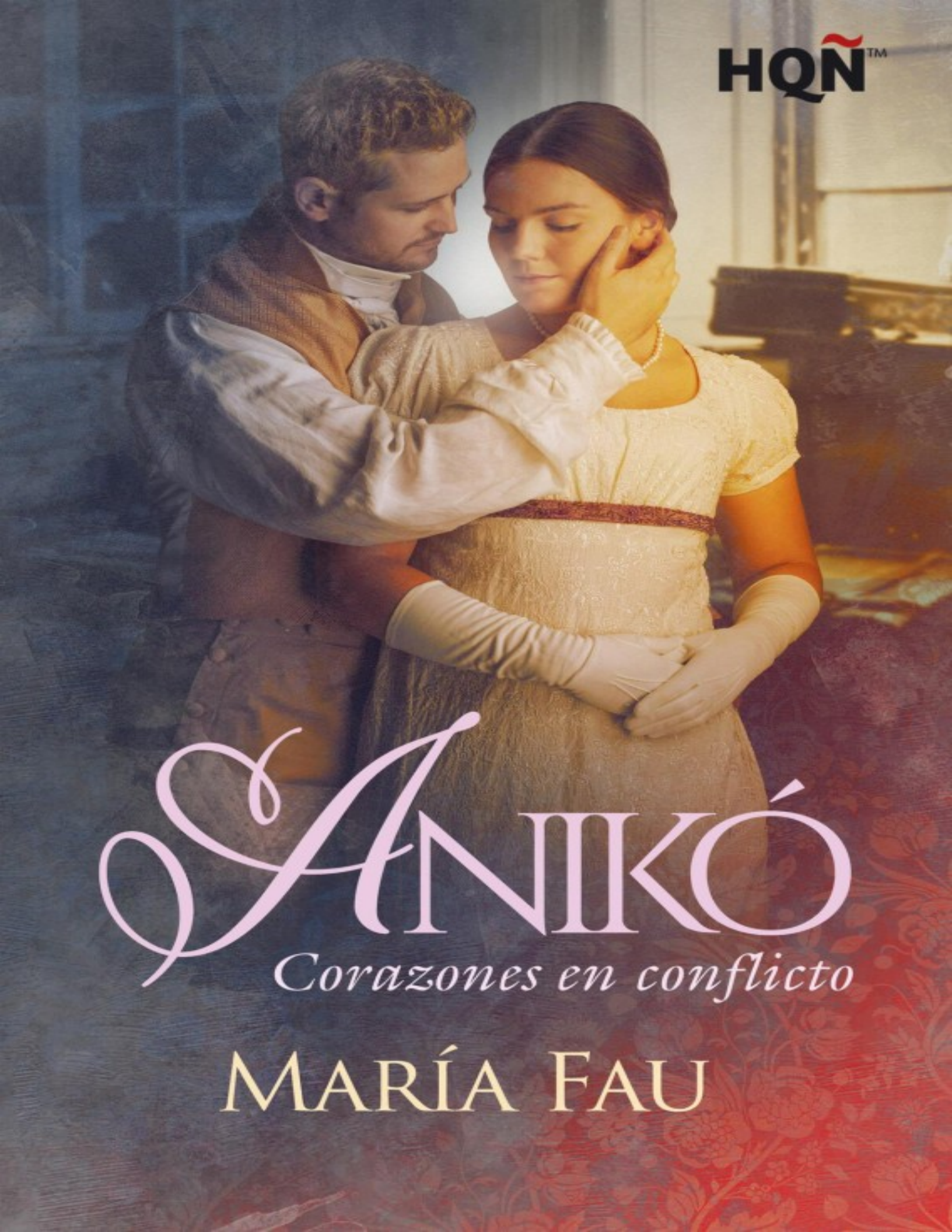

HQÑ™
Aniko
Corazones en conflicto
María Fau

Portadilla

Aniko

Corazones en conflicto

María Fau

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2025 María Fau
© 2025, Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Anikó. Corazones en conflicto, n.º 424 - agosto 2025

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 9791370006280

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII

Capítulo I

Hacía más de una semana que en Burnsyde House se esperaba la llegada del señor Robert Burnsyde, hijo mayor de la familia. Desde primera hora de la mañana se ordenaba a la más joven de las pinches que fuera a sentarse discretamente a un lado de la escalinata principal y diera la voz de alarma en cuanto su coche asomara por el paseo, así que cuando Peggy entró jadeante en la cocina gritando: «¡Está aquí!», la señora Cook apenas se inmutó, se limitó a volverse hacia uno de los criados y ordenar:

—Dile a Herbert que nos envíe otra docena de huevos, al señorito Robert le encantan las natillas. Y que necesitaremos el doble de riñones, los devora en el desayuno.

El señorito Robert, inconsciente de las alteraciones en el orden doméstico que suponía su llegada, subía en aquel momento las escaleras hacia la sala de estar de su madre, adelantando por el camino a Briggs, el mayordomo, que pretendía anunciarle, y entrando sin más aviso que un rápido tabaleo en la puerta. Esa prisa hizo que encontrara a la señora Sarah Burnsyde cómodamente echada sobre un diván, con los pies descalzos sobre un almohadón y absorta en la lectura de una novela que debía de ser apasionante, porque no levantó la cabeza de ella hasta que su hijo cruzó en dos zancadas la habitación y la besó en la frente.

—¡Robert! ¡Qué alegría! —dijo, echándole los brazos al cuello. Luego se dio cuenta de lo impropio de su postura y, recuperando la posición sentada y calzándose con todo el disimulo del que era capaz, añadió—: Pero, hijo, deberías llamar antes de entrar. Me has cogido desprevenida.

—Me gustas cuando estás desprevenida —respondió con afecto su hijo—. Esos abrazos, por ejemplo, solo los das cuando lo estás, y los prefiero con mucho al frígido recibimiento que nos hizo la tía Eliza.

Robert había pasado los últimos meses haciendo con su primo Philip el Grand Tour por Europa que hasta entonces la guerra les

había impedido realizar, y a la vuelta se había detenido en la casa de los padres de este, Richard y Eliza, antes de regresar a la suya.

—Tu tía Eliza es una mujer de una educación exquisita —protestó su madre, con escaso convencimiento.

—Es mi opinión que cuando la educaron pusieron tanto énfasis en la parte de «exquisita» que quedó poco para la parte de «mujer».

—¡Robert! Espero que no se te haya ocurrido…

—No, madre —la interrumpió él alegremente—, no se lo he dicho a nadie más. Sabes que solo soy cáustico e irreverente en la más estricta intimidad. Dime, ¿no quieres saber qué te he traído?

—Hijo, no tenías que traerme nada… ¿Qué es? —dijo Sarah alargando la mano para coger el paquete que su hijo había sacado del bolsillo.

Un paño de tela encerada protegía una caja de madera labrada. Sacó de esta una segunda pieza de tela, en terciopelo rojo, y la desdobló, dejando al descubierto una cadena de oro de la que colgaba una estrella de topacio y chispas de diamante. La pieza no era demasiado lujosa, pero sí bella y delicada. Sarah lanzó una exclamación de placer y se llevó el *pendentif* al cuello.

—¡Es precioso! Anda, coge el espejo que hay sobre la cómoda del fondo, quiero ver cómo queda puesto.

La puerta se había abierto sin que ninguno de los dos se diera cuenta y un caballero de mediana edad, vestido aún con ropa de montar, les contemplaba desde ella con una media sonrisa.

—Querida, no recuerdo que te hayas mostrado tan entusiasta con mis últimos regalos, estoy a punto de sentirme celoso.

Robert se volvió de inmediato y fue hacia él con la mano extendida.

—Me alegro mucho de volver a verle, señor.

—Y yo de verte a ti, hijo —respondió el señor Burnsyde—. ¿Hace mucho que llegaste?

—Unos minutos.

—Te propongo entonces que vayamos los dos a nuestras habitaciones a quitarnos un poco el polvo antes de la cena. ¿Tenemos invitados hoy, Sarah?

—No, estaremos solos los cuatro.

—Qué afortunado que cenemos en familia, Robert tendrá mucho que contarnos.

Era la costumbre de la familia Burnsyde reunirse en la pequeña sala adyacente al comedor de diario y esperar a la cena con una copa de Madeira como aperitivo. Cuando Robert entró en la sala su madre aún no había bajado, pero su padre y su hermano menor, Charles, saboreaban ya el vino, inmersos en una apasionada discusión de las virtudes del nuevo caballo de caza del joven. Apasionada, al menos, por parte de Charles, puesto que Benjamin hacía poco más que escuchar y asentir distraído.

—¡Robert! —se interrumpió Charles a sí mismo al ver entrar a su hermano—. ¡Por fin! Hace más de dos semanas que recibimos tu carta anunciando que embarcabas, ¿dónde te habías metido?

Se había plantado al lado de su hermano y le sacudía enérgicamente la mano derecha a la vez que le daba palmadas en la espalda con la izquierda con el mismo entusiasmo.

—Pasé unos días en casa de nuestros tíos Shelby.

—¿En Blackthorn Grove? Si lo hubiera sabido, habría ido a buscarte allí.

—No estaban en Blackthorn, seguían en su casa de Brighton.

—¿En Brighton, con la temporada de caza a punto de empezar? —se escandalizó Charles—. ¿Tienen uno de los mejores cotos de perdices de Inglaterra y piensan quedarse en Brighton en septiembre?

Su opinión de su tío Shelby no había sido nunca muy halagüeña, y en aquel momento descendió varios enteros. Hubiera dicho algo más sobre lo que consideraba una locura, pero en aquel momento entraron casi simultáneamente en la sala la señora Burnsyde y el mayordomo, anunciando este que la cena estaba dispuesta. Una vez sentados, la conversación la acaparó el reciente viaje de Robert. El señor Burnsyde había realizado uno muy similar en su juventud, y padre e hijo se enredaron en un intercambio de anécdotas y descripciones que la señora Burnsyde siguió con interés, y al que Charles hizo oídos sordos mientras rumiaba la sorprendente declaración de su hermano y daba buena cuenta de una cena que la

señora Cook había mejorado precipitadamente para festejar la llegada del heredero.

La señora Burnsyde no solía retirarse tras los postres cuando cenaban en familia. Tanto su marido como ella, valoraban demasiado la compañía mutua y la de sus hijos como para atenerse estrictamente a una etiqueta que, en todo caso, empezaba a ser desafiada por una nueva generación de mujeres poco dispuestas a ser excluidas de la conversación de los caballeros. Menos aún, si, como solía ser el caso, se las excluía para que los señores pudieran emborracharse libremente. Los criados retiraron los últimos platos y fue entonces cuando, aprovechando el momentáneo silencio que se produjo mientras Benjamin y Robert probaban el oporto, Charles puso en palabras su asombro:

—No puedo entender que el tío Shelby se haya quedado en Brighton en septiembre. ¡Él, que es una de las mejores escopetas del condado!

—Tía Eliza anda a la caza de una pieza de mucho más valor que la perdiz.

—¡Robert! —reprochó su madre, que había entendido perfectamente el comentario.

—¿La tía Eliza? —se asombró Charles, que, incluso a sus dieciocho años, se perdía casi siempre con el sarcasmo de su hermano mayor —. ¿Qué puede cazar en Brighton?

—Maridos —aclaró Robert—. La buena sociedad se levanta todos los días esperando encontrar en el *Morning Post* el anuncio del compromiso entre lord Percival Shaw, de Stenford Castle, Northumberland y lady Fanny Shelby, de Blackthorn Grove, East Yorkshire.

—Vaya, ¿Fanny se casa con el hijo de los Shaw? Me alegro. Una familia muy buena. Recuerdo perfectamente a Edwina Shaw, se presentó en sociedad el mismo año que yo.

—¡Ja! —rio Charles—. Menudo chasco se va a llevar Aloysius, no para de hablar de ella. Al parecer, en la fiesta que los tíos Shelby dieron para su presentación, ella le concedió dos bailes y le ha quedado una impresión imborrable.

A Robert su prima Fanny le había contado con cierto detalle la impresión que tanto lord Shelby como Aloysius Dawson habían dejado en ella, pero se trataba de una confidencia que no podía compartir con sus padres y eligió callar.

—¿Están Aloysius y sus padres en Fernwell? —preguntó, a la vez que rellenaba la copa de su padre.

—¿En qué otro sitio esperabas que estuvieran? —respondió Charles con acritud. Y con una imitación decente de la mordacidad de su hermano mayor, añadió—: Tienen que controlar que la propiedad sea bien gestionada, al fin y al cabo, son los herederos, ¿no?

—¡Charles!

Los hermanos cruzaron una mirada. Por mucho que su madre se escandalizara, lo que había dicho Charles respondía a la verdad. Fernwell, la gran propiedad vecina, pertenecía a sir Henry Dawson, pero él y su esposa, lady Dawson, no tenían hijos. Como la finca se heredaba por línea masculina, a su muerte pasaría a manos de su primo segundo, Jonathan, hijo del hermano menor del abuelo de sir Henry. O lo que era lo más probable, dado que Jonathan Dawson era unos años mayor que sir Henry, a las de su hijo Aloysius. Desde que lady Dawson alcanzó una edad en la que no podía esperar engendrar descendencia, los primos Dawson, que antes solo visitaban Fernwell por Navidad, empezaron a pasar largas temporadas en la casa solariega, recorriéndola con lo que a los observadores les parecía una mirada ávida. Solo un hombre de la inmensa amabilidad y sentido de la familia de sir Henry podía soportarlo, y a los Burnsyde, que apreciaban mucho a sus vecinos, les costaba simpatizar con «los otros Dawson». Aun así, a Robert le sorprendió el enfado que había percibido en su hermano. Charlie era un buenazo al que resultaba casi imposible incomodar.

—¿Qué han hecho Jonathan y su familia para merecer tu desaprobación, hermano?

—Están perpetuamente criticando a Bertie, todo lo que hace o dice les parece mal.

—¿Bertie? —Robert repasó mentalmente las familias locales buscando entre sus hijos a un Albert o Herbert con el que Charlie

hubiera podido trabar amistad.

—Se refiere a Anikó, la sobrina de sir Henry de la que te hablé por carta, querido.

—¡Ah, ya, la sobrina huérfana! —exclamó Robert, recordando vagamente la carta de la que hablaba su madre—. La chica que me dijiste que sir Henry había ido a recoger a Hungría.

—Exacto. Su nombre completo es Anikó Bertha Clara, pero, al parecer, su abuelo acostumbraba a llamarla Bertie. Es hija de Claire, la hermana de sir Henry. Se casó con el barón Laszlo Németszeghy de Bácsalmás y se fueron a vivir a la propiedad familiar, en el sur de Hungría. Desgraciadamente, poco después de nacer Anikó su carruaje volcó y murieron los dos. La niña quedó al cuidado del abuelo, el viejo barón, hasta que este murió y la pobre criatura se vio sola en el mundo con solo dieciséis años. El párroco del pueblo llevó a Anikó a un convento para que no se quedara en la calle, y escribió a sir Henry para pedirle que se hiciera cargo de ella.

—¿No quedan Németsloquesea en Hungría para ocuparse de la muchacha? Al fin y al cabo, lleva su apellido.

—Németszeghy de Bácsalmás, hijo. No, no queda nadie en esa rama de la familia.

—¡Pobre sir Henry! Otro pariente más colgado de sus faldones —se compadeció Robert, con ligereza.

Hubiera continuado con sus chanzas, pero la expresión general de desaprobación con la que se recibieron sus palabras le hizo callar.

—Consideramos que la llegada de Anikó a Fernwell ha sido un regalo del cielo para Henry y Sophia —aclaró Benjamin con cierta severidad.

—La querida Sophia ha rejuvenecido diez años gracias a ella. ¡Y cómo la cuidó Anikó este invierno, cuando tuvo uno de sus terribles cólicos! —añadió Sarah—. La pobrecilla apenas salió de las habitaciones de su tía durante una semana.

—Bertie no tiene la menor intención de colgar de los faldones de nadie —remachó Charlie—. Su intención, en cuanto sea mayor de edad, es volver a Hungría y hacerse cargo de la propiedad de su abuelo. Dice que no permitirá que se convierta en una ruina.

Robert les contempló con una sonrisa, que se acentuó cuando su mirada recayó en su hermano. Charles estaba ruborizado, erizado en la defensa de su… ¿amiga? Su deseo de conocer a Anikó-Bertie aumentó.

—Veo que la señorita Németszeghy se ha ganado todos los corazones… Bueno, salvo quizá los de «los otros Dawson».

Capítulo II

El primer día del joven señor Burnsyde en la casa familiar transcurrió de forma agradable para todas las partes implicadas. Salió a caballo con su padre por la mañana, y recorrieron juntos las granjas de la parte meridional de la propiedad, intercambiando saludos e información con los arrendatarios. Más tarde, acompañó a su madre en la ligera comida que esta solía hacer a mediodía y le leyó en voz alta después, hasta que sus suaves ronquidos le indicaron que se había quedado dormida en el diván. Entonces aprovechó su libertad para salir en busca de su hermano menor, desaparecido desde la hora del desayuno, con idea de proponerle coger las escopetas y salir a cazar. Le buscó en vano por la casa y los establos, donde su mozo le informó de que el señorito Charles había pedido a las once su montura de paseo y había salido hacia Fernwell, o al menos eso se suponía por la dirección que había tomado y porque ese había sido su destino en los últimos meses. Si seguía su costumbre, volvería a las cinco, a tiempo para la cena, aunque a veces se quedaba allí a cenar también. Robert sonrió para sus adentros y se despidió del mozo pensando que a su hermanito le había dado muy fuerte.

Dio un paseo por la rosaleda de su madre evaluando sus posibilidades: salir en solitario a despachar perdices o hacer él también una visita a Fernwell. Desechó esta última por inapropiada, llegaría a una hora en la que la familia estaría ya pensando en cambiarse para la cena. Por otro lado, la primera opción, en solitario, le resultaba poco atractiva. Por fin, decidió acercarse a la posada del pueblo cercano y tomar una cerveza con los granjeros que hubieran ido allí a refrescarse después de un día de trabajo. Entre ellos encontraría, sin duda, a algunos que hubiera conocido de chiquillo, hijos de pequeños propietarios que habían ido, como él, a aprender las primeras letras a la escuela del pueblo y con los que mantenía relación, pese a que ellos hubieran acabado trabajando en las

granjas de sus padres mientras él marchaba a Harrow y luego a Cambridge.

Efectivamente, en una de las mesas de la cantina se encontraban sentados frente a dos jarras vacías dos de sus antiguos compañeros, Peter Smithers y John South, que le saludaron cuando entró y se pusieron en pie para recibirle cuando, con tres jarras de cerveza entre las manos, se acercó a ellos. Aunque le preguntaron cortésmente por su viaje, era evidente que sus intereses iban por otro lado, y habían vuelto a hablar de la última cosecha de cereal cuando acabaron la primera ronda y uno de ellos se levantó a por la segunda.

En ese momento se abrió la puerta de la cantina para dar paso a un caballero cuya elegancia no dejaba lugar a dudas sobre su pertenencia a la mejor sociedad, pero quedaba completamente fuera de lugar en una posada de pueblo. Era un joven de mediana estatura y cabellos rubios, vestido con altas botas de montar y unos calzones de ante ajustados que no habían sido utilizados para cabalgar jamás. Aún en el umbral, alzó hasta su ojo un monóculo de montura de oro que sacó del bolsillo interior de su chaqueta e inspeccionó la sala, intentando decidir, aparentemente, si merecía su presencia. Su mirada recorrió el local hasta llegar a la mesa que Robert compartía con sus amigos y se detuvo allí, con un alzamiento de cejas que denotó su sorpresa. Decidido por fin, se acercó con paso lánguido hasta ellos, sin que ninguno de los tres eligiera reconocer su presencia levantándose.

—¡Vaya, Burnsyde, qué sorpresa! No esperaba encontrarte aquí.

—Ni yo a ti, Aloysius, ¿qué tal estás? ¿Y tus padres? Ve a por una cerveza y siéntate.

Aloysius Dawson miró con aire de duda a los dos comensales de Robert, hombres curtidos y vestidos con ropas de trabajo que no se habían cambiado para ir a echar un trago con los vecinos. Habría esperado que Robert abandonara rápidamente su compañía, prefiriendo la de alguien que pertenecía a su grupo social, pero no parecía tener intención de hacerlo, y se vio obligado a ir a por su cerveza y volver a la mesa. No se le ocurrió pagar una ronda, ni a Peter incluirle en la que fue a buscar coincidiendo con él. Allí

permaneció, en un silencio forzado por su ignorancia del tema del que hablaban y largamente olvidado por los otros tres, hasta que Robert consultó su reloj de bolsillo y anunció que tenía que irse o llegaría tarde a la cena. Entonces, se levantó y, con una simple cabezada de despedida hacia los otros dos hombres, se fue tras él.

—Bien, Robert, no puedo decir sino que me sorprende tu elección de compañía y conversación.

—No veo por qué. Conozco a Peter y John desde que puedo recordar y he compartido pupitre con ellos. En cuanto a la conversación, más vale que te intereses por la agricultura de la zona, si piensas hacerte cargo de Fernwell en el futuro.

—¡Por Dios, Burnsyde! No es en absoluto mi intención hacerme cargo personalmente de las tierras, tendré un administrador, por supuesto.

—Pues si no sabes qué está administrando, muy probablemente serás robado por él.

—Tenemos un administrador en Walsham que tiene la total confianza de mi padre.

Robert no consideró que el comentario mereciera respuesta, así que siguió caminando hacia la salida del pueblo.

—¿Has venido andando? —preguntó Aloysius horrorizado.

—Claro. Es un paseo de menos de tres kilómetros hasta Burnsyde.

—Tengo aquí el calesín de mi tía Sophia. Vinimos en el coche de mis padres, no traje el mío —añadió rápidamente, para evitar ser juzgado por la elección de carruaje—. Puedo acercarte, no me desvía mucho.

Robert valoró las ventajas de evitar llegar tarde a la cena frente al peligro de que la hora hiciera obligado invitar a Aloysius a quedarse.

—Tengo tiempo de sobra —insistió este—. Hoy vienen a cenar los Russell y tía Sophia ha retrasado la cena media hora.

Eso hizo que se decidiera. Aceptó la invitación y subió al calesín dispuesto a ser amable con Aloysius durante el trayecto. En realidad, lo consideraba «el ejemplar más aceptable de su lamentable familia», incluso había defendido frente a su hermano que, si hubiera sido criado de otra manera, Aloysius hubiera podido ser una persona muy agradable. Pero como hijo único de una madre

superprotectora y rancia y un padre mezquino y frío, no había tenido muchas oportunidades.

—En realidad, Burnsyde, me alegro de tener la oportunidad de hablar contigo.

—¿Sí?

—Es una buena noticia que hayas vuelto, quizá tú puedas poner firme a tu hermano. Charles está comportándose de una forma ridícula e inapropiada.

—¿Sí? —El nuevo «sí» fue sensiblemente más frío que el anterior, pero Aloysius no pareció darse cuenta.

—No sé si te has enterado de la nueva incorporación a la familia —continuó, mientras negociaba con dificultad el paso por el estrecho puente sobre un arroyo—: Tenemos en Fernwell a la hija huérfana de un barón húngaro arruinado.

Lo dijo como si anunciara la adquisición de un nuevo oso para el zoológico y Robert se sintió absurdamente ofendido. Anikó-Bertie parecía haberse ganado el aprecio de su familia y solo por eso merecía ser tratada con respeto.

—Tengo entendido que es hija de la hermana pequeña de sir Henry, es decir, su más cercana pariente viva.

—Bueno, sí, aunque no lleva el apellido. El suyo es impronunciable…

—Németszeghy de Bácsalmás.

—Exactamente. Una criatura sorprendente, Robert. Medio salvaje, no sabe comportarse. Lamentablemente, parece haberse convertido en el ojito derecho de mis tíos y no son capaces de contenerla.

—Dudo mucho que lady Dawson permita comportamientos salvajes en su casa.

—Yo también lo hubiera dudado hace seis meses, pero las cosas han cambiado mucho en Fernwell, y no para mejor. —Aloysius suspiró con afectación antes de seguir—: Si solamente Charles no alentara sus atrevimientos e impertinencias…

—¿Los alienta?

—Los alienta —aseguró Aloysius con firmeza—. No solo ríe sus audacias, sino que corta cualquier intento de inculcarle un poco de

educación con una insolencia que, siento decirlo, Robert, no me gustaría ver en un hermano mío.

Robert, que había sonreído al comprender cuál había sido el pecado de Charles, frunció el ceño ante el reproche hacia su hermano.

—Debemos felicitarnos, entonces, de que no los tengas.

—¿Eh?

—Digo, querido Aloysius, que es una suerte entonces que no tengas hermanos pequeños. En mi experiencia, se caracterizan precisamente por su insolencia.

Habían llegado a Burnsyde y Robert bajó del calesín de un salto y extendió la mano para estrechar la del joven Dawson, que la cogió mohíno. No pudo evitar pensar que Aloysius era a veces tan infantil como Charlie y le compadeció un poco, lo justo para añadir:

—Lo mejor será que os visite mañana en Fernwell, así podré hacerme idea del problema y la necesidad de intervención. ¿Avisarás, por favor, a lady Dawson y a tu madre de mi visita?

Dawson asintió con la cabeza y sacudió las riendas animando al caballo a reemprender la marcha. Robert subió las escaleras de la entrada de dos en dos y encontró la puerta abierta.

—¡Ah, Briggs! Sigue usted teniendo la capacidad mágica de saber cuándo llegamos antes de que llamemos a la puerta.

—No tiene misterio, señorito Robert, mis habitaciones están justo al pie de la escalinata y oigo las ruedas de los coches contra la grava cuando se acercan a ella.

—¡Qué lástima! Acaba de desmontar uno de los mitos de nuestra infancia —respondió Robert, dejando en sus manos el sombrero y los guantes—. ¿Ha llegado mi hermano?

—Está en su habitación, cambiándose para la cena.

Robert aporreó la puerta de su hermano y entró en el momento en el que el ayuda de cámara que compartían desde la niñez se retiraba llevando unas botas embarradas y unos calzones en no mucha mejor condición en las manos.

—Tengo su ropa preparada en la habitación, señor.

—Gracias, Samuels, permíteme tan solo unas palabras con mi hermano.

Samuels le miró con desconfianza y abrió la boca para señalar que apenas faltaban veinte minutos para la hora de la cena. Justo a tiempo recordó que, por más que se hubiera ocupado de la ropa del señorito Robert desde que este tenía cinco años, el joven había cumplido veinticinco y debía ser considerado y tratado como un adulto. Se limitó a una mirada que expresaba la misma urgencia que hubiera querido poner en palabras y salió.

—¡Hola, Rob! —saludó Charles, que se estaba terminando de peinar ante el espejo—. ¿Qué tal has pasado el día?

—Bien, aunque un poco solitario. Pensé que quizá podríamos salir a disparar unos tiros esta tarde, pero no conseguí encontrarte.

—No, me fui a Fernwell esta mañana, cuando vi que papá quería que salieras con él —respondió Charles. Y añadió—: Pero no me quedé a cenar, aunque me invitaron, porque pensé que mamá querría que jugáramos unas partidas de *whist*, ahora que volvemos a ser cuatro. Solo hemos podido jugar con muerto estos meses y le aburre mortalmente.

—Muy considerado por tu parte.

—Eso creo —asintió Charles con modestia.

—Acompáñame mientras me cambio, traje un par de cosas para ti de mis viajes.

—Vaya, Robert, muchas gracias —exclamó Charles, siguiéndole.

En su habitación, Robert sacó del baúl dos envoltorios que entregó a Charles y que este desenvolvió mientras Samuels ayudaba a su hermano a quitarse las botas y cambiarse para la cena. El primero y mayor contenía una fusta de cuero trenzado con empuñadura de plata labrada que, en el extremo superior tenía grabadas las iniciales C y B. Charles la cogió con exclamaciones de entusiasmo y gratitud, elogiando su ligereza y flexibilidad, y la dejó de mala gana sobre la cama para abrir el segundo envoltorio, del que salió un alfiler de corbata de oro, con una perla en el extremo.

—Diablos, Rob, esto es realmente elegante —dijo Charles, mientras se lo colocaba entre los pliegues de la corbata—. Has sido condenadamente generoso. Lo llevaré la próxima vez que cene en Fernwell. Aloysius se morirá de envidia. Él se presenta a cenar cubierto de abalorios, pero no tiene nada de la calidad de esto.

Robert comprobó que Samuels había salido de la habitación antes de contestar:

—No es culpa suya, su padre lleva el puño más cerrado que un campeón de boxeo.

Charles soltó una carcajada ante la imagen, pero volvió de inmediato a la seriedad.

—Si yo tuviera unos padres como los suyos, probablemente me suicidaría. Hemos tenido mucha suerte.

Robert sonrió ante la gravedad con la que hablaba su hermano. No contestó durante los segundos de concentración que le requería anudarse la corbata, pero, cuando acabó, se volvió para coger la chaqueta que tenía sobre el perchero y comentó con aparente indiferencia:

—Me encontré con Aloysius en la taberna. Parece que ha tenido algún desencuentro contigo.

La expresión de Charles cambió de inmediato. Estaba jugando con la fusta mientras esperaba a su hermano y, al oírle, atravesó el aire con ella, haciéndola silbar.

—¡Ese imbécil! Vino detrás de nosotros esta mañana cuando fuimos a pescar, regañando a Bertie como una aya vieja. No debía salir del camino, porque se mancharía el borde de la falda, pero tampoco podía recogerse la falda, poque se le vería el tobillo y era impropio… ¡Llevando botines! Y no debía sentarse en el suelo porque se enfriaría, ni quedarse de pie, porque eso la agotaba. No se atrevió a ordenarle que se fuera a casa, porque lady Dawson había dado su permiso para que pescara, pero hizo todo lo posible para desanimarla.

—¿Y tú…? —preguntó Robert, enarcando una ceja.

Charlie lanzó a su hermano una mirada furibunda, que se transformó en una sonrisa culpable en respuesta a la de él.

—Al principio, intenté ser amable. Le dije que, si quería pescar, podía ofrecerle una caña, pero que debía estar en silencio para no ahuyentar a los peces.

—Entiendo que esa fue la parte amable. ¿Y luego?

—Aceptó la caña, pero no dejaba de darle instrucciones a Bertie sobre cómo debía tirarla, qué hacer si picaban, ¡hasta cómo se

colocaba el cebo! ¡Maldita sea, Rob, él ni siquiera coloca el suyo, le da asco! Tuvo que hacerlo por él el mozo que nos acompañaba.

—Aloysius puede llegar a ser exasperante. ¿Infiero que te exasperó?

—Si esas palabras raras son como se habla en Cambridge, creo que me pensaré lo de ir este otoño —refunfuñó Charlie.

—Tranquilízate, cualquier exuberancia de mi discurso es un rasgo exclusivamente mío. En realidad, casi exclusivamente de mi conversación contigo: como hermano mayor, me siento obligado a enriquecer tu vocabulario.

—¡Eres tan exasperante como Aloysius! —se rebeló Charles, con una sonrisa que desmentía sus palabras.

—Al menos yo sé de lo que hablo cuando doy consejos de pesca. ¿Qué le dijiste cuando dejaste de ser amable?

—Que conocía a Bertie desde hacía ocho meses y la había visto pescar más truchas que a él en mis dieciocho años —confesó su hermano.

Robert soltó una carcajada y enlazó el brazo de su Charles mientras los dos se dirigían a la sala donde les esperaban sus padres.

—Mañana te acompañaré a Fernwell. Es hora de que presente mis respetos a los Dawson… y de que conozca a tu Bertie.

Capítulo III

Cuando la señora Burnsyde fue informada de la intención de sus hijos de visitar a los Dawson decidió sumarse a la expedición, y tras ella lo hizo el señor Burnsyde, así que fue una partida compuesta por un faetón escoltado por dos jóvenes caballeros a caballo la que salió de Burnsyde House a las tres de la tarde, desafiando un sol que parecía de agosto más que de octubre. La señora Burnsyde se había preocupado de avisar a primera hora de su visita, consciente de que su presencia revestía la visita de una mayor formalidad y que las señoras de la casa querrían tenerla en cuenta a la hora de arreglarse. Ella misma eligió un vestido ligeramente más suntuoso del que hubiera llevado para encontrarse solo con lady Dawson, que era una dama tan sencilla como Sarah e íntima amiga suya. La señora Grace Dawson, por el contrario, tenía una marcada preferencia por los vestidos sobreadornados y los estilos ostentosos, y, con su elección, Sarah intentaba evitar que se sintiera fuera de lugar con una ropa poco adecuada para una reunión campestre.

No tenía que haberse molestado. Cuando el mayordomo de sir Henry les hizo pasar a la sala, lady Dawson iba sencilla y elegantemente vestida con un traje de muselina de algodón sin más adornos que los pequeños lazos que cerraban las mangas, pero Grace Dawson sudaba bajo un vestido de color púrpura cargado de enormes volantes de encaje en cuello, mangas y bajo, que achaparraba aún más su corta figura. Los mismos volantes adornaban su cofia, dando a su cabeza un aspecto de pájaro en vuelo cuando la movía. No había en el armario de la señora Burnsyde un solo vestido que pudiera compararse con esa monstruosa confección y, en cualquier caso, sus esfuerzos no eran necesarios: la mirada de la señora Dawson revelaba bien a las claras que estaba muy satisfecha de la diferencia entre su vestido y los de las otras señoras.

Lady Dawson y sir Henry saludaron cariñosamente a Robert que, como su hermano, había crecido prácticamente a caballo entre su propia casa y la de aquella pareja sin hijos. Recibieron los libros que les había traído de París con la ilusión de los buenos aficionados a la lectura y le preguntaron por los diversos amigos y conocidos para los que le habían dado cartas de presentación. La amabilidad de Sarah la llevó a entablar conversación con Grace, que se mantenía un poco aparte, preguntándole por su esposo y su hijo. El señor Dawson, fue informada, había tenido que volver imprevistamente a la ciudad, donde su presencia era requerida por su encargado de negocios, pero se esperaba su vuelta en breve. En cuanto al querido Aloysius, había salido después de mediodía con su nueva prima, que se había empeñado en pasear en bote por el lago y aún no había vuelto.

—Una idea temeraria, salir a esa hora y con este calor, pero cuando a esa chiquilla se le mete algo en la cabeza… Y no parece que haya nadie dispuesto a disuadirla de sus locuras —dijo, bajando la voz y mirando con reprobación a los señores de la casa—. Por supuesto, Aloysius no quiso permitir que lo hiciera acompañada exclusivamente de un criado, así que fue con ella. Espero que no vuelva con dolor de cabeza, el pobre es muy sensible al calor.

En aquel momento, la puerta se abrió para dar paso a la chiquilla en cuestión, que se acercó bailando por la habitación para saludar a las visitas de sus tíos. Bailando era la palabra adecuada, se dijo Robert, mientras la examinaba disimuladamente desde una segunda posición. La criatura no caminaba, parecía desplazarse posando solo ocasionalmente sobre el suelo la punta de una zapatilla de ante. Menuda, esbelta y bronceada, la primera impresión que daba era de una inmensa vitalidad. Cuando se adelantó para ser presentado, y pudo verla de frente, necesitó unos segundos para recobrar el aliento. No era en absoluto una belleza al uso, sus abundantes rizos negros y su piel suavemente dorada estaban en el extremo opuesto de la pálida belleza de marfil que constituía el ideal de moda, pero cualquier alejamiento del canon quedaba compensado por un par de ojos extraordinarios, del color y la forma de las almendras, desbordantes de alegría, y una boca bien formada que parecía hecha para sonreír. Por encima de todo, de cualquier rasgo físico

concreto, aquella muchacha estaba maravillosamente viva, mucho más que ninguna de las lánguidas damiselas que había frecuentado en Londres en las pasadas temporadas. Por un momento, Robert sintió un absurdo temor por su hermano menor. Charlie, con sus dieciocho años recién cumplidos y recién salido de Harrow, difícilmente podía tener las herramientas para gestionar semejante torbellino.

Charles, por su parte, no parecía compartir sus temores, y apenas le dio tiempo de intercambiar un saludo con la jovencita antes de adelantarse y saludarla con un alegre:

—¡Hola, Bertie! ¿Qué has estado haciendo hoy? ¿Nacieron los cachorros?

Anikó se volvió radiante hacia él y se embarcó en la descripción de los seis cachorros, seis nada menos, que había alumbrado la perra *spaniel* de sir Henry y de los cuales uno le había sido prometido.

—¡Ven a verlos! —conminó a Charles—. No consigo decidirme. Hay uno precioso, con toda la cabeza negra, pero es macho y yo…

—No tiene sentido elegir ahora —le aseguró Charlie, con conocimiento de experto—. Hay que esperar a que crezcan un poco para juzgar su carácter. Dentro de dos o tres semanas…

—Anikó —interrumpió la señora Dawson con voz chirriante—. ¿Dónde está Aloysius? ¿Por qué no ha venido contigo a saludar?

—Se retrasará un poco, yo me he adelantado.

—¿Se retrasará? ¿No ha vuelto contigo? ¿Por qué?

—Él y James, el mozo, vienen andando. —Anikó se detuvo un momento, dudando de la conveniencia de más explicaciones, y con cierta renuencia, añadió—: Aloysius es tan amable, siempre me lo explica todo. Me explicó que no era apropiado que yo remase, y luego me explicó todo lo que hacía mal al remar. Al final, como no conseguía que lo hiciera a su gusto, me dijo que levantara los remos del agua y me apartase para tomarlos él.

Su sonrisa se hizo angelical, mientras bajaba la mirada y las pestañas ocultaban unos ojos que eran todo menos angélicos.

—Como soy tan torpe, me hice un lío con los remos y, sin querer, le golpeé con ellos en las piernas. Poco, muy poco —se apresuró a

añadir, ante la exclamación de consternación de Grace—. Pero, claro, se tambaleó y se cayó al agua.

—¡Aloysius no sabe nadar! —exclamó Grace horrorizada.

—No, pero James sí —la tranquilizó Anikó con una sonrisa radiante —, y rápidamente se tiró detrás de él y lo llevó a la orilla.

—¡Pobre Anikó! —se compadeció lady Dawson—. Te asustarías al encontrarte sola en ese bote a la deriva.

—Bueno, no lo dejé ir a la deriva. Volví a coger los remos y lo llevé al embarcadero en un momentito. Pero James y Aloysius estaban en la orilla contraria y tendrán que caminar un par de kilómetros para volver a casa.

Solo lady Dawson, que era la bondad hecha mujer, creía a pies juntillas la versión que escuchaban. Todos los demás, entre divertidos y escandalizados, se habían hecho una idea bastante clara de lo que había pasado. Salvo Charles, que únicamente experimentaba diversión, y Grace, que solo sentía enfado.

—Y una vez que conseguiste dominar el arte del remo, ¿no pensaste en recoger a James y Aloysius? —preguntó sir Henry.

—No, tío, porque Aloysius, muy naturalmente, estaba algo excitado por lo sucedido y, aunque no las entendía del todo, me pareció que sus expresiones no eran adecuadas para que las escuchara una dama.

—Muy apropiado —murmuró lady Dawson, mirándola con aprobación.

—¡Tú…! —exclamó la señora Dawson que, por el contrario, exudaba censura.

La entrada de Aloysius en la habitación interrumpió a su madre. El silencio que le acogió, solo roto por una carcajada ahogada de Charlie, le hizo comprender que su percance era del conocimiento general. Consciente de que todas las miradas estaban sobre él, avanzó hacia la señora Burnsyde y, con un valiente esfuerzo por mantener la dignidad, le hizo una reverencia y murmuró su alegría al volverla a ver. Sarah, compadecida, extremó su amabilidad con él, le sentó a su lado y dirigió la conversación hacia la poesía, a la que Aloysius era muy aficionado. Lady Dawson y la señora Dawson se sentaron junto a ellos, dispuestas a ser edificadas, mientras que los

dos caballeros mayores se apartaban a otro rincón para comentar la recién empezada temporada de caza. Robert se les unió, escuchando cortésmente y anotando en silencio la desaparición de Charlie y Anikó. Ninguno de los dos volvió a dar señales de vida hasta la hora de las despedidas, momento en que reaparecieron en la sala sonrientes y oliendo a perro.

No fue hasta que se encontraron de nuevo solos los cuatro, después de la cena, que Benjamin se dirigió a su hijo con una sonrisa y preguntó:

—Y bien, Robert, ¿qué opinas de nuestra pequeña Anikó?

—¿Sinceramente, señor? Es un peligro ambulante.

—¡Vaya, Robert, yo creí que te gustaría! —saltó Charles de inmediato—. Eres como Aloysius, que quiere convertirla en una muñeca de porcelana.

—No he dicho que me desagrade. Es una criatura rebosante de vida y alegría, pero indócil y decidida a salirse con la suya. No me gustaría ser responsable de ella.

—No seas tan exagerado, Robert. Yo he visto cómo acepta de muy buen grado las correcciones de Sophia y sir Henry —intervino su madre.

—Infrecuentes, por otro lado —murmuró Benjamin en un aparte a su hijo mayor.

—Es la continua recriminación de Aloysius y sus padres, a los que ella no da derecho a corregirla, la que le hace rebelarse —remató Sarah.

—Sin embargo —la contradijo Robert, con un respeto a las convenciones que era inusual en él—, no es más que una jovencita de diecisiete años, recién salida de los cuidados de su institutriz…

—Bertie no ha tenido institutriz —corrigió Charles.

—¿Por qué no me sorprende oír eso? —se preguntó su hermano—. Como decía, es aún casi una niña, educada según otras costumbres, y los Dawson son parte de su familia. Tienen el deber de corregirla.

—No lo hacen por sentido del deber, le tienen manía. Les ha molestado que apareciera de la nada y se haya hecho hueco en una casa que consideran suya. Supongo que la ven como una carga que van a heredar.

—¡Charles!

—Los juicios de Charles son un tanto descarnados, querida, pero hay que reconocer que tiene razón. Los Dawson ven a Anikó como un estorbo. Si se casara, habría que dotarla, y ese dinero saldría del capital que consideran suyo. Y si no se casa, será una pariente incómoda de la que hacerse cargo de por vida.

—¡Bertie no será una carga para nadie! Volverá a Hungría y vivirá en la casa de su abuelo.

—Pese a sus muchos defectos, hijo —dijo su madre—, estoy segura de que los Dawson no permitirían que se embarcara en esa aventura tan peligrosa y la retendrían junto a ellos.

—Esa opción quizá no sea tan peligrosa, pero la muchacha puede morir de tedio —reflexionó Robert, agotada su convencionalidad.

—¡Justamente! Si Bertie se comportara como ellos desean, se pasaría el día haciendo los recados de la señora Dawson o bordando en la sala.

—Eso no pasará —les tranquilizó la madre con su placidez habitual —. Anikó es quizá una chiquilla algo extravagante, pero tiene un corazón de oro y muchísimo encanto. Cuando la presenten, la próxima temporada, no van a faltarle pretendientes adecuados.

La respuesta de Charles fue un bufido desdeñoso, que traducía sus sentimientos hacia los futuros pretendientes. Robert le miró de reojo. Tenía aún cerca la experiencia del primer amor, intenso y desmesurado, y del dolor que había sentido cuando la joven que lo había despertado prefirió a un caballero con mucha más experiencia y habilidad en las artes de seducción que las que él, recién salido de Cambridge, tenía. Era una inmensa decepción que daría mucho por evitarle a su hermano. Su único consuelo era que, a pesar de lo que dijera su madre, el mercado matrimonial londinense tenía muy en cuenta otros factores además del encanto personal de la debutante, y la dote de la pequeña Anikó sería sin duda modesta. Era un pensamiento consolador, pero solo en un sentido, porque la alternativa a los demás pretendientes era su propio hermano, y a Charlie, como hermano segundo, le convenía casarse con una muchacha que aportara una cantidad significativa a la familia.

Muy probablemente a Robert le hubiera sorprendido saber que, mientras hablaba con su familia, la joven a la que había definido como un peligro ambulante estaba escondida en un establo vacío, llorando. La suave reprimenda que sir Henry le había hecho en privado había sido suficiente para que se diera cuenta de que había humillado a Aloysius, y se arrepentía sinceramente de ello. Pero, por debajo de esa pena consciente, lloraba también por miedo, un miedo que había hecho presa en ella esos meses terribles que, tras la muerte de su abuelo, había pasado en el convento esperando que la recogiera el desconocido tío inglés que el párroco le aseguraba que no tardaría en llegar. Lo llevaba dentro desde entonces, oculto con gallardía, pero constante: el miedo a perder a esa nueva familia que había aprendido a querer, la única que le quedaba, o a que su comportamiento les hiciera rechazarla.

Capítulo IV

Los días transcurrían plácidamente en Burnsyde House. Casi todas las mañanas, Benjamin y Robert salían a recorrer las propiedades familiares, paseo al que rara vez se sumaba Charles. Al fin y al cabo, era el primogénito y heredero el que debía ponerse al tanto de su gestión. El pequeño, en cambio, desaparecía todas las mañanas por el camino de Fernwell y habitualmente volvía solo para la cena, algunas veces bastante después. Por primera vez desde que a Charles se le había permitido usar armas, Robert se veía obligado a coger la escopeta y salir de caza con la única compañía de Floss, su vieja perra. Hasta entonces había valorado la compañía de su hermano menor poco por encima de la de la perra, pero su ausencia le hizo echarle de menos y, por momentos, exasperarse ante su obcecación por Anikó.

Una de esas tardes en que su hermano se hallaba desaparecido, Robert decidió que estaba aburrido de vagar solo por los campos y prefirió acercarse a caballo a saludar a los Russell, a los que no había visitado desde su llegada. El recorrido era más corto tomando el camino de postas, pero buena parte de él atravesaba llanuras de cereal ya recogido, sin nada que proporcionara sombra en un día excepcionalmente cálido, así que eligió el más largo, que cruzaba el parque arbolado que rodeaba Fernwell. El calor afectaba también a su montura, que se negaba a trotar; dejó que fuera a su ritmo y sus pensamientos volaron a su prima Fanny, de la que había recibido una carta lacrimógena que le preocupaba.

Si la jaca no hubiera relinchado a su paso, no la habría visto. Estaba quieta al pie de un castaño, a un lado del sendero, y la silla vacía le hizo temer que su jinete hubiera sufrido un accidente. Al acercarse, sin embargo, vio que las riendas estaban atadas a una rama; quien quiera que fuera que la montara, no había caído, sino que había elegido seguir a pie. Resultaba todo muy extraño, la silla era de mujer, y una dama nunca cabalgaba sola. Además, le hubiera

sido muy difícil descabalgar sin ayuda o, al menos, un taburete o tronco al que encaramarse para bajar de la silla. Mientras acariciaba el cuello del animal, preguntándose qué hacer, un ruido entre las ramas le hizo levantar la vista. Siete u ocho metros por encima de su cabeza, Anikó estaba sentada sobre una rama y se aferraba al tronco con una mano mientras sujetaba con fuerza algo con la otra.

—¡Qué demo…! ¿Qué está haciendo ahí arriba, señorita?

—Espero a que venga Charles con una escalera.

—¿Charles? ¿Mi hermano le ha permitido trepar a un árbol sin hacer nada por impedirlo?

—Hubiera subido él, pero no pudo —aclaró Anikó, añadiendo compasiva—: Sufre vértigo, ¿sabe?

—Por supuesto que lo sé, lo que no entiendo es por qué no le prohibió subir.

—Porque no puede. Nadie más que tío Henry o tía Sophia puede prohibirme nada.

Anikó adelantó la barbilla con una expresión tozuda que hizo entender a Robert que el asunto se había discutido antes. Estaba claro que Charles no había salido vencedor y que ni él ni nadie hubiera podido impedir, salvo por la fuerza, que esa chiquilla testaruda trepara al árbol.

—¿Por qué lo hizo?

Anikó separó la mano que tenía en el regazo dejando ver un gatito minúsculo que maulló asustado.

—Lo descubrimos ayer. No sé cómo logró subir, pero era incapaz de bajar. Está muerto de hambre, pero aunque pusimos leche y jamón en el suelo y lo dejamos solo toda la noche, no se atrevió. Así que hoy decidí subir a por él.

—Y ha trepado hasta ahí… ¿con faldas?

—Y no sabe que estorbo han sido —confirmó Anikó, exasperada—. Es desesperante ser mujer. Tienes que montar a caballo en unas sillas incomodísimas y trepar con las enaguas enredándosete continuamente entre los pies.

—Creo que no se espera que las damas trepen a los árboles.

—¡Las damas en Inglaterra no pueden hacer nada! Ni correr, ni saltar, ni pescar, ni cazar, nada de nada. Me sorprende que no les

crezcan telarañas, siempre sentadas en la misma butaca.

A Robert, la conversación, por extrañas que fueran las circunstancias, empezaba a resultarle divertida.

—¿No son así las damas húngaras?

Anikó hizo ademán de encogerse de hombros y, al hacerlo, se soltó del tronco al que se agarraba y estuvo a punto de caer. Durante unos segundos en los que a Robert se le detuvo el corazón, luchó por recobrar el equilibrio. Lo logró, pero no pudo evitar que el gatito, asustado por sus movimientos, escapara de sus manos y cayera. Lo hizo sobre un montón de helechos que amortiguaron el golpe, e inmediatamente se volvió a poner en pie y se alejó corriendo.

—¿Está bien?

—¿Ha visto qué desagradecido? Ni ha mirado hacia atrás.

—Voy a subir a cogerla, no sé lo que puede tardar Charles y no creo que esté segura ahí.

—No hace falta —aseguró Anikó—. Ahora que tengo las dos manos libres, creo que puedo bajar yo.

Empezó a hacerlo, indiferente a las súplicas de Robert, que intentó convencerla de que le esperara, o al menos esperara a que llegara Charles con la escalera. Cuando comprendió que era inútil, cambió sus súplicas por instrucciones, indicándole desde abajo qué rama utilizar como asidero y cuál como el peldaño siguiente. En eso tuvo más éxito y Anikó fue siguiendo los pasos que le dictaba sin quejarse. Los dos estaban demasiado concentrados en conseguir que bajara sin descalabro como para preocuparse de que, para mayor seguridad, Anikó se hubiera arremangado las faldas y las enaguas, haciendo un nudo con ellas que dejaba al descubierto, hasta poco más arriba de las rodillas, unas piernas enfundadas en pololos y medias. Cuando alcanzó la rama más baja, a unos dos metros del suelo, Robert alzó los brazos y la aferró por la cintura, llevándola con delicadeza hasta el suelo. Fueron solo unos segundos de los que le quedó la sensación de levedad y de la firmeza del talle que había abrazado y el recuerdo de su suave olor a lavanda y sudor. Un conjunto de impresiones perturbadoras, que debían de ser parecidas a las de Anikó, porque por primera vez parecía confusa

mientras se soltaba las faldas y las alisaba como podía. Robert sintió una imprevista ternura por la joven.

—Entonces, ¿las damas húngaras no son como las inglesas? —preguntó con intención de salvar el momento de incomodidad.

—No sé bien cómo son las damas húngaras. Bueno, sí, una, mi tía abuela Bertha, que vivía con mi abuelo y conmigo. Pero tenía muchísimos años, así que no se podía esperar que pescara o corriera. —Anikó se paró a reflexionar y al final movió la cabeza negando—. No, no creo que las damas húngaras sean muy distintas de las inglesas. Creo que el que yo hiciera todo eso era cosa de mi abuelo.

—¿De su abuelo?

—Sí. Decía que el que su hijo hubiera tenido la insensatez de engendrar una niña no era razón para que él se quedara sin un nieto. Por eso me llamaba Bertie y me dejaba usar pantalones cuando cabalgaba.

Robert la escuchaba entre la fascinación y la compasión por la niña criada por semejante excéntrico.

—¿Esas decisiones eran bien vistas por las familias del vecindario? —preguntó con incredulidad.

—No las tratábamos. Éramos los únicos magiares de la zona, todos los demás eran austríacos instalados allí por el emperador. Mi abuelo odiaba al emperador Francisco I. Consiguió arruinar y expulsar a todos los nobles magiares de Bács-Kiskun. A todos salvo a él.

Para sorpresa de Robert, una lágrima resbaló por la mejilla de Anikó, que se la secó con el puño antes de seguir:

—Y ahora él ha muerto y la casa está en ruinas. Sigue siendo mía, pero el abuelo tuvo que ir vendiendo todas las tierras. Cuando murió, no quedaba más que la casa y un poco de terreno alrededor.

No hubiera sabido cómo consolarla, pero afortunadamente no tuvo que hacerlo, porque el ruido de los cascos de un caballo les interrumpió. Era Charles, que llegaba llevando ante él, atravesada sobre la silla y sujeta con una mano, la ya innecesaria escalera. Al verlos, se detuvo, dejó caer al suelo con alivio su aparatosa carga y siguió hasta llegar junto a ellos.

—¡Bertie, conseguiste bajar! ¿Estás bien? —dijo desmontando de un salto.

—¡Casi me resbalé y el gatito se cayó, pero no le pasó nada!

—¡Estaba preocupado! Sé que tardé mucho, pero no había forma de coger la escalera del establo sin que me vieran…

—¡Bajé yo sola! Bueno…, tu hermano me ayudó.

Se habían tomado de las manos y, llenos de excitación, se ponían al corriente el uno al otro de sus andanzas olvidados de la presencia de Robert hasta que la mención de Anikó hizo que los dos se volvieran a mirarle.

—Pasé por casualidad y vi la jaca —explicó.

—¡Qué suerte! —exclamó Charlie, dándole palmadas en la espalda —. No sabes cómo te lo agradezco.

Le miraba con la misma admiración y gratitud con que lo había hecho a los siete años, el día en que consiguió sacarlo del fondo del estanque al que había caído sin saber nadar, y todas las veces en que después le había salvado de las consecuencias de una infancia azarosa. Para Charles, Robert era el ángel guardián con que la Providencia le había obsequiado al nacer, y Robert había acabado por asumir sin cuestionarlo ese papel.

—En absoluto. Creo que será mejor que acompañes a la señorita a casa y devuelvas la escalera.

Esperó a que su hermano montara y le ayudó a cruzar la escalera sobre la silla. Luego, sujetó las riendas de la jaca junto a un tocón mientras Anikó la montaba. Hecho esto, montó él también.

—¿Crees que podrás arreglártelas tú solo para trasportar y devolver la escalera?

—¡Claro!

—¡Yo le ayudaré! Inventaré alguna razón para alejarlos a todos. Soy muy buena inventando historias.

Los dos amigos se miraron sonrientes y Robert se sintió absurdamente excluido.

—Bien, entonces sigo mi camino.

—Hasta la noche, Robert.

—Adiós, señor Burnsyde, y muchas gracias por ayudarme —se despidió Anikó, muy formal, con una inclinación de cabeza que le

hizo sentirse muy viejo.

Se alejaron hacia Fernwell, manteniendo los caballos obligadamente separados por la escalera. Eso les hacía levantar la voz para hablar, y sus comentarios y sus risas le acompañaron hasta el recodo del camino. No tenía sentido seguir hacia la casa de los Russell, llegaría ya cerca de la hora de la cena y, en cualquier caso, por alguna razón el plan había perdido su atractivo. Volvió lentamente a Burnsyde House dando vueltas a la pequeña aventura de la tarde, las revelaciones de Anikó, que en buena medida explicaban la intrepidez y el descaro de la jovencita, la indisimulada adoración que Charlie sentía por ella y su incapacidad de frenarla en sus locuras.

Todas esas ideas volvieron a su mente poco después cuando, sentado en la sala de su madre y aparentemente sumido en la lectura, dejó caer el libro y le preguntó de improviso:

—¿No crees que Charlie se está poniendo un poco en ridículo yendo detrás de la muchacha Dawson como un perrito?

Sarah levantó la vista de su labor y le miró algo sorprendida.

—¿En ridículo? No creo. Es cierto que siempre están juntos, pero es lo normal, en los alrededores no hay otros chicos de su edad. Lo cierto es que Anikó le ha venido como agua de mayo a Charles, hubiera muerto de aburrimiento sin ella.

Bajó de nuevo la vista a la costura y calló unos segundos, reflexionando, antes de proseguir:

—¿Piensas que puede hacerse pesado en Fernwell? La verdad es que siempre habéis entrado y salido de allí a vuestro gusto, al fin y al cabo las familias tienen amistad desde hace muchas generaciones. Creo que, si estorbara, Sophia me haría algún comentario discreto.

—Puede que no sea a lady Dawson a la que estorbe.

—¿Estabas pensando en «los otros Dawson»? Sí, tienes razón, supongo que ellos preferirían no verle tanto. Aunque, en realidad, quien les sobra es Anikó. Dios mío, el otro día tuve que soportar una visita de Grace dedicada en exclusiva a la terrible educación de la pobrecilla y a la ceguera de Sophia y sir Henry con ella.

Robert, que había soportado larguísimos monólogos de Aloysius al respecto, emitió un gruñido de conmiseración.

—En todo caso, yo me refería más bien a la muy poco discreta admiración de Charles por la muchacha. No me parece adecuado que un joven vaya así, con el corazón en la mano.

Sarah recordaba perfectamente el comportamiento de Robert tres años atrás, cuando en su primera temporada londinense cayó rendido a los pies de una jovencita que, como era evidente para todos salvo el implicado, lo había utilizado para darle celos al caballero en el que estaba realmente interesada. La factura de la florista había sido simplemente monstruosa esa primavera, lo mismo que el gasto en las pomadas requeridas para conseguir el efecto de artístico despeinado que era la moda. Por no hablar de la desesperación de Samuels, su ayuda de cámara, que tenía que planchar y almidonar dos o tres camisas y media docena de corbatas al día. Sarah se había sentido muy orgullosa de la dignidad con la que Robert encajó el éxito de la estrategia de la joven, y había sufrido con él, consciente de que la mejor manera de ayudarle era fingir que no se había dado cuenta de nada.

La experiencia había dejado huella, porque Robert no había vuelto a cortejar a ninguna joven de las docenas que se presentaban cada año. Al contrario, aunque se suponía que las damas no se enteraban de esas cosas, Sarah sabía perfectamente que se había embarcado en una relación cómoda y poco exigente para ambas partes con una viuda acomodada más de diez años mayor que él. La susodicha había tenido incluso la desvergüenza de acercarse a Sarah cuando se encontraron paseando por Hyde Park para asegurarle con un tono casi maternal que no debía preocuparse, porque Robert estaría seguro con ella hasta que llegara el momento de cumplir sus deberes familiares. Una desvergüenza inmensa, pero la mujer parecía sincera y, para su propia sorpresa, a Sarah le tranquilizó.

—¿En qué piensas?

—Nada, hijo, recuerdos que me vienen a la cabeza.

—Decía que quizá fuera prudente apartar a Charles de la chica Dawson, antes de que sus sentimientos se hagan más profundos.

—Creo que das a la amistad de esos dos críos una relevancia que no tiene, Robert. En todo caso, es una alianza que ni tu padre ni yo veríamos con desagrado.

—¿No? —se sorprendió Robert—. Estoy seguro de que sir Henry hará un esfuerzo por Anikó, pero dudo mucho que las rentas de Fernwell le permitan grandes ahorros.

—Quizá no haya que recurrir a esas rentas, Sophia…

Sarah se interrumpió, consciente de haber estado a punto de traicionar una confidencia, y bajó la mirada hacia su labor, aparentando estar muy ocupada con ella. Robert entendió la situación y no preguntó más, pero se quedó pensativo. ¿Pensaba lady Dawson acudir a su propia dote para proveer la de Anikó? Si así fuera, levantaría un revuelo considerable entre su familia Ashfield, hermanos y sobrinos, porque la norma era que si no había descendencia la dote volviera a la familia de la esposa.

Capítulo V

Aloysius había cogido la costumbre de dejarse caer con frecuencia por Burnsyde House después del mediodía, ostensiblemente para saludar a Sarah, pero más probablemente, o así lo creían todos los Burnsyde, para escapar del control de sus padres. Una de esas tardes llegó portador de una invitación de lady Dawson. Iba a dar una cena el sábado para presentarles a un pariente lejano, hijo de una hermana de los abuelos de sir Henry y el señor Dawson, que llegaría el jueves. Sería algo íntimo, solo el señor McIntyre, los Burnsyde y los Dawson.

—¿McIntyre? ¿El señor Albert McIntyre? —preguntó Sarah.

—Así es, señora, ese es su nombre de pila.

—Sí, recuerdo que lo conocí en casa de los Ashfield al final de la temporada en que Sophia y yo fuimos presentadas. Ella se acababa de prometer con sir Henry y me lo presentaron como un pariente suyo.

—Es un caballero bastante conocido —dijo Aloysius con cierta pomposidad.

—Una relación de la que enorgullecerse —intervino Benjamin—. Albert McIntyre ha ocupado puestos de responsabilidad en el gobierno y fue primer secretario para Irlanda durante bastantes años.

—Así es, señor. Mi padre le tiene un gran respeto y nunca ha dejado de mostrarle la consideración que merece.

—Debe de ser un caballero de cierta edad ya, ¿no? —intervino Robert.

—Creo que ha cumplido los ochenta años.

—Eso explica que lady Dawson no quiera cansarle con una cena multitudinaria.

—Creo que más bien se debe a que Anikó cenará con nosotros —aclaró Aloysius con evidente desaprobación.

—Muy correcto —aprobó Sarah—, al fin y al cabo, será presentada la próxima temporada y ha llevado siempre una vida muy retirada. Conviene que vaya acostumbrándose al trato social, y una pequeña cena con la familia y algunos amigos íntimos es un primer paso adecuado.

—Personalmente, lo considero una decisión imprudente —intervino Aloysius—. La educación de mi prima no es todo lo buena que sus parientes desearíamos y podría dejar en una situación comprometida a sus tíos frente a un pariente que, como usted misma ha señalado, es un personaje público relevante.

—¡Por favor, Aloysius! —saltó Sarah con enfado indisimulado. Luego, en un intento de suavizar su reproche con una broma, añadió —: Hablas como si temieras que la pequeña fuera a encender un puro. La crianza de Anikó, aunque no se ajuste a los patrones británicos, ha sido esencialmente como debía ser, y resulta encantadora.

—Es usted muy buena, señora —respondió Aloysius con una inclinación.

Los tres Burnsyde presentes interpretaron correctamente la contestación como «es usted una ingenua» y dos de ellos al menos se resintieron.

—No creo que sir Henry y lady Dawson sientan el menor temor por la conducta de la señorita Dawson —dijo Robert—, puesto que han invitado a Fernwell a una persona prominente como el señor McIntyre para presentársela.

—Tengo entendido que ha sido él el que ha propuesto la visita. Al parecer, la madre de Anikó era su ahijada y tiene mucho interés en conocer a la que denomina «la pequeña húngara».

La tarde del sábado, los cuatro Burnsyde fueron introducidos en una sala en la que, para mayor solemnidad y aunque había luz natural, las cortinas habían sido corridas y encendidos los candelabros. Les recibió, de pie junto a sir Henry, un caballero de cabellera blanca y abundante, que se mantenía erguido pese a la edad y que se adelantó para recibir con una profunda reverencia a Sarah.

—¡Señora Burnsyde! Qué placer es volver a verla. Aunque cuando la conocí era todavía la encantadora lady Sarah Shelby.

—Señor McIntyre —respondió Sarah con la leve inclinación que correspondía y alargando una mano—. No puedo creer que recuerde nuestro encuentro.

—Imposible olvidarla.

Los dos hermanos Burnsyde cruzaron una mirada divertida ante la galantería anticuada del anciano. Las presentaciones se generalizaron y casi enseguida el señor McIntyre se encontró sentado en un tresillo junto a las señoras, mientras los caballeros permanecían en pie, formando un semicírculo frente a ellos. Solo entonces se dio Sarah cuenta de una ausencia y preguntó:

—¿Y Anikó? ¿Dónde está?

—Aquí, señora —respondió la joven, que había permanecido un poco alejada mientras se recibía a los invitados.

—Ven, criatura, ¿qué haces ahí sola? Ven a sentarte con nosotros —dijo cariñosamente Sophia, haciendo una señal a Charles para que acercase una silla.

Anikó avanzó con repentina timidez y se sentó en la silla que le ofrecían, sin atreverse a responder al guiño de su amigo. Llevaba un vestido de muselina color melocotón bordada con diminutas flores blancas, y el pelo recogido en la nuca con cintas de satén del mismo tono, salvo por los cortos rizos que se habían dejado cuidadosamente sueltos y enmarcaban su cara, un poco sonrojada al sentirse centro de las miradas. La elegancia de su cuello quedaba destacada por el peinado, un escote algo más bajo de lo que acostumbraba y una gargantilla de perlas. Puede que no fuera una belleza, pero resultaba indudablemente atractiva, y todos los caballeros la contemplaron con admiración y, en el caso de Charles, al que Robert estudiaba disimuladamente, con posesivo orgullo.

—¡Qué bonito collar! —exclamó Sarah, admirando la calidad de las perlas—. No te lo conocía. Claro que nuestras cenas hasta ahora han sido informales.

—Es nuevo. Me lo ha regalado mi tío Albert —explicó Anikó, dirigiendo una mirada de agradecimiento al señor McIntyre.

—Es igual al que regalé a tu madre cuando debutó en sociedad. Me darás una alegría si lo llevas en tu primer baile.

—Lo haré, por supuesto.

—Es un regalo muy generoso —aseguró Jonathan en tono casi desaprobatorio—, teniendo en cuenta lo lejano del parentesco.

—Desgraciadamente, no tengo parientes más cercanos. El apellido McIntyre se pierde conmigo, y por parte de mi madre solo estáis Henry, tú y esta preciosa niña.

—Y Aloysius —apostilló Grace.

—Y Aloysius, claro —corroboró Albert con afabilidad—. Aunque reconozco que sentía especial afinidad con mi querida Claire y espero recuperar un poco a mi ahijada en su hija.

Anikó miraba al suelo con las manos entrelazadas en el regazo, incómoda por sentirse el centro de la conversación. Nunca antes, en la media docena de veces en las que habían coincidido, la había visto Robert dar muestras de timidez, y se sintió sorprendido al ver que estaba ruborizada. Bien, era una actitud mucho más apropiada para una joven recién salida del cuarto de estudios que su espontaneidad habitual, así que «los otros Dawson» podían respirar tranquilos. Su mirada, como sus pensamientos, resbaló hacia ellos, y lo que vio le hizo dar un respingo. Grace tenía una expresión de enfado, pero eso era explicable: el señor McIntyre mostraba mucho más interés en Anikó que en su primo Aloysius, y eso, para una mujer como Grace, que solo vivía para su hijo, era una ofensa difícil de perdonar. Más incomprensible resultaba la rabia que Jonathan intentaba controlar, pero que delataban la presión de su mandíbula y la dureza con que miraba a la joven.

El mayordomo entró, avisando de que la cena estaba lista. Sir Henry ofreció su brazo a Sarah y el señor McIntyre el suyo a Sophia, dejando a Grace a cargo de Benjamin. Jonathan eligió ignorar a Anikó e interpeló Charles, que había dado dos pasos en dirección a su amiga, con una pregunta que le mantuvo a su lado mientras se dirigían al comedor, acompañados por un Aloysius olvidado de su prima. Tuvo que ser Robert quien le ofreciera su brazo, que ella tomó con mucha mayor naturalidad de la que había mostrado hasta entonces.

—¿Qué le pasa? —preguntó Robert, sin pensar—. Lleva toda la noche comportándose como una liebre asustada.

Era una indiscreción, y se arrepintió apenas lo había dicho, pero Anikó no pareció sentirse molesta por ella.

—Es mi tío Albert, y el collar, y la ropa… ¡Todo! —susurró, con tono trágico—. ¡Es tan amable y se parece tanto al abuelo! No quiero decepcionarle, pero sé que lo haré. Diré algo inconveniente y le pareceré descarada, lo sé. A tía Grace se lo parezco continuamente.

—No hará nada de eso —la tranquilizó Robert, con una seguridad que no sentía—. La señora Dawson habla así porque en sus tiempos las jóvenes tenían una educación mucho más estricta. Usted sabe comportarse muy bien.

Anikó le dirigió una sonrisa de gratitud conmovedora, levantó la barbilla y se puso más derecha. Robert se sintió como un general que ha arengado con éxito a sus tropas y la condujo hasta el comedor.

—¿Se sentará a mi lado?

Tenía la cara alzada hacia él y le miraba con ojos grandes y asustados. Era difícil negarse y, en cualquier caso, los miembros de más edad habían ocupado sin mucha formalidad los dos extremos de la mesa, alrededor de los anfitriones. La llevó hasta una de las sillas de en medio y se sentó a su lado. Charles, que había conseguido librarse de Jonathan, se deslizó al otro. Anikó, protegida por ambos flancos, pareció revivir e incluso fue capaz de responder a las preguntas que de vez en cuando le dirigía el señor McIntyre con algo de su vivacidad habitual. Cuando terminaron de cenar y las damas se levantaron para retirarse, fue una Anikó triunfante la que se puso en pie y salió con ellas.

Se levantó la mesa y aparecieron las copas y el oporto mientras los caballeros se reagrupaban alrededor del anfitrión. En ese momento de revuelo, Charles desapareció. Su ausencia pareció pasar inadvertida para todos salvo para su hermano y su padre, que dirigió una mirada interrogadora a su primogénito y, ante el leve encogimiento de hombros de este, hizo un gesto igualmente discreto

de exasperación. Estaba claro que Charles había preferido la compañía de las señoras.

La conversación se hizo general. Se hablaba de caballos, de política o de las leyes de importación, saltando de un tema a otro sin profundizar mucho. En algún momento se mencionó el billar y el señor McIntyre comentó su entusiasmo por el juego. Sir Henry le ofreció inmediatamente una partida y la sobremesa llegó a su fin, con sir Henry, el señor McIntyre, Jonathan y Robert encaminándose a la sala de billar, mientras Benjamin y Aloysius se reunían con las damas.

Los cuatro caballeros, llevando ellos mismos sus copas y la botella de oporto, se dirigieron hacia la sala decidiendo cómo formar los equipos. Sir Henry iba el primero, abrió las dos hojas de la enorme puerta a la vez y cedió el paso a sus invitados. Estos no llegaron a entrar, detenidos en el umbral por la exclamación de asombro y horror de Anikó, a la que habían interrumpido en el momento en que, volcada sobre la mesa, apuntaba el taco hacia la bola blanca. El mundo pareció detenerse y, en ese intervalo de inmovilidad, Robert pudo grabar la expresión de desmayo de su hermano, la de horror de Anikó, el asombro de sir Henry y el señor McIntyre y, lo más curioso de todo, la feroz expresión de triunfo de Jonathan Dawson. Un momento después, la carcajada del señor McIntyre rompió el hechizo.

—¡Así que la chiquilla juega al billar, Henry! ¿Cómo no me habías dicho nada? ¿La enseñaste tú?

—No tío, no sabía que jugaba.

—¿Ah, no? ¿Y quién te enseñó, jovencita?

—Mi abuelo, señor. No había nadie más en casa con quien pudiera jugar, así que tuve que aprender muy deprisa.

—¿Sabes que fui yo el que enseñó a tu tío Henry y a tu madre a jugar?

—¿A… a mi madre?

—A mi pequeña Claire, sí. El primer verano que pasaron en Brighton conmigo. Me llevé una buena regañina de tu abuela, claro. De lo más impropio, dijo, pero yo no iba a permitir que la pequeña se aburriese viéndonos jugar a su hermano y a mí.

—Y resultó mejor jugadora que yo —reconoció sir Henry con una sonrisa.

—Hay que averiguar si su hija ha heredado sus habilidades. ¿Te parece, Henry, que tú y yo renunciemos a jugar y veamos cómo estos dos pillos se defienden frente a Jonathan y el joven Burnsyde?

—De mil amores, tío.

—No será necesario —intervino Jonathan, lívido—. Se me han quitado las ganas de jugar, creo que me reuniré con las señoras.

—No, no, no es necesario…

—Por favor, insisto.

Sin esperar más contestación, el señor Dawson se dio media vuelta y salió de la habitación, mientras sir Henry y el señor McIntyre le miraban sorprendidos.

—A mí tampoco me importa no jugar, señor —anunció Robert—. Si usted juega con la señorita, y sir Henry con mi hermano, me ofrezco a arbitrar.

El señor McIntyre se resistió un poco por pura fórmula, pero cuando sus protestas fueron desechadas, se frotó las manos encantado y se acercó a la mesa. Eligió un taco, puso una mano sobre el hombro de Anikó y, con una sonrisa radiante, anunció:

—Vamos a darles una lección de juego, ¿verdad?

Y la dieron. Sir Henry y Charles eran jugadores más que correctos, pero el señor McIntyre era un experto y Anikó había sido entrenada desde muy tierna edad por un abuelo exigente: apenas dieron oportunidad de juego a sus oponentes. Alcanzaron los trescientos puntos fijados como meta sin que sus contrarios hubieran podido usar los tacos más de una docena de veces. Con cada tanto que anotaba Anikó, el rostro del señor McIntyre resplandecía de placer, y cuando en una jugada decisiva combinó un *cannon* con el *losing hazard* y se anotó los cinco puntos que les daban la victoria, se dejó llevar por el entusiasmo y la abrazó. Anikó no se inmutó, al contrario, respondió al abrazo con un sonoro beso.

—¡Dios te bendiga, querida! —dijo el señor McIntyre, emocionado —. Ha sido una de las noches más divertidas de estos últimos años. ¡Quién me iba a decir a mí que en un lugar tan remoto como Bácsalmás se practicaría el billar inglés!

—Creo que mi abuelo lo aprendió aquí. Vivió varios años en Inglaterra cuando era joven, por eso quiso que mi padre estudiara en Oxford —aclaró Anikó.

Estaba radiante, olvidados por completo los temores que había sentido al principio de la velada. Era imposible no sentirse atraído por esa criatura exótica y vital, que martirizaba con sus travesuras a los que la rechazaban, pero se volcaba por obtener la aprobación de los que le mostraban afecto. Robert comprendía el cariño que despertaba en lady Dawson y sir Henry, e incluso en sus propios padres. Comprendía también la fascinación de Charles, porque, aunque le resultaba inaceptable reconocerlo, empezaba a compartirla.

Capítulo VI

La visita del señor McIntyre resultó un completo éxito. El anciano estaba encantado con su joven sobrina y pasaba la mayor parte del día con ella y, frecuentemente, con Charles. Pescaban, jugaban al cróquet y, a escondidas de lady Dawson, empezaron también a enseñar a Anikó juegos de cartas. Las noches, invariablemente, y tanto si había visitas como si no, acababan en la sala de billar.

En Fernwell nadie encontraba inconvenientes a este programa salvo los señores Dawson, que parecían considerar un agravio personal la simpatía que el señor McIntyre sentía por la joven y el tiempo que le dedicaba. Grace le ofreció repetidas veces la compañía de Aloysius como alternativa, tanto para la caza como para la pesca o el billar, y el señor McIntyre, con toda cortesía, aceptó al menos una vez cada propuesta. Pero Aloysius era un joven de aficiones intelectuales, que sufría viendo sus botas embarrarse en la orilla del lago y prefería pasear en el calesín de su tía a trotar campo a través. El día en que, jugando al billar, golpeó por error la bola roja y la lanzó fuera de la mesa y contra el estómago de Charles, el tío Albert dijo que había riesgos que a su edad no podía asumir y que las únicas actividades que veía posible compartir con Aloysius eran la conversación y el *whist*. El propio Aloysius refirió este comentario a Grace, intentando convencerla de que les dejara en paz. Grace se sintió mortalmente ofendida, y el resto de la estancia del señor McIntyre prácticamente no le dirigió la palabra, salvo cuando la mínima cortesía lo hacía indispensable. Ella lo consideró una venganza refinada y casi cruel; el señor McIntyre no se dio cuenta.

Jonathan no compartía la confianza de Grace en el encanto personal de Aloysius, así que la compañía alternativa que ofreció fue la suya propia. No tuvo éxito porque el señor McIntyre había pasado la mayor parte de su vida rodeado de caballeros de gran, mediano o ningún talento, y la de otro más no le interesaba. En cambio, desde que sus sobrinos llegaron a la edad adulta, hacía más de veinte

años, no había tenido alrededor gente joven, alegre y entusiasta, y encontraba que lo había echado de menos.

—Cuánto siento tener otros compromisos, me hubiera gustado poder alargar mi visita —suspiró la mañana de su partida.

—Es una lástima —asintió lady Dawson—. Vamos a echarle mucho de menos, sobre todo la pobre Anikó. Les pierde a usted y a Charles la misma semana, está desolada.

—¿Charles? ¡Ah, por supuesto, empieza las clases en Cambridge! ¡Pobre Anikó! ¿Dónde está? Quería pasar la tarde con ella, mañana quizá no la vea antes de irme.

Nadie fue capaz de encontrar a Anikó, que había salido después del desayuno, y de la que no se sabía nada desde entonces. Se la supuso merodeando en compañía de Charles, pero cuando este llegó a primera hora de la tarde, también dispuesto a despedirse, los Dawson empezaron a preocuparse. No había mandado ensillar su jaca, así que no podía estar muy lejos. Se enviaron criados a buscarla en los sitios más previsibles: la cocina, donde la perra de sir Henry criaba a sus cachorros; el muelle del lago, donde solía sentarse a pescar; y el huerto de manzanos. En un rapto de inspiración, Sophia recordó que era jueves, el día en que la mujer del granjero horneaba, y envió a una pinche a preguntar si Anikó le había hecho una visita.

Mientras la búsqueda se hacía general en Fernwell, Robert, que había ido al pueblo a interesarse por uno de los pensionistas de su padre, volvía a su casa atravesando el parque de la propiedad de los Dawson. Cruzó por delante del castaño al que había trepado Anikó hacia menos de un mes y recordó con un relámpago de ternura el encuentro. Ternura y algo más, a lo que prefería no poner nombre.

Quizá porque estaba pensando en ella creyó que imaginaba verla de nuevo, sentada al pie del árbol. Pero no, no era un espejismo, era Anikó hecha un ovillo, abrazándose las rodillas con los brazos y con la cara escondida contra ellas. Asustado, se acercó al trote y desmontó de un salto.

—¿Se encuentra bien?

No obtuvo respuesta y eso le hizo asustarse aún más. Se arrodilló al lado de la joven, llevó dos dedos bajo su barbilla y le hizo levantar

la cabeza con suavidad. Dos ojos trágicos le miraron sin verle. Las lágrimas habían marcado dos surcos en un rostro manchado de barro y el cuerpo aún temblaba por los hipidos del llanto.

—¿La ha tirado el caballo? ¿Se ha hecho daño?

Anikó se limitó a negar con la cabeza y redobló el llanto. Robert no había visto nunca llorar a una mujer y el desconsuelo de la joven le aterraba. Su primer instinto fue salir corriendo. Era imposible, y por eso siguió el segundo, apenas menos inaceptable, y la abrazó. Una mujer le hubiera rechazado horrorizada, pero Anikó era poco más que una niña, lo bastante inocente como para saber interpretar la intención del abrazo y responder refugiándose en él como un cachorro perdido.

Dejó que llorara con la cara escondida en su cuello, sintiendo las lágrimas tibias que resbalaban por él. Había empezado a acariciarle el cabello sin darse cuenta, murmurando palabras y frases absurdas: «No es nada, no es nada». «Ya, ya pasó». Sin sentido, porque no sabía qué «no era nada» ni qué había pasado ya. A pesar de su incoherencia, cumplieron su propósito tranquilizador, porque los sollozos de Anikó se fueron calmando hasta detenerse. Todavía permaneció un momento en sus brazos, mientras su respiración se normalizaba y dejaba de hipar. Después se separó un poco, lo necesario para mirarle, sonreírle con los ojos aún llorosos y apartarse con una mano mugrienta los rizos negros que le caían sobre la frente. Robert dejó caer de mala gana los brazos, deshaciendo el nido en el que la había recogido.

—¿Tiene un pañuelo, por favor? He perdido el mío.

Sacó del bolsillo de la chaqueta su pañuelo y se lo pasó. Ella lo usó primero para limpiarse como pudo los ojos y la cara y luego para sonarse enérgicamente. Miró la tela estrujada y sucia y decidió:

—Va a ser mejor que no se lo devuelva hasta que lo hayan lavado.

—Quizá sí.

Los dos levantaron la vista del pañuelo, se miraron y, sin saber bien por qué, se echaron a reír.

—Pensará que estoy loca.

—No, pienso que está muy triste y querría saber por qué.

Anikó dudó y por un momento Robert temió que volviera a llorar. Sin embargo, no lo hizo. Le miró con gravedad y explicó:

—Es por tía Grace.

—¿Le ha pasado algo a su tía Grace? —preguntó él, desconcertado.

—No, no, es por lo que me dijo.

—¿Qué le dijo? —Robert notó que Anikó se retraía, y añadió—: Conozco a sus tíos desde que nací, me consideran como de la familia y creo que le dirían que puede confiar en mí.

Anikó le miró con seriedad y asintió.

—Es que anoche, en la cena, mi tío Albert dijo que, como será mi primera temporada en Londres, nos cederá su palco de la Ópera para que podamos ir siempre que lo deseemos. No he ido nunca a la Ópera y no sé si me gustará, pero la tía Sophia dijo que era terriblemente generoso y se lo agradeció mucho, así que se lo agradecí yo también.

Le miró con timidez, como si temiera que juzgara mal su falta de entusiasmo por la ópera, o quizá su incapacidad de apreciar un obsequio tan generoso.

—Esta mañana, cuando bajé a desayunar, no había nadie más que la tía Grace en el comedor y empezó a regañarme. Me dijo que yo, que ni siquiera era una Dawson, estaba ocasionándoles a todos unas molestias y unos gastos tremendos que no parecía valorar o agradecer. Y que debía recordar cuál era mi sitio, el de una huérfana recogida por caridad, y ser más humilde y obediente y no una descarada.

Se le había roto la voz y volvía a estar al borde del llanto. Robert consiguió callarse la opinión que le merecía Grace Dawson y la transformó en un ponderado comentario del que hasta su madre se hubiera sentido orgullosa:

—Ya le dije una vez que su tía Grace ha sido educada en otra época y con otros principios, unos principios duros e inflexibles que, afortunadamente, han caído tan en desuso… —Iba a decir «como la propia señora Dawson», pero se contuvo y terminó—: como los turbantes de terciopelo que se obstina en llevar cuando recibe en casa.

—Dijo que a la tía Sophia le sienta mal el clima de Londres y que tendrá que ir por mi culpa.

—Conozco a lady Dawson desde hace veinticinco años y no ha dejado de ir a Londres una sola temporada.

—Entonces…, ¿por qué dijo eso la tía Grace? —le preguntó Anikó, asombrada.

De nuevo, Robert tuvo que morderse la lengua y elaborar una respuesta menos hiriente que la que consideraba la verdad.

—Supongo que pensó que si decía que para lady Dawson era un sacrificio ir a Londres usted lo agradecería más.

—Pero es verdad que mi presentación va a suponer un gran gasto, y que no soy una Dawson, como ellos.

—Es usted la única sobrina de sir Henry, la hija de su única hermana. Es su pariente más cercana. Dudo que el apellido le importe demasiado. En cuanto a lady Dawson, su apellido original era Ashfield, así que tampoco creo que se lo tenga a usted en cuenta. Y no hace falta señalar que su tío Albert es un McIntyre.

—¡Es verdad! —exclamó Anikó.

—Así que no debe dejar que su tía Grace, o su tío Jonathan, si llegara el caso, le abrumen con sus ton…, con sus ideas anticuadas. Su sitio está con su tío Henry y su tía Sophia, y ellos están encantados de tenerla a usted.

Robert se puso en pie y tendió la mano a Anikó para ayudarla a levantarse. La muchacha lo hizo, con una exclamación de horror cuando vio el estado en que había quedado su traje. Durante los siguientes minutos se dedicó a sacudirlo y estirarlo, librándolo de los trocitos de hierbas y hojas que se habían adherido. Robert esperó a que terminara, luchando contra el deseo, completamente fuera de lugar, de quitar las briznas que, desde su altura, veía que se le habían enredado en el pelo y rehacer el lazo que había sujetado sus rizos en la coronilla y que ahora colgaba flácido detrás de una de sus pequeñas orejas. Con un esfuerzo de voluntad, se limitó a señalarle esa posibilidad y a dar las instrucciones precisas para que ella, sin espejo y con la inexperiencia de quien toda la vida ha sido atendida por otras, recompusiera su peinado.

La acompañó caminando y llevando a su caballo de las riendas hasta las inmediaciones de Fernwell. Cuando estuvieron a la vista del edificio, le indicó que siguiera ella sola e hizo gesto de montar. Anikó le miró con extrañeza y preguntó:

—¿No viene conmigo?

Se sintió incapaz de explicarle las razones exactas por las cuales era de todo punto imprudente que una jovencita reapareciera a la puerta de su casa acompañada únicamente por un caballero y con toda la apariencia de haberse estado revolcando por un prado.

—Creo que es mejor que vuelva sola. Sé que mis padres querían venir a despedirse del señor McIntyre y probablemente me estén esperando.

—¡Claro! Tenía que haberlo pensado. Le he hecho perder mucho tiempo, muchas gracias por todo.

A la vez que lo decía, le tendía la mano y se la estrechó sin darse cuenta en apariencia de la incongruencia entre la formalidad de la despedida y el abandono con que lo había abrazado hacía un rato.

Robert, por el contrario, sí fue consciente. Y cuando se alejaba al trote le pareció que sentía aún el calor del cuerpo de ella contra el suyo y se dijo que, aunque no carecía de experiencia amorosa, nunca había sentido tan cerca a nadie.

Capítulo VII

Con la marcha del señor McIntyre y Charles pareció que una niebla de melancolía había caído sobre Fernwell. Desde luego, lo había hecho sobre el ánimo de Anikó, que suspiraba por la ausencia de Charles y aseguraba dos o tres veces al día que no sabía qué hacer sin él. Consiguió despertar incluso la compasión de Aloysius, que se ofreció generosamente para jugar con ella al ajedrez y hasta al billar, y cuando estas ofertas fueron rechazadas con mucha más amabilidad de la que esperaba, llegó a ofrecer una excursión de pesca. Era una oferta heroica, porque el clima había cambiado a la vez que el ánimo de Anikó, los dos igualmente grises y lluviosos. Anikó la valoró como tal y, aunque declinó aceptarla, se calló que entre sus razones estaba que no creía ser capaz de sacarle del lago si, como era probable, acababa en él. Fue una conversación de la que los dos salieron satisfechos de su amabilidad y discreción, y libres de volver a sus actividades anteriores: suspirar por Charles, en el caso de Anikó, y la composición de poemas en el de Aloysius.

—No sé qué hacer con Anikó —confesó lady Dawson a Sarah, una tarde en que esta les visitaba—. Está terriblemente aburrida.

—En tu caso, querida —intercaló Grace—, yo no tendría duda alguna sobre lo que debes hacer con ella. Si de verdad tenéis intención de presentarla la próxima temporada, hay que meterla en cintura cuanto antes. Le has dado una libertad, a mi entender, excesiva, ha cogido maneras de pilluelo y ahora tiene que aprender a comportarse como una dama.

—Supongo que tienes razón. Cuando Henry la trajo, pobrecilla, criada con costumbres tan distintas y habiendo perdido todo lo que le era conocido y querido, no nos pareció el momento de atosigarla con reglas y prohibiciones. Pero reconozco que no es una jovencita convencional, y que quizá sea el momento de que aprenda a serlo.

—En cierto modo, es una pena —suspiró Sarah.

Sophia levantó la mirada de la pieza que bordaba y cruzó con ella una mirada de entendimiento.

—¿Una pena? —se escandalizó Grace—. ¡Esa criatura ha estado haciendo su voluntad durante el último año!

—Precisamente —respondió Sarah con una sonrisa—. Anikó ha sido libre como no lo hemos sido ninguna de nosotras, al menos desde que cumplimos los seis o siete años. Era imposible no verla vivir sin las trabas que a nosotras nos impusieron y no disfrutar un poco con ella. ¿Quién no hubiera deseado poder salir de pesca cuando lo hacían nuestros hermanos, aunque lloviera y regresaras embarrada como lo hacían ellos?

—¿O salir a cabalgar sin ser escoltada por un mozo que te estuviera advirtiendo de cada tronco caído y cada madriguera de conejo? —aportó Sophia.

Grace las miró con absoluto asombro. Ellas la contemplaron a su vez, se miraron y rompieron en una carcajada.

—Creo que te hemos horrorizado —dijo Sophia—, pero no debes preocuparte, las dos hemos superado la etapa de pilluelo y Anikó también lo hará.

—Me gustaría compartir tu optimismo, Sophia, pero creo que Anikó no va a resultar tan fácil de enderezar como pareces creer.

—¡Claro que lo será! —aseguró Sarah con cierto enojo—. Anikó adora a Sophia, hará todo lo que ella le pida con una sonrisa.

Grace se limitó a apretar los labios, en un gesto de incredulidad, y bajó la vista hacia su labor sin querer añadir nada.

La mañana siguiente, durante el desayuno, Sarah no pudo menos que pensar que también en Burnsyde House el ambiente era deprimente. Era, por supuesto, en buena parte consecuencia de la ausencia de Charles, pero también, y eso preocupaba bastante más a la dueña de la casa, de la actitud de Robert, que parecía dejar pasar los días sin mayor interés, deslizándose apático de un sillón a otro salvo cuando ella o su padre lo involucraban en alguna actividad. No era en absoluto normal, como tampoco lo era su silencio en la mesa. Robert había sido siempre un buen conversador, ingenioso e interesado en casi todos los temas.

—Me gustaría que salieras más —suspiró, poniendo en palabras su pensamiento—. Sé que los caminos están imposibles con tanta lluvia, pero no te costaría acercarte a Fernwell. Según me dijo Sophia, Aloysius y Anikó se mueren de tedio, agradecerán la visita.

Robert la escuchó con sobresalto. ¿Cómo explicar a sus padres que le costaba un gran esfuerzo de voluntad no ir a Fernwell? Que, cuando por una u otra razón no había podido evitar hacerlo, le resultaba un exquisito sufrimiento, porque Anikó, con toda inocencia, buscaba su compañía para lamentarse de la ausencia de Charlie, enseñarle todo aquello que Charlie hubiera deseado ver y preguntarle incesantemente por la vida que su hermano menor estaría llevando en Cambridge. Charlie y ella, le había confiado, viajarían a Bácsalmás cuando fueran mayores de edad, reconstruirían la casa del abuelo y, por medios no especificados, recuperarían todas las tierras malvendidas por este. Charlie y ella, al parecer, pensaban lo mismo sobre casi todo, y aunque Anikó entendía que Charles tenía que estudiar, sentía que era una crueldad que no se le dejara a ella estudiar con él, y en cambio tuviera que ir a Londres y ser presentada en sociedad. Robert la dejaba describir un futuro que siempre incluía a su hermano y era incapaz de intentar cambiar de tema sin sentir que aprovechaba la ausencia de Charles para suplantarle en el afecto de su Bertie.

La llegada de Briggs con el correo le libró de contestar a su madre. Extendió la mano para coger de la suya la carta que le estaba destinada y la abrió. La esperaba, pero llegaba justo a tiempo y, con alivio, comentó en voz alta:

—Mi tío Burnsyde me invita a cazar con ellos, como todos los años. Qué amable. Si no veis inconveniente, saldré para Loughborough pasado mañana.

Su madre, que había estado revisando su correspondencia y tenía una carta abierta entre las manos, no respondió. Robert y Benjamin vieron cómo su entrecejo se fruncía mientras la leía y cómo la acababa con un gesto de incomprensión.

—Perdona, hijo, ¿me has dicho algo? —preguntó, aún con aire ausente.

—Comentaba que el tío Thomas me invita a cazar con el Quorn. Pienso salir pasado mañana.

—¡Oh, no! —exclamó Sarah, que añadió con gesto de súplica—: Perdona, hijo, sé que te apetece la caza, pero te necesitaré unos días aquí. Tu tía Eliza me ha escrito la carta más extraña… No acabo de entender todo lo que dice. O, mejor dicho, todo lo que no dice. Lo único que me queda claro es que está muy enfadada con tu prima Fanny y ha decidido que lo mejor para las dos es que pase una temporada aquí, según dice: «Para ver si, lejos de sus padres, recapacita y recuerda el respeto que nos debe».

Sarah había leído en voz alta esta última frase. Dobló la carta y la dejó sobre el mantel con gesto meditabundo.

—Querría que estuvieras aquí para recibir a Fanny, Robert. Sospecho que llegará bastante alterada y confío en ti para tranquilizarla. Ella y tú siempre os habéis llevado muy bien… —Una idea cruzó por su mente—: Oye, Robert, ¿no sabrás tú qué ha hecho Fanny para enfadar a tu tía? ¿No estaba Fanny a punto de prometerse con Percival Shaw? ¿Quizá…?

Robert, que a lo largo de los dos últimos meses había recibido casi semanalmente cartas semiclandestinas de su prima, tenía una idea muy clara de las razones del enfado de su tía, pero mantuvo una expresión impenetrable. Tanto, que Sarah no pudo por menos que soltar la carcajada.

—Veo que sí. Bueno, no voy a pedirte que traiciones una confidencia. Cuando llegue Fanny, ya me encargaré de que me lo cuente a mí. No me hace gracia que tu tía Eliza use Burnsyde House como lugar de castigo, y si espera que le haga la vida difícil a Fanny está muy equivocada.

Apartó la correspondencia con gesto de determinación y extendió mermelada sobre la tostada que se enfriaba en su plato.

—Una cosa buena tiene este enredo: a Anikó le vendrá muy bien la compañía de Fanny. Es una jovencita perfectamente educada y que tiene la experiencia de una temporada londinense. Ahora que Sophia está intentando perfeccionar las maneras de Anikó, ella es un modelo ideal.

Fanny llegó dos días después, en el carruaje de viaje de los Shelby. Apenas le bajaron los peldaños del coche, saltó de él, dejó que su doncella y los criados se hicieran cargo del equipaje y siguió a Briggs escaleras arriba hasta la salita de su tía Sarah. Entró tras ser anunciada, hizo una pequeña reverencia y se quedó inmóvil, con la cabeza baja del que espera una reprimenda. Sarah la miró impresionada. La última vez que la había visto, en Londres, a final de la temporada, su ahijada era una joven lozana, sonriente y feliz. La joven que tenía delante había perdido cualquier redondez de la adolescencia y sus ojos, surcados por enormes ojeras, la miraban con cierto temor.

—¡Fanny, mi pobre niña! —exclamó, poniéndose en pie y extendiendo los brazos.

Con un sollozo de alivio, Fanny se lanzó a ellos y dejó que su tía y madrina la abrazase como a una bebé. Al cabo de unos segundos, Sarah la separó de sí y la hizo sentarse a su lado en el diván.

—Ahora —dijo con determinación— vas a contármelo todo.

La historia, la que Sarah había ya imaginado, salió a borbotones, alternando momentos de desesperación con otros de culpabilidad o de rebeldía. Lord Percival Shaw había sido muy constante en sus atenciones durante toda la temporada. Muy amable, mucho, y mamá había estado encantada, una familia impecable y una gran fortuna. Había dicho que, dada la modestia de la dote que Fanny, que era la mayor de tres hermanas, llevaría al matrimonio, una propuesta de lord Shaw debía ser aceptada.

—Y yo iba a aceptarla, tía, de verdad.

—¿Pero?

—Pero… cuando lord Percival fue tan amable de pedir mi mano, yo… yo le dije que sí, tía, se lo dije, que me sentía muy honrada y que la aceptaba. Pero luego se puso muy cariñoso, y me dijo que me amaba y fue a besarme y yo… Yo no lo pensé, sin querer me fui hacia atrás.

Fanny se detuvo y se llevó la mano a la boca, aún horrorizada por su acción. Sarah la miró con inmensa compasión.

—No te apetecía que te besara, ¿verdad?

Fanny negó con la cabeza con expresión culpable.

—Mamá dice que no tenía por qué gustarme, que, si el prometido o el esposo de una joven desea besarla, ella cierra los ojos y hace lo posible por agradar. Que los hombres tienen necesidades que las mujeres debemos cubrir a cambio de la seguridad y la protección que ellos nos brindan.

Sarah extendió su compasión hasta su pobre hermano y recordó los comentarios de Robert respecto de su tía Eliza.

—¿Lord Shaw se resintió por tu reacción? —preguntó.

Fanny afirmó vigorosamente con la cabeza.

—Se puso muy serio y me preguntó si le había aceptado obligada por mis padres. Yo le dije que no, pero me preguntó si me habían hecho saber que deseaban que le aceptase y a eso dije que sí, tía Sarah, porque es cierto.

—No podías hacer otra cosa.

—Y entonces me preguntó si me sentía atraída hacia él, y yo le dije que le consideraba todo un caballero, pero él se rio y dijo que creía que no hablábamos de lo mismo. Y me dio un par de golpecitos en la mejilla y me dijo que me olvidara de lo que me había propuesto y me buscara un jovencito menos caballeroso, pero al que deseara besar.

Sarah la escuchaba con creciente asombro y una sospecha también creciente.

—Fanny, querida, no sé si te estoy entendiendo. Hay un Percival Shaw que estudió en Cambridge con Robert y tu hermano Philip. ¿Es de él de quien estamos hablando?

—¡Oh, no, tía! Ese es Percy Shaw. Lord Shaw es su padre.

Sintió que enrojecía de rabia. ¿Cómo se atrevían su hermano y su cuñada a pensar en casar a esa niña con un hombre que podía ser su padre? Por modesta que fuera su dote y rico que fuera el pretendiente. Menos mal que el hombre había demostrado más sentido común y sensibilidad que los padres de su sobrina.

—Mamá está furiosa conmigo —concluyó Fanny, mirando tímidamente a su tía—, dice que he echado a perder mi mejor oportunidad.

—Pues yo creo que fuiste honesta y que tendrás oportunidades mucho mejores —le aseguró su tía—. Tu madre me dice en su carta

que quiere que te quedes estas Navidades con nosotros. Te olvidarás del disgusto, ella se olvidará también y, cuando vayamos a Londres, vendrás con nosotros y me ocuparé personalmente de que tu segunda temporada sea la mejor.

Le faltó tiempo para trasladarle a Benjamin su enfado con su cuñada y su decisión de retener a Fanny con ellos el máximo tiempo posible, idealmente, hasta que se comprometiera con alguien realmente aceptable. Su esposo, con gran discreción, la dejó desahogarse y se limitó a comentar que siempre habían deseado tener una hija y que le resultaría agradable tener a la pequeña Fanny en casa. No tuvo que hablar con Robert porque cuando entró en la sala, antes de la cena, se lo encontró en un *tête à tête* con su prima, del que emergió para saludarla con una sonrisa radiante y un beso que expresaba su aprobación y gratitud.

Capítulo VIII

Fue una Fanny mucho menos ojerosa y casi alegre la que la mañana siguiente emergió de su dormitorio a las diez y media y bajó a desayunar. Sus tíos y primo hacía rato que habían bajado y remoloneaban aún a la mesa, esperándola.

—¿Es muy tarde, verdad? —dijo contrita—. No sé cómo he podido dormir tanto, estaba agotada.

—Me alegro de que hayas descansado bien, querida. ¿Una taza de chocolate?

Sarah se la sirvió sin esperar a su respuesta y Robert le puso delante un plato de huevos escalfados, jamón y tostadas que la joven miró con estupor.

—No suelo desayunar tanto —explicó, apurada.

—Aquí es la costumbre —mintió Robert con soltura.

—¡Robert, no seas falso! —le contradijo con la primera carcajada que le oían—. ¡Como si fuera la primera vez que vengo a Burnsyde! Mi tía Sarah no toma más que una rebanada de pan con mantequilla con el chocolate, y normalmente se la hace subir al dormitorio… ¡Oh!

Se había llevado la mano a la boca al darse cuenta de que si Sarah había bajado a desayunar era probablemente en honor de ella. Después de más de un mes de haber sido sometida al más absoluto ostracismo en su propia casa, esa atención hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas. De repente, todos en la habitación tuvieron algo que decir: Benjamin predijo un cambio de tiempo que les permitiría salir a cabalgar sin temor a que Fanny se empapara; Robert le pidió a su madre la bandeja del pan; y Sarah se lanzó a describir con cierto detalle los planes que había hecho para el día, dando a Fanny tiempo para recomponerse.

—Después de comer pasaremos a saludar a los Dawson. Les dije que venías y me pidieron que te llevara en cuanto pudiera. ¡La última vez que te vieron aún llevabas delantal!

—Me encantará ver a lady Dawson y sir Henry —dijo Fanny. Y, enrojeciendo ligeramente, añadió—: Sus primos suelen visitarles en Fernwell en estas fechas, ¿verdad?

—En estas fechas, los señores Dawson llevan ya más de dos meses en Fernwell y no parece que sientan la necesidad de cambiar de aires —precisó Robert con cierta sequedad.

—¡Robert! —recriminó Sarah con escaso convencimiento. Había estado untando de mantequilla su tostada y el rubor de Fanny le pasó inadvertido, así que fue con escasa curiosidad que preguntó—: ¿Los recuerdas? Creo que la última vez que coincidisteis aquí eras bastante pequeña.

—Los he visto luego en Londres, señora —aclaró Fanny—. Mi madre les invitó al baile que dio para presentarme. Es amiga de la señora Dawson desde que eran niñas.

—Era inevitable —masculló Robert.

Sarah le dirigió una mirada de advertencia y sonrió a Fanny, que les contemplaba un poco desconcertada por el comentario.

—Pues sí, les encontrarás a los tres aún en Fernwell. Tengo, además, mucho interés en que conozcas a Anikó, la sobrina de sir Henry. Hasta hace un año vivía en Hungría con su abuelo, pero ahora es su pupila. Se presentará la próxima temporada y estoy segura de que puedes darle muchos consejos.

—Me encantará conocerla, tía —dijo cortésmente Fanny, que luego añadió en voz baja—: Aunque no sé si soy la persona más adecuada para aconsejarla, no me parece que mi primera temporada fuera un éxito.

—¡Tonterías! —respondió Sarah—. Tu madre me escribió en junio diciéndome que todo el mundo coincidía en que habías sido la revelación de la temporada y que no menos de tres pretendientes habían pedido permiso a tu padre para dirigirse a ti formalmente.

La expresión de agradecimiento con que Fanny recibió el comentario de Sarah le trajo a la memoria a Robert, sin venir a cuento, la de su perra *spaniel* cuando la felicitaba por cobrar una pieza.

A las tres de la tarde, después de comer y de que Fanny durmiera la siesta que su tía se había empeñado en que necesitaba, los cuatro

salieron para Fernwell en la berlina, bajo una lluvia intensa y continua que desmentía las predicciones de Benjamin. Cuando llegaron, encontraron a toda la familia congregada en la sala de visitas, más porque era la única que daba a poniente que porque hubieran esperado recibirlas con ese tiempo. Sophia y la señora Dawson, las dos ocupadas en labores de aguja, se sentaban en sendas butacas junto al fuego; Anikó, en un escabel a los pies de lady Dawson, parecía estar también ocupada bordando, mientras que Aloysius leía junto a la ventana y los dos caballeros jugaban al ajedrez en una mesa cercana a su sillón.

Pese a esa imagen de laboriosidad, era evidente que el tedio había hecho presa en los Dawson, porque hasta Jonathan y Grace fueron efusivos en sus saludos. En cuanto a Aloysius y Anikó, por cortesía debían esperar a que sus mayores se dirigieran a ellos, pero miraban a los recién llegados, en especial a Robert y Fanny, con expresión de náufrago que divisa tierra. Fue Sophia la que finalmente se volvió hacia ellos y se los presentó a Fanny.

—Fanny, no sé si recuerdas a nuestro sobrino Aloysius…

—¡Oh, sí, señora! Nos vimos en Londres hace unos meses —dijo Fanny, haciendo una pequeña reverencia en respuesta a la profunda inclinación del muchacho y tendiéndole la mano.

—Entonces, solo te tengo que presentar a Anikó, nuestra sobrina. Ha llegado de Hungría hace casi un año.

Anikó se adelantó y extendió la mano, que Fanny estrechó. Se miraron la una a la otra con interés, y los que las rodeaban las contemplaron a ambas: una rubia y alta; la otra, morena y pequeña; Fanny, apacible y serena; y Anikó, restallante de vitalidad.

—Qué contraste, ¿verdad? —Fue sir Henry quien puso en palabras el pensamiento de todos.

—Sí, son opuestas. ¡La querida señorita Shelby es tan rubia y blanca! Es la viva imagen de la belleza inglesa, y Anikó, por el contrario, es tan… exótica —terminó Grace, después de buscar la palabra unos segundos.

El comentario se quedaba a un paso de resultar ofensivo, quizá a menos, y provocó un silencio denso, con la mitad de sus oyentes

molestos y el resto presa del desconcierto. Lo rompió Anikó preguntando al mundo:

—¿«Exótica» es lo mismo que «fea»?

Conteniendo la carcajada, Robert tuvo uno de sus escasos accesos de diplomacia y pidió permiso para ver el bordado de Anikó.

—¡Sí, Anikó, enséñaselo! A él y también a la señora Burnsyde —intercaló lady Dawson.

Con un ligerísimo encogimiento de hombros, Anikó recogió la pieza que estaba bordando y la expuso a los ojos de los Burnsyde. Sarah lanzó una exclamación admirada.

—¡Anikó, esto es maravilloso! No imaginaba que tuvieras tanta habilidad con la aguja. Y qué adecuada combinación de colores.

—Sí, nos ha dado una sorpresa a todos —dijo Sophia con orgullo.

Las damas cogieron el bordado y se sentaron a comentarlo en detalle, dejando a Robert frente a Anikó, que le miró con una sonrisa exasperada. Robert la estudió con un detenimiento que quizá excediera los límites de la cortesía, pero a ella no pareció importarle. Su vestido de lana parecía tan sencillo como de costumbre, pero pequeños detalles, como el estrecho volante de fino encaje holandés que adornaba el cuello y que se repetía en los puños, lo transformaban de infantil en delicadamente femenino. También había cambiado su peinado, con la cola de caballo habitual sustituida por un recogido en la nuca, dejando escapar los rizos más cortos sobre las sienes. Estaba claro que lady Dawson había iniciado su campaña para transformar a Anikó en una jovencita al uso.

—¿Qué le parece? —preguntó Anikó en un susurro.

Era evidente que no le había pasado por alto el examen de Robert y que los cambios que había sufrido su apariencia la preocupaban más que complacerla.

—Es un bordado precioso —respondió, en parte para hacerla rabiar y en parte para ganar tiempo.

—¡Oh, no se burle de mí! Sabe que me refiero a esto —exclamó Anikó, con un gesto de la mano que recorría su figura de la cabeza a los pies.

Robert echó un vistazo alrededor para ver quién los oía, pero los dueños de la casa y sus amigos se habían sentado a hablar junto a

la chimenea y Fanny y Aloysius estaban absortos en su propia conversación junto a la ventana. Llevó discretamente a Anikó hacia la esquina opuesta, le ofreció una butaca y se sentó en una silla inmediata.

—Me parece muy bien, como se lo parecerá a todo el mundo —dijo con tono tranquilizador—. No está acostumbrada y es normal que se vea extraña, pero le aseguro que no puede parecer sino encantadora.

—Me parece que a Charles no le va a gustar —confesó ella—. Dice que lo que le gusta de mí es que no estoy siempre preocupándome por mi ropa, como las otras chicas.

Charles, de nuevo Charles. Para Anikó, el mundo parecía girar alrededor de su hermano, y las cosas estaban bien o mal según el juicio que Charlie fuera a hacer de ellas.

—Bueno, no creo que tenga que preocuparse. Charles entenderá perfectamente que deje de vestirse como una niña. Al fin y al cabo, él tampoco lleva ya camisas con volantes y pantaloncitos de nanquín.

Anikó visualizó a un larguirucho Charles vestido como Robert describía y soltó una carcajada. Aloysius y Fanny se interrumpieron un momento para mirarlos y volvieron a su conversación. Los demás no se inmutaron.

—¿Le está costando mucho convertirse en una damisela inglesa? —preguntó Robert con simpatía.

—Un poco, sí —reconoció Anikó—. No por los modales, las labores o tocar el piano, mi tía abuela Bertha me enseñó todo eso. Lo que me cuesta soportar es el aburrimiento. ¡Las jóvenes inglesas no hacen nada!

—¿No? A mí me parecen siempre ocupadas: leen, bordan y pintan, arreglan jarrones de flores y reforman sombreros… ¡Están siempre ocupadas como abejas!

Un bufido de Anikó dejó clara su opinión sobre todas esas actividades, e hizo que lady Dawson se volviera a mirarla y viera a las dos parejas de jóvenes separadas.

—Anikó, no está bien que descuides así a tu invitada —señaló con dulzura.

Tanto Anikó como los otros tres jóvenes pusieron cara de culpa y se reunieron en un solo grupo. Por un momento se miraron en silencio; luego, Fanny sonrió y dijo con amabilidad:

—¿Es usted húngara? ¡Qué romántico!

—¿Por qué? —preguntó Anikó algo sorprendida.

—¿Perdón?

—¿Por qué es romántico ser húngara?

—Bueno —dijo Fanny desconcertada—, es… No sé, ¡es que Hungría está tan lejos!

—Entonces, ¿en Hungría lo romántico es ser inglesa? Y si nos encontráramos en París, ¿seríamos románticas las dos?

Aloysius y Fanny intercambiaron miradas de confusión. Robert rio para sus adentros, la miró arrobado, y pensó que tenía que alejarse de Anikó cuanto antes.

Capítulo IX

Pese al pequeño tropiezo inicial, Fanny y Anikó desarrollaron rápidamente una buena amistad. En los cada vez más raros días soleados, Anikó, escoltada por Aloysius, cabalgaba hasta Burnsyde House y allí los cuatro miembros de la generación más joven pasaban el rato jugando a *battledore y shuttlecock* en el prado o a distintos juegos de mesa en la sala de la señora Burnsyde. Cuando el tiempo empeoraba, eran generalmente Fanny y Robert, a veces acompañados por Sarah, los que se desplazaban hasta Fernwell. Allí, a escondidas de la generación anterior, enseñaron a Fanny a jugar al billar.

Tan cómoda vio Sarah a Fanny con sus nuevos amigos que a las dos semanas de su llegada dio permiso a Robert para marchar. Y él, que las había pasado a caballo entre la exaltación, el desaliento y la culpabilidad, lo aprovechó de inmediato. Mandó a Loughborough sus caballos de caza con un par de mozos y partió él poco después para allá guiando su propio carrocín.

Su tío Thomas, hermano menor de su padre, se había casado por amor con la única hija de un acaudalado plebeyo. Su suegro les había ofrecido como regalo de bodas una gran propiedad al norte de Leicester y desde noviembre a marzo su casa era un alegre ir y venir de invitados a la caza del zorro, a menudo acompañados de sus esposas e hijos y siempre de sus ayudas de cámara, mozos de cuadra y caballos. Las cuadras de Loughborough Manor habían sido ampliadas dos veces y, aunque dos de sus alas permanecían cerradas el resto del año, durante esos cinco meses solía faltar sitio. Era imposible aburrirse en esa casa, no solo por la caza, sino porque su tío tenía tres hijas, Rose, Lily y Margaret, de veintiséis, veinticuatro y diecinueve años, que atraían irremediablemente a su casa a la juventud del vecindario. Robert cazó, jugó al billar y a las cartas con el esposo de la mayor y el prometido de la segunda, y flirteó con ligereza con ellas y con varias de sus amigas. Se

convenció a sí mismo de que disfrutaba como todos los años de su visita, y por eso su prima Lily, la más indiscreta y cercana de las tres, le cogió totalmente desprevenido cuando, durante uno de sus paseos por los jardines, le cortó en seco mientras la galanteaba y le preguntó:

—¿Qué te pasa, Robert? Es una muchacha, ¿verdad?

—¿Cómo?

—No te esfuerces en disimular, las tres nos hemos dado cuenta, solo que mis hermanas son más discretas que yo. No eres tú mismo, la mayor parte del tiempo pareces ausente.

—Lo siento si os he parecido desinteresado —respondió Robert, algo dolido—. Te aseguro que disfruto tanto de vuestra compañía como lo he hecho siempre.

—Hasta los caballos se dan cuenta de que estás pensando en otra cosa —insistió Lily, inflexible—. Recuerda esa valla que Rufus rehusó saltar ayer: nunca te hubiera pasado si hubieras tenido el corazón puesto en la caza.

—Te lo ha contado Edgar, ¿verdad?

—Por supuesto. Robert, tiene que ser muy notorio si hasta Edgar se ha dado cuenta.

Robert no pudo evitar sonreír ante la valoración que su prima hacía de la perspicacia de su prometido.

—Me sorprende que Edgar pueda darse cuenta de esas cosas, con lo ocupado que suele estar manteniéndose en la silla —refunfuñó, sin excesiva acritud.

—Edgar monta muy bien —aseguró Lily, con más lealtad que veracidad—. Y, en cualquier caso, no me importa cómo monte mientras sea capaz de bailar sin pisarme.

Como apenas dos noches antes Robert había tropezado con el pequeño tren del vestido de baile de Lily y lo había desgarrado sin remedio, el comentario no cayó bien.

—Solo a ti se te ocurre ir a un baile arrastrando yardas y yardas de tela detrás.

—No llegaba a un palmo. Déjalo, Robert, no vas a conseguir distraerme. ¿Qué te pasa? O más bien, ¿quién te pasa? ¿La conozco? ¿Qué edad tiene? ¿Cuándo ha sido presentada?

Se dio por vencido. Lily era lo más parecido a una hermana que tenía y él llevaba meses cargando esa pesadumbre en el pecho.

—No, no la conoces —admitió—. No ha sido presentada.

—¡Robert, por favor! —exclamó Lily, fingiendo solo a medias escandalizarse—. ¿Una niña de colegio? ¿Tú? Tenía entendido que tus gustos iban más bien en sentido contrario.

—¡Lily! ¿Qué sabes tú de eso? No me puedo creer que el bocazas de Edgar…

—Edgar me lo cuenta todo —respondió Lily, ufana.

—Pues no debería hacerlo. Y si lo hace, tú no deberías escucharle, y menos repetirlo.

Lily bufó por toda respuesta. Tenía a Edgar dando vueltas alrededor de su dedo meñique y pensaba que siguiera estándolo. Además, la mantenía enterada de todos los *on-dits* que difícilmente llegarían si no a los oídos de una joven.

—Bien —insistió, sin dejarse apartar de su principal interés—, ¿quién es, entonces? ¿Cómo la has conocido, si no está presentada en sociedad?

Una sospecha repentina la hizo detenerse y volverse a mirar a su primo.

—¡Oh, Robert! No la habrás conocido en tu viaje, ¿verdad? No será una… una extranjera. ¡Ay, mi pobre Robert!

La idea de que su desdichado primo estuviera perdidamente enamorado de una joven italiana o francesa, a la que probablemente nunca volvería a ver, le pareció tan romántica que casi le envidió. Edgar era muy buen chico, y ella le quería muchísimo, pero, al fin y al cabo, era hijo de los propietarios de la finca colindante y se conocían desde niños. Una buena elección, desde luego, pero lamentablemente prosaica.

—Sí, es extranjera —dijo Robert, que interpretaba perfectamente los sentimientos de su prima y no podía evitar disfrutar del equívoco —. Húngara, en realidad. Se llama Anikó Bertha Clara Németszeghy de Bácsalmás.

—Anikó —suspiró Lily, arrobada—. Es un nombre precioso. Por el apellido parece de buena cuna. ¿La conociste en Viena?

—Es baronesa. No, no la conocí en Viena, sino algo más cerca.

—¿En París? ¡Rob, no seas exasperante, no quiero tener que sacarte las cosas con sacacorchos, cuéntamelo todo de una vez!

—En Northamptonshire.

—¡En Northamptonshire!

—Es la sobrina de sir Henry y lady Dawson.

Una sobrina de los Dawson de visita en Fernwell resultaba menos romántica que un amor imposible en el continente, pero Lily, que no carecía de sentido práctico, pensó que sería mucho más conveniente para los intereses de Robert.

—¿Cuánto tiempo se quedará con ellos?

—Vive con ellos. Se quedó huérfana muy pequeña y la crio su abuelo, pero cuando él murió, hace un año, sir Henry la trajo a Inglaterra.

—Bueno, entonces no veo el problema, es prácticamente tu vecina.

—Charles está enamorado de ella.

—¡Bah! ¿Cómo puedes tomarte en serio el enamoramiento de un chiquillo de dieciocho años? No irás a sacrificarte tontamente por él, ¿verdad?

—Y ella de él.

—¿De Charles? —dijo Lily con incredulidad. Tenía seis años más que Charles y lo veía aún como un niño. Le parecía inimaginable que una muchacha pudiera siquiera fijarse en su primo pequeño teniendo cerca al mayor, por el que le constaba que suspiraban un par de amigas suyas.

—Notoriamente. Solo ve por sus ojos —reconoció Robert, con sentimiento—. Pero, aunque ella no lo estuviera, él lo está. Puede que sea tonto, Lily, pero no voy a cortejar a la muchacha de la que mi hermano está perdidamente enamorado delante de sus narices. Ni por detrás —añadió con pesar—. Aún menos por detrás.

Lily abrió la boca para repetir su convicción de que lo de Charles era un enamoramiento de cachorro y que se le olvidaría en unos meses, pero algo en la expresión de Robert le hizo cerrarla sin hablar.

—Sé lo que se siente cuando a la edad de Charles te enamoras y te dan esperanzas para luego dejarte de lado por alguien que es

mejor partido que tú —dijo Robert, con la mirada perdida hacia el pasado—. No quiero que él lo sepa también.

Le había pedido a su prima que le guardara el secreto, y ella le quería lo bastante para, pese a sus enormes deseos de compartirlo con sus hermanas y Edgar, hacer lo que le pedía. La conversación le sirvió para redoblar sus esfuerzos en ser el invitado perfecto, el que nunca se quedaba en un rincón en los bailes mientras hubiera señoritas sentadas y el que tenía siempre tiempo para todos, hombres y mujeres. Su tío estaba orgulloso de su comportamiento sobre el caballo y su tía del que mostraba en sociedad; sus primas lo exhibían ante sus amigas y sus futuros primos lo buscaban para participar en sus partidas de cartas o sus expediciones a las tabernas de Leicester. Nadie, ni siquiera él, le consideraba sumido en la melancolía, y si cuando leía las cartas semanales de su madre sentía el deseo de volver a casa, lo consideraba una debilidad momentánea. De una forma perversa, sabía que el momento de volver llegaría cuando ya no lo deseara.

Las cartas siguieron llegando, contando las pequeñas novedades e incluyendo inevitablemente referencias a los residentes en Fernwell. Fanny estaba contenta y recuperada, lo que Sarah achacaba en buena medida a la compañía de Anikó, a la que iba a ver casi todos los días. Los Dawson seguían en Fernwell, y eso resultaba una gran ventaja, porque Aloysius, que en el fondo era muy buen chico, se prestaba a acompañar a las dos jóvenes en sus paseos y excursiones, lo que era mucho más agradable para ellas que ser escoltadas por un mozo. Robert leía y enarcaba una ceja, entendiendo mejor que su madre las razones por las que Fanny parecía tan contenta y Aloysius se mostraba tan complaciente.

Porque en Fernwell, y pese a la supervisión de lady Dawson y su madre, Aloysius y Fanny habían tenido mucha más libertad de la que podían soñar para retomar su incipiente amistad londinense y evolucionaban a pasos agigantados hacia perder la cabeza el uno por el otro. Anikó, cuya primera reacción cuando Fanny le confesó su interés por su primo Aloysius había sido de incredulidad, había aceptado la aparente falta de juicio de su amiga y colaboraba alegremente proponiendo, indiferente al frío y la nieve, paseos y

excursiones en las que casi siempre encontraba ocasiones de despistarse y dejar a la pareja en la intimidad. Únicamente por esa razón había mostrado interés en visitar la histórica abadía de Delapré, y había mostrado entusiasmo cuando su tío Henry le dijo que tenía el consentimiento de su ausente propietario para que la visitaran.

El primer día de diciembre en el que salió el sol, condición exigida por Grace para permitir la excursión, salieron los tres en la berlina de los Dawson hacia la abadía. Una vez allí, una heroica Anikó solicitó del encargado una visita completa de la mansión, dejando a Aloysius y Fanny libertad para recorrer los jardines. Incluso en invierno, el lugar era encantador y Aloysius se sintió motivado para recitar en voz alta pasajes de su admirado Burns. Pero por muy espiritual que fuera el joven señor Dawson, era también un hombre mortal, y al acabar *My Love is like a Red, Red Rose* y encontrarse con la cara emocionada y absorta de Fanny, sus ojos azules resplandecientes de admiración y sus labios entreabiertos, fue inevitable que perdiera toda contención y la besara. Eso supuso que Fanny no llegara nunca a escuchar la elaborada declaración de amor que Aloysius llevaba perfeccionando una semana y que entendiera por fin a qué se refería lord Shaw cuando le aconsejaba buscar un jovencito menos caballeroso, pero al que deseara besar. Después de eso, solo les quedó intercambiar promesas de amor eterno y discutir cuánto tiempo se requeriría para que lady Shelby olvidara su enfado con su hija y admitiera plantearse una alternativa a lord Shaw.

Estos detalles no constaban en las cartas de la señora Burnsyde, que se limitaba a comentar que Anikó hacía grandes progresos en su aprendizaje social bajo la cariñosa tutela de Sophia, aunque de vez en cuando alguna de las acres intervenciones de Jonathan o Grace la hacía recaer en sus travesuras de golfillo. Charles escribía poco desde Cambridge, pero Sarah consideraba que eso debía entenderse como una buena noticia, parecía haber encontrado su sitio allí y había pedido que se le mandara su escopeta porque uno de sus amigos le invitaba a cazar los fines de semana. Le esperaban en casa por Navidad, claro. ¿Cuándo volvía Robert?

Y Robert, que aún deseaba volver con más intensidad de la que consideraba aconsejable, respondió que sus tíos habían sido tan amables como para insistir en que pasase las Navidades con ellos. Se reuniría en Loughborough un grupo numeroso, con bastante gente joven, así que resultaría muy divertido. Sarah se quejó un poco porque, después de muchos meses de viaje, Robert no había llegado a pasar tres en casa antes de salir corriendo, pero se dejó convencer. Fue Benjamin, sorprendentemente, el que escribió a Robert para decirle que deseaba que estuviera en casa el día de Navidad. Hacía generaciones que esa tarde se ofrecía una fiesta en la casa para los arrendatarios de los Burnsyde y todas las personas que de ellos dependían. Quería que Robert asistiera y ejerciera con él de anfitrión; al fin y al cabo, era su hijo mayor, su heredero.

Así que Robert salió para Northamptonshire el día veintitrés de diciembre, tan decidido a pasar allí el menor tiempo posible que dejó en Loughborough sus caballos de caza. Fue un viaje un tanto accidentado porque, a poco de iniciarlo, la nieve empezó a caer con intensidad y en menos de una hora el camino estaba borrado y había que llevar a los caballos a un paso lento y precavido para evitar acabar en la cuneta. Tras un par de horas de viajar así, y con un frío cada vez más intenso, Rober cedió de buen grado a las súplicas de Samuels y aceptó pasar la noche en El zorro y la liebre, la mejor posada de Market Harborough.

Al día siguiente, con un sol radiante, reemprendieron el camino a una marcha igual de lenta, porque el sol derretía la nieve a gran velocidad y convertía el terreno en un lodazal resbaladizo. Para cuando llegaron a Burnsyde, el sol empezaba ya a descender y los dos bayos estaban agotados. Dos mozos se acercaron corriendo a hacerse cargo de ellos y del carruaje y Robert, dejando a Samuels a cargo de su equipaje, saltó del pescante y se dirigió, cansado también, hacia la casa. Antes de llegar a ella, unos pasos apresurados tras él y una palmada en el hombro, acompañados de un alegre: «¡Por fin llegaste, Rob, empezabas a preocuparnos!», le hicieron volverse. Charles le miraba con una sonrisa alegre, a la que era imposible no responder igual. Los dos hermanos se estrecharon efusivamente la mano y, cogidos del brazo, se dirigieron hacia las

escaleras de entrada, en cuya cima les esperaba Briggs con la puerta abierta.

—Bueno, chico, ¿qué tal en Cambridge? Me has decepcionado un poco, pensé que conseguirías que te expulsasen antes de Navidad.

—Se han ablandado mucho desde tus tiempos, Rob, no he tenido más que dos amonestaciones. ¡Y eso que metimos un burro en la cama de nuestro tutor!

—¡Pobre burro!

—¿Verdad? Después me sentí tan culpable que le compré una caja de manzanas.

—¿Cuándo llegaste?

—Esta mañana. Tenía planeado llegar ayer, pero me desvié para ver a Bertie en Fernwell, y nevaba tanto que me dijeron que pasara la noche allí.

Le hubiera gustado que Lily lo hubiera escuchado. Ella, que había asegurado que Charles superaría su enamoramiento en un par de meses. La leve esperanza que las palabras de su prima habían despertado se desvanecieron y Robert sonrió a Briggs, le cedió su capa y sombrero, y le deseó con poquísima convicción unas felices Navidades.

Capítulo X

Llegó el día de Navidad y, entre los preparativos de la fiesta de la tarde y la fiesta en sí, ninguno de los miembros de la familia Burnsyde tuvo tiempo para visitas. Sin embargo, el mismo día veintiséis Fanny y Charles expresaron su intención de ir a Fernwell a felicitar las Pascuas a los Dawson. Era casi imposible no acompañarlos, y Robert lo hizo con muy pocas ganas. Hubiera preferido retrasar su reencuentro con Anikó, y mucho más, evitar coincidir con su hermano y ella a la vez. La encontró sentada, muy modosa, junto a sus tías, pero la satisfacción que sintió al ver la alegría con que se levantaba a saludarlo quedó un tanto empañada al darse cuenta de que, diez minutos después, ella, Aloysius, Fanny y Charles habían desaparecido de la habitación, dejándole la tarea de dar conversación a las dos señoras. Ninguno de los cuatro reapareció hasta la hora de marcharse, momento en que, tan sigilosamente como habían desaparecido, se materializaron en la sala y se despidieron cortésmente. Durante el viaje de vuelta, sentado junto a una Fanny radiante y un Charles que no hablaba más que de Bertie, decidió regresar a Loughborough tan pronto como pudiera sin ofender a sus padres.

La mañana siguiente todos los miembros de la familia coincidieron a la hora del desayuno, en contra de lo habitual, dado que Sarah y Fanny solían hacerlo en sus habitaciones. Benjamin los contempló y comentó radiante:

—Es muy agradable teneros de nuevo aquí, muchachos. Estos días pasados, Burnsyde estaba mortecino. Menos mal que Fanny se ha quedado a hacernos compañía a vuestra madre y a mí.

—Yo estoy encantada de quedarme, tío Benjamin —respondió Fanny con una sonrisa aún mayor.

Sus tíos la miraron con afecto, sus dos primos con alguna sorna.

—Esta mañana voy a Leplace Manor. Quiero ver con Brown las reparaciones que quiere hacer en el cercado. Charles, deberías

acompañarme.

Era razonable, era una propiedad que pensaba dejar a su hijo menor, y él lo sabía. Incluso así, el rostro de Charles denotó su desgana y el padre la percibió.

—Creo que es importante que te familiarices con ella, Charles, será tu responsabilidad en algún momento.

—Lo sé, señor. Es solo que voy a estar en casa tan pocos días que…

—Charles —intervino su madre con una carcajada—, tú no estás en casa, ¡te pasas la vida en Fernwell!

Charles enrojeció y no dijo nada más, resignado. Sarah se volvió hacia Fanny y añadió:

—Pensaba ir a visitar a los Murdoch, querida, ¿quieres acompañarme?

Fue entonces la cara de Fanny la que mostró una decepción casi cómica.

—Es que… había prometido a Anikó dar un paseo con ella —arguyó, con desmayo.

Sarah la miró con ternura exasperada y cedió:

—Si se lo habías prometido, será mejor que vayas. Yo necesitaré la berlina, pero seguro que a Robert no le importa acercarte a Fernwell.

A Robert le importaba, pero se calló, y media hora más tarde salía para Fernwell con una Fanny toda sonrisas y gratitud sentada junto a él. Aprovechó el viaje y la intimidad que les proporcionaba para sonsacarla, y quedó bastante sorprendido, y algo escandalizado, al saber que se consideraba secretamente comprometida con Aloysius.

—¿Estás segura de que tus padres han renunciado a que te cases con Shaw?

—Él ha renunciado, así que no hay nada que ellos puedan hacer al respecto —respondió triunfante una Fanny bastante distinta de la ratita llorosa que había llegado a Burnsyde hacía un par de meses.

—Creí que te habían mandado aquí castigada y para hacerte meditar.

—Sí, pero solo para que recapacitara y «no volviera a mostrar esa rebeldía impropia en el futuro». Lord Shaw no volverá a pedir mi

mano, eso es seguro. No creo que mamá, cuando se le haya pasado el enfado, vea con malos ojos a Aloysius. Al fin y al cabo, es el heredero de sir Henry. Bueno, su padre lo es, pero antes o después lo será él.

—No sé si un futuro baronet le parecerá bastante a la tía Eliza.

—¡Oh, seguro que sí! No tengo una gran dote, ¿sabes? Somos tres hijas, papá tendrá problemas para cumplir con todas nosotras. Se alegrará de que Aloysius pida mi mano, a él no le importa eso.

«Pero quizá a sus padres sí», pensó Robert. No dijo nada en voz alta, pero preveía dificultades para que el compromiso llegara a buen puerto.

En Fernwell, Aloysius y Anikó esperaban ya preparados para salir. La ausencia de Charles fue explicada y la compañía de Robert aceptada de buena gana. Salieron los cuatro caminando y, casi enseguida, Anikó, ya experta en esos manejos, consiguió que Fanny y Aloysius caminaran emparejados en cabeza mientras ella y Robert iban quedándose retrasados. No era lo que Robert hubiera elegido, pero tampoco podía cogerla del brazo y hacerla apresurarse.

—Y, dígame, señor Burnsyde, ¿han matado muchos zorros?

—Algunos —respondió Robert, cogido por sorpresa—. ¿Le interesa la cacería del zorro?

—Me repugna —confesó Anikó sin titubeos.

—¿Pero me pregunta por mi éxito en ella?

—Tía Sophia dice que hay que intentar hablar a la gente de los temas que a ellos les interesan.

—Su tía Sophia tiene razón, por supuesto, pero será mejor elegir temas que le interesen a usted también.

Anikó suspiró y negó con la cabeza en un movimiento lleno de melancolía.

—Si juzgo por mis otros tíos o Aloysius, o incluso Fanny o las señoritas Russell, es poco probable que encuentre temas que nos interesen a ambos. Tengo que practicar en parecer interesada por los suyos.

—Entonces, le recomiendo que no les diga que le repugnan.

—¿Le he molestado? —preguntó Anikó, contrita—. Lo siento mucho. Pensé que con usted podía ser sincera. Siempre lo somos,

¿verdad?

Le miró con una sonrisa tímida y preocupada que le conmovió, y tuvo que hacer un esfuerzo para disimularlo y mantener el tono ligero.

—Es cierto, siempre lo somos. Por esa razón le preguntaré abiertamente: ¿es su costumbre, en los paseos, separarse de mi prima y su primo y dejarles en solitario?

—Sí, claro —reconoció Anikó con alegría.

—No es lo más apropiado, ¿no cree? Me extraña que sus tías no le hayan dicho que las jóvenes no deben pasear en solitario con un caballero.

—¡Oh, me lo han dicho a menudo, sobre todo tía Grace! Pero me parece absurdo. ¿Cómo pueden dos personas enamorarse si no se les permite pasar tiempo juntas?

—Por supuesto que deben tratarse, pero quizá lo que no sea indispensable es que se encuentren a solas, ¿sabe? —intentó explicar Robert, preguntándose qué hacía hablando con Anikó de temas que habría encontrado embarazoso tratar con una hermana—. El afecto podría arrastrarles a… a conductas impropias.

—Pero, entonces —concluyó Anikó, con cierta sorpresa—, los caballeros ingleses no son realmente tan caballerosos.

Robert calló. Tenía la sensación de estar viviendo el periodo frágil y maravilloso en el que Anikó se convertía de niña en mujer y no sentía deseos de acelerarlo ni de ver convertirse esa criatura ingenua y fresca en una flor de la alta sociedad, hastiada de todo antes de tiempo. La miró con una ternura inmensa y vio en los ojos de ella, primero, sorpresa y curiosidad, y luego un atisbo de entendimiento que le aterró. Le sonrió y la animó a aligerar el paso para dar alcance a la pareja huida a la vez que se prometía no volver a pisar Fernwell.

Lo cumplió. Pasó los días que estuvo en Burnsyde encerrado en la biblioteca o haciendo compañía a sus padres. Con diversas excusas, evitó las reuniones, cenas y bailes que las familias de los alrededores ofrecían y donde sabía que inevitablemente coincidiría con Charles y Anikó. Desconcertó y preocupó a Sarah con su extraña conducta, sin salir de la casa en todo el día y penando por irse, hasta que se le

ocurrió la explicación más simple: que había conocido a alguien especial en Loughborough. A partir de ese instante, cualquier obstáculo que hubiera puesto a su partida desapareció, y aunque Benjamin gruñó al enterarse, una conversación con su mujer le hizo cambiar de opinión. Robert volvió a Loughborough el día siguiente a Año Nuevo con una carta de Sarah para su cuñada en la que le pedía información sobre la jovencita que, no podía por menos que sospechar, había despertado el interés de su hijo. La carta causó bastante desconcierto en la señora de Thomas Burnsyde e hizo que, durante toda su estancia con sus tíos, Robert fuera sometido a un escrutinio del que afortunadamente no se dio cuenta. El esfuerzo no dio grandes frutos y todo lo que Blanche Burnsyde pudo escribir a su cuñada fue que, en su opinión, Robert mostraba un especial interés en todas las jóvenes que se le presentaban y llevaba camino de convertirse en un rompecorazones. Se alegraba mucho de que sus hijas, por conocerle desde que llevaban pañales, estuvieran a salvo de sus encantos.

Por decisión de Sophia, los Dawson se fueron a Londres tras las Navidades, sir Henry de buen grado y el resto con desgana. Lady Dawson tenía la intención de aprovechar el tiempo hasta que la temporada londinense cogiera ímpetu preparando el equipo que Anikó requeriría para la temporada, y, especialmente, el vestido que llevaría para ser presentada en la corte. Quería también acostumbrarla poco a poco a la vida de sociedad asistiendo a las visitas, pequeñas reuniones, cenas y sesiones musicales que constituían el día a día de la buena sociedad londinense en cualquier momento del año. El programa, que hubiera entusiasmado a la mayor parte de las jovencitas, era contemplado con recelo por Anikó, y con desmayo por Fanny y Aloysius, conscientes de que el periodo de increíble libertad que había gozado su relación tocaba a su fin y que, cuando volvieran a verse en Londres, Fanny estaría bajo la estrecha vigilancia de su madre. Para Jonathan y Grace Dawson, la vuelta a Londres significaba, sobre todo, pasar de una amplia y cómoda mansión campestre donde gozaban gratuitamente de todas las comodidades, a una mucho más pequeña e incómoda casa de la ciudad. Que además debieran sufrir ese trastorno para

asegurar el éxito social de Anikó, aumentaba considerablemente su amargura.

Primero la ausencia de Robert y Charles, y luego la de sus vecinos más próximos, hizo que la vida en Burnsyde se volviera melancólica. En especial, Fanny perdió gran parte del interés que hasta entonces había mostrado por conocer los lugares más pintorescos de los alrededores. La mayoría de la nobleza terrateniente de Northamptonshire permanecía en el campo y, a pesar del mal tiempo, Sarah hizo un esfuerzo por alejarse de la chimenea y acompañarla a visitar a otros conocidos. Sin embargo, Fanny, pese a agradecerlo, parecía languidecer. Ni siquiera la excursión a un lugar tan pintoresco como las ruinas del castillo de Fotheringhay, ofrecida por los Russell, consiguió entusiasmarla. Fanny se aburría y Sarah, pese al enorme cariño que sentía por su ahijada, casi se alegró cuando, a final de febrero, recibió una carta de su cuñada reclamando a su hija.

Fanny se marchó con sentimientos encontrados, secretamente feliz por una parte de ir a Londres, donde estaba Aloysius, y, a la vez, atemorizada por el reencuentro con su madre; las cartas que le había escrito mientras estaba en Burnsyde estaban plagadas de recriminaciones y advertencias, sin que los tres meses transcurridos parecieran haber disipado su rencor contra su hija. Sus tíos apenas tuvieron tiempo de echarla de menos, pues solo dos semanas después de su marcha, Robert volvió a casa, en una comitiva que, además de su carruaje, incluía cuatro caballos, dos mozos y su ayuda de cámara. De su mano, Sarah recibió una carta de su cuñada Blanche anunciándole que los Burnsyde de Loughborough partían para Londres. Era lo lógico, ya que Margaret había cerrado su primera temporada londinense sin una sola oferta aceptable y, aunque sus padres no tenían prisa por casarla, su obligación era darle todas las oportunidades posibles de encontrar un partido adecuado. Se acercaba marzo y, con ello, el fin de la temporada de caza. Todo el mundo se dirigía a la metrópoli y también los Burnsyde de Northamptonshire se dispusieron a cerrar la casa y encaminarse a la ciudad, precedidos por Briggs y una docena de criados que debían preparar la casa de la calle Grosvenor para su llegada.

Capítulo XI

Anikó no había encontrado fácil amoldarse a Londres. La aburrían las excursiones de compras interminables y las no menos tediosas sesiones de prueba con las modistas que habían ocupado la mayor parte de sus días. Además, Londres la asustaba. Ni su infancia, transcurrida en la aislada casona de su abuelo en Bácsalmás en la compañía de dos ancianos, ni el año transcurrido en la campiña inglesa con sus tíos y su pequeño círculo de amistades, la habían preparado para la vida en la urbe. Nunca había visto tantas casas juntas, ni tanta gente desconocida como la que atisbaba desde el coche de su tía cuando salían. Los ruidos de la ciudad la aturdían y, aunque, como a todas las jóvenes de buena cuna, se la mantenía cuidadosamente apartada de los aspectos más desagradables de la vida, era imposible hacerlo por completo. Aquí y allá, la visión de una vendedora de flores casi descalza o de un pequeño mendigo la hacía atisbar existencias mucho más duras que las de una pinche de cocina.

Esas primeras semanas, su añoranza de Fernwell, su bosque y sus campiñas había sido casi insoportable. Además, la constante presencia de su tía Grace en la casa, supervisando, corrigiendo y criticando sus modales y apariencia, habían hecho todo aún más difícil. Incluso su adorada tía Sophia, que estaba cada vez más nerviosa ante la inminencia de su presentación en la corte, se había vuelto exigente, la obligaba a ensayar una y otra vez sus reverencias y escuchaba con más atención de lo que hasta entonces había hecho los comentarios y consejos de Grace. Ni siquiera sus paseos con Aloysius, con el que su relación había mejorado sustancialmente desde que protegía su idilio con Fanny, suponían una distracción. El joven acudía todas las mañanas con su carrocín y la llevaba a pasear por el parque, pero, como su conversación se reducía a Fanny, sus encantos y la desesperación que le embargaba por su ausencia, era difícil que levantara el ánimo de su deprimida prima.

Afortunadamente, la tía Sophia había contratado a un profesor de danza, y Anikó, que tenía aptitudes naturales, descubrió que le encantaba bailar. Además, a mediados de febrero su vestuario estuvo prácticamente completo, y sus modales habían mejorado tanto que hasta la tía Grace dijo que: «Aunque Anikó nunca será bella, cuando quiere puede resultar muy agradable». Para terminar de dar un giro feliz a su situación, el señor McIntyre, recién llegado a la capital de sus propiedades escocesas, pasó a presentar sus respetos a lady Dawson, dictaminó que Anikó era sencillamente encantadora y emprendió un programa de actividades para su entretenimiento. Porque, como dijo en un aparte a sir Henry y Sophia: «Considero importante que Anikó conozca Londres antes de que Londres conozca a Anikó. Esa aura ligeramente exótica de la chiquilla le añade atractivo, pero no conviene que sea percibida como una extranjera». Tío y sobrina visitaron los puntos más importantes de la ciudad, a veces acompañados por lady Dawson, o incluso por Aloysius, y otras veces solos. Anikó fue con él a la abadía de Westminster y la Torre de Londres, la Casa Egipcia y el Museo Británico, situado en la Casa Montagu. Sin embargo, no todo fueron actividades culturales, también paseó en coche por el Ring de Hyde Park, comió pasteles y helados en Gunter y se convirtió en una cara conocida para los dependientes de la librería Hatchard, la preferida de su tío abuelo.

Con el final de la temporada de caza, la buena sociedad volvía a Londres y la vida en la capital se animaba por momentos. Lady Dawson, que había llevado una vida relativamente retirada las primeras semanas, mientras preparaba el equipo de Anikó, empezó a hacer y recibir visitas con asiduidad. Anikó fue presentada a numerosas matronas de la alta sociedad y a sus hijas e hijos.

Una de las primeras visitas que recibieron fue la de Fanny y su madre, una imponente mujer que había sido tan bella como su hija, y quizá lo seguiría siendo si la severidad de su carácter no hubiera marcado su entrecejo y derrumbado las comisuras de sus labios en un gesto de perenne desaprobación. Lady Shelby llegaba con la intención declarada de agradecer a sus cuñados la hospitalidad con que habían acogido a Fanny. Sin que lo expresara en palabras, pero

evidente por la inspección a la que la sometió, su otra intención era formar su propio juicio sobre Anikó. Había que decidir cómo debía ser tratada en público la joven, si como pariente, aunque la relación fuera lejana, o como una desgraciada carga que sir Henry había impuesto a su querida Sophia.

La primera impresión fue favorable: Anikó no era una muchacha mal parecida, pero era pequeña y delgada, no podía rivalizar en absoluto con la belleza de diosa clásica de su Fanny. Además, se comportaba con una modestia y corrección que desmentían las críticas que en sus cartas había vertido su amiga Grace Dawson. Eso no la sorprendió, entendía que su amiga no podía juzgar objetivamente a una joven que ocupaba en los afectos de sir Henry y su esposa el lugar que Grace creía que debía ser de Aloysius. Llegó rápidamente a la conclusión de que se podía permitir que las dos muchachas reanudaran la amistad que parecían haber trabado en Northamptonshire.

Como si quisieran poner a prueba esta decisión, las dos jóvenes, que se habían retirado a un rincón de la sala a charlar animadamente, se acercaron y pidieron permiso para que Fanny acompañara a Anikó y su primo en su paseo por el parque. Se lo concedió gustosa y, en un arrebato de generosidad, invitó a Anikó a acompañarlas, a ella y a su hija, en su próxima visita a Almack's. Lady Dawson se lo agradeció, pero declinó con su amabilidad de siempre. Quería estar presente en la primera aparición de Anikó en el club más exclusivo de Londres, aquel para el que solo los más selectos obtenían pases de entrada y en el que las jovencitas podían brillar entre sus iguales.

Llegó y pasó el día de la presentación en corte, dejando a lady Dawson y Anikó igualmente exhaustas y satisfechas. Sophia lo estaba porque la conducta de Anikó había sido impecable y le había valido elogios de algunas ancianas damas muy rígidamente apegadas a la etiqueta, y Anikó, por su parte, porque podría perder de vista para siempre el pesado y anticuado traje hecho exprofeso para la ocasión. El señor McIntyre celebró el éxito de su querida sobrina llevándola al anfiteatro de Astley, y Anikó olvidó rápidamente

su experiencia en palacio. Durante los días siguientes, habló casi exclusivamente del espectáculo circense.

La temporada estaba en auge y, entre la asistencia a obras de teatro, de ópera o conciertos, y las invitaciones a fiestas privadas, tía y sobrina casi no paraban en casa y rara vez se acostaban antes de la madrugada. Fue en una de esas fiestas privadas, que había sido descrita por la anfitriona como «una cosa tranquila, apenas una veintena de parejas de baile», donde Robert se reencontró con Anikó.

Habían llegado a Londres ese mismo día, y sus padres, cansados por el viaje, habían preferido cenar en casa y no salir luego. Robert los había acompañado y, después, sabiendo que sería allí donde, con toda probabilidad, encontraría a sus primas Burnsyde, decidió acercarse a la casa de los Seames. La señora Seames le conocía desde que era niño y no perdió demasiado tiempo en recibirle y hacerle sentirse cómodo. Con un vago: «Cuánto me alegro de verle, querido, pase, creo que conoce a prácticamente todo el mundo», lo despachó hacia el interior de la sala y dirigió su atención hacia el siguiente invitado. Robert la obedeció y dio dos pasos hacia el interior del salón, buscando con la mirada a sus primas. No las encontró, pero en un rincón, al fondo, vio a Anikó charlando animadamente con un caballero que se reía de buena gana con sus comentarios. Su corazón se detuvo un momento mientras la observaba y anotaba todos los pequeños cambios que en conjunto convertían a la Anikó que recordaba, y que apenas había dejado de ser una niña, en esa sofisticada jovencita. El cabello, sin duda. En Fernwell los apretados rizos negros escapaban desordenadamente de la cola de caballo o el recogido que los aprisionaba. Una peluquera más hábil que su doncella se había ocupado esa noche de entrelazarlos con hilo de plata para llevarlos a la nuca y recogerlos allí bajo una redecilla del mismo hilo en la que había enredado pequeñas rosas blancas. Cada vez que Anikó movía la cabeza, el negro azabache del cabello refulgía con destellos de plata. El vestido, por supuesto. Estaba acostumbrado a verla vestir de forma casi infantil, con sencillos vestidos de algodón o lana, poco ceñidos y menos escotados. Esa noche, Anikó llevaba un vestido de seda

blanca y talle alto que dejaba al descubierto unos hombros mucho más redondeados de lo que su esbeltez hacía esperar. Todo eso, sí, pero había más. Algo en sus movimientos, que, sin perder la vivacidad de antes, tenían ahora una elegancia que antes les faltaba. Los gestos eran medidos, menos dramáticos, y su ritmo más pausado. Anikó había aprendido contención, se había convertido en una dama. Y Robert, admirando el resultado, no pudo evitar entristecerse un poco.

En aquel momento, ella le vio, y sin perder más de medio segundo en despedirse del caballero con el que charlaba, cruzó la sala como solo ella sabía hacerlo, sin apenas pisar el suelo, y extendió las dos manos hacia él, radiante de alegría e indiferente a la decepción que había causado en su acompañante.

—¡Señor Burnsyde! ¡Cuánto me alegro de verle!

Robert le cogió las manos un segundo y las soltó rápidamente, consciente de que eran observados. La cara de Anikó expresó su sentimiento de rechazo, y él intentó paliarlo sonriéndole con afecto y explicando:

—No podemos llevar a su admirador a la desesperación, ¿sabe? Por cómo nos mira, creo que puedo esperar recibir a sus padrinos mañana.

Anikó dirigió un vistazo rápido al enojado caballero y soltó una carcajada culpable. Puso su mano en el brazo de Robert y le empujó hacia él.

—A veces todavía se me olvidan los modales. Venga, le presentaré.

Mientras cruzaban la sala, le contó que el caballero era sir Humphrey Thomas, que lo había conocido en Almack's hacía dos semanas y que había sido tan amable como para pedirle dos bailes esa noche. Eso hacía imposible que le concediera uno más, claro, pero al terminar el segundo él se había declarado agotado y le había propuesto beber algo fresco. Cuando llegaron a donde él les esperaba y les presentó, a Robert se le hicieron evidentes tres cosas. La primera, que sir Humphrey no cumpliría ya los cuarenta años; la segunda, que estaba muy interesado en Anikó; y la tercera, que sentía una gran animosidad por el recién llegado y deseaba que se

marchara. Bien, podía entenderlo, pero no tenía la menor intención de darle el gusto. No podía segar la hierba bajo los pies de su hermano, pero vaya si estaba dispuesto a hacerlo bajo los de sir Humphrey, por Charles y por él mismo. Permaneció junto a ellos, insensible a sus indirectas, hasta que el descanso de los músicos terminó y tomaron de nuevo sus instrumentos. Entonces, haciendo un uso innoble de la información que Anikó le había facilitado, dijo con una sonrisa:

—Veo que tocan de nuevo. Si sir Humphrey no se me ha adelantado —una inclinación de cabeza en su dirección dio a entender que, en ese caso, por supuesto, respetaría el derecho previo del caballero—, me encantaría que bailara conmigo.

—¡Oh, no! Sir Humphrey está algo cansado y no desea bailar más —explicó Anikó con una sonrisa radiante.

Dejaron a sir Humphrey rechinando los dientes y se acercaron a ocupar sus lugares para bailar la cuadrilla. La danza no daba muchas oportunidades para una conversación personal, pero, mientras transcurría, entraron en el salón sus primas Burnsyde, dándole la excusa perfecta para, al acabar, llevar a Anikó hacia ellas con la excusa de presentárselas. Desde ese momento, las oportunidades de sir Humphrey de conseguir estar a solas con Anikó desaparecieron. Las tres hermanas habían recibido a la joven con cordialidad, pero Lily, además, y por las confidencias de Robert, sentía un intenso interés por ella. El resto de la velada lo pasaron charlando todo el tiempo en que no bailaban, hasta que Grace Dawson, que esa noche ejercía de carabina de Anikó, expresó su deseo de retirarse.

Capítulo XII

Los Dawson y los Burnsyde retomaron en Londres con toda naturalidad la intimidad de trato de que disfrutaban en Northamptonshire. Los caballeros eran miembros de los mismos clubes, y esos eran sus puntos naturales de encuentro. En el caso de las damas, como sus residencias estaban a pocos cientos de metros de distancia, era sencillo para cualquiera de las dos acercarse a casa de la otra, dando un paseo si el tiempo era bueno o en coche cuando llovía, y de allí salir juntas para una tarde de compras o para tomar el aire en el parque.

Lo más habitual era que Anikó las acompañase, y, muy a menudo, lo hacía también Fanny, que pasaba todo el tiempo que su madre le permitía con sus tíos Burnsyde. Pero, frecuentemente, las dos damas mayores elegían quedarse en cualquiera de las casas, donde estaban seguras de ser entretenidas por alguna visita, y entonces siempre se podía contar con el primo Aloysius para escoltar a las dos jóvenes en sus paseos. Si se hubieran parado a pensarlo, a lady Dawson le hubiera llamado la atención la frecuencia con que, con o sin su madre, les visitaba Aloysius, y a la señora Burnsyde la sistemática ausencia de Robert cuando se esperaba la visita de Anikó. Pero ninguna de las damas tenía el carácter inquisitivo y controlador de Grace Dawson, que fue la única que reparó en ello. En el caso de su hijo, adivinó fácilmente el motivo y lo aprobó en silencio. Fanny Shelby era una criatura encantadora y modosa, y, aunque sospechaba que su dote no sería gran cosa, Aloysius no necesitaba casarse con una heredera. Era verdad que Jonathan no tenía más que una posición modesta, pero el testamento de sir Henry lo nombraba, como debía hacer por el vínculo creado por su bisabuelo común, su heredero. Y las propiedades de sir Henry eran considerables y, como Grace sabía bien, incluían, además de las tierras, más de cuarenta mil libras invertidas en bonos del Tesoro. En el caso de Robert, supuso que el motivo era, por el contrario, la

antipatía del joven por Anikó. Había notado ya en Northamptonshire que la evitaba, y no podía sino alabar su buen criterio porque, por más que todos se felicitaran por los impecables modales de la joven, ella creía que bajo ese barniz seguía alentando un espíritu semisalvaje, fieramente independiente y con un deplorable sentido del humor.

Se equivocaba en cuanto a Robert. Su primer encuentro con Anikó en casa de los Seames le había demostrado que seguía demasiado interesado en ella, y estaba aplicando el único remedio que conocía, poner distancia entre los dos. La suerte le jugó una mala pasada a los pocos días de su llegada, porque, cuando cruzaba el Green Park camino de la calle St. James, se encontró con Aloysius, Fanny y Anikó paseando. Fue una jugada especialmente fea de la fortuna, porque no deberían haber estado allí, y menos a esa hora. El parque Green no era el parque de moda, puestos a pasear, uno lo hacía por Hyde Park, y nunca antes de, al menos, las cuatro y media, pero allí estaban los tres, cuando eran apenas las cuatro, deambulando por un parque vacío en el que solo podían ser observados por las vacas lecheras que lo poblaban y eran su seña de identidad.

Era imposible no detenerse a saludarles, y luego lo fue no ceder a las súplicas de Fanny para que los acompañara. Caminaron lentamente los cuatro, primero por uno de los caminos más anchos, pero luego, sin que se supiera por qué se desviaban, por una senda más estrecha, que obligó a Fanny y Aloysius a marchar delante, dejando a los otros dos emparejados detrás. Era la misma situación que ya había vivido en Fernwell, y, como en aquella ocasión, Anikó aflojó el paso dejando que la primera pareja aumentara su distancia con ellos.

—¿Puede explicarme qué los ha llevado a elegir esta hora infame para pasear? ¡Y por Green Park, de todos los lugares posibles!

—Lo sabe perfectamente —respondió Anikó con severidad—: Es la única forma de no encontrarse continuamente con conocidos.

—Veo que la relación entre mi prima y su primo sigue siendo clandestina. Y que usted sigue encubriéndola en lo que puede.

—Sí, pero creo que Aloysius se animará pronto a hablar. Fanny dice que su madre habla muy bien de él y parece haber olvidado el

desastre de lord Shaw.

Caminaron unos segundos en silencio antes de que Anikó enlazara su mano en el brazo de él y exclamara:

—¡Cuánto me alegro de que nos hayamos encontrado!

—¿Sí? —dijo Robert, fingiendo indiferencia—. ¿Por qué?

—A veces se hace muy aburrido pasear solo con ellos —le confió Anikó—. Intentan ser corteses, pero sé que les sobro. Y, si vamos los tres, cuesta mucho convencerles de que me dejen atrás. No les parece correcto.

—Me tranquiliza saber que les quedan restos de modales.

—Además —siguió Anikó con sus confidencias—, no me interesa mucho lo que dicen. Se recitan poesías mutuamente, ¿sabe?

—Tengo que hablar con Fanny. Aloysius es una mala influencia.

—Es mortificante reconocerlo —suspiró sin hacerle caso—, pero creo que no tengo un alma poética. En realidad, creo que, en general, no tengo un alma elevada, ¿sabe? Mi tío McIntyre me llevó a ver todos los museos, e incluso a la Ópera, y casi me duermo en ella.

—¿No le gusta Londres, entonces?

—¡Sí, muchísimo!

—Pero no los museos o la Ópera.

—El Museo Británico está bien —concedió con magnanimidad.

—¿Qué ha sido lo que más le ha gustado?

—La Torre de Londres… ¡Las fieras son magníficas! Nunca creí que vería cachorros de león. Y el anfiteatro de Astley, con los equilibristas y los números con caballos.

Robert sonrió, pensando que la pequeña Anikó de Fernwell estaba solo superficialmente enterrada bajo la criatura sofisticada que colgaba de su brazo.

—No creo que sea buena idea que repita esos comentarios ante otras personas.

—Por supuesto que no —respondió Anikó con suficiencia—. El anfiteatro es para niños. Hay que decir que la ópera es la máxima expresión del arte y que la Catalani tiene la voz de los ángeles del cielo. ¡Y que el día más feliz de la vida de una fue el de su presentación en la corte!

—Deduzco que no lo fue.

—¿Cómo podía serlo? Llevaba un vestido que le hubiera parecido anticuado a mi tía abuela Bertha, con aros en la falda y un corsé de ballenas. No puedes respirar ni toser. Ni siquiera hablar, a menos que te hablen. Ni siquiera pude ver de cerca a la reina porque debes acercarte mirando al suelo. Haces tu reverencia y te alejas a toda velocidad para que se acerque la siguiente.

—Tampoco debe repetir esos comentarios, especialmente en lo que se refiere al… al corsé de ballenas.

—¡Nunca se me ocurriría! Solo se lo digo a usted. A usted puedo decírselo todo.

Anikó alzó hacia Robert unos ojos dorados y confiados, y sonrió. Sin poder evitarlo, Robert respondió a la sonrisa y bajó instintivamente la cabeza para besarla, pero, al momento, la alzó con un respingo y aseguró:

—Por supuesto. Aunque sin duda encontrará mejor consejera en su tía Sophia que en mí, no sé mucho de la educación de una dama. —Con un golpecito que pretendía ser paternal sobre la mano que se apoyaba en su antebrazo, añadió—: Creo que no tenemos más remedio que dar alcance a nuestros primos. Estoy citado en Brook's dentro de un cuarto de hora.

El paseo solo había servido para convencerle de que, cuanto menos tratara con Anikó, mejor para su tranquilidad de espíritu. Sin embargo, aun poniendo su empeño, le resultaba difícil no coincidir con ella. El círculo de la buena sociedad no era tan amplio, y las invitaciones que recibían eran casi las mismas. Con gusto hubiera prescindido de fiestas y cenas esa temporada, pero Blanche Burnsyde contaba con él, como había contado en el caso de Lily, para que escoltase a su prima Margaret, le presentara a los jóvenes que considerara deseables de entre sus amistades, espantara a los que no lo fueran y, en general, se asegurara de que no le faltaban parejas de baile ni limonada fresca en las fiestas. Robert se encontraba en ellas, mucho más frecuentemente de lo recomendable para su paz espiritual, con Anikó. A veces, incluso, si Sophia estaba cansada o con dolor de cabeza, Sarah se ofrecía a acompañar a Anikó, y entonces nada salvaba a Robert de incluirla en sus

obligaciones de escolta y proveedor de limonada. También, para su mal, se veía obligado a presentarla a sus amigos, un grupo entre los cuales Anikó tuvo pronto varios admiradores. Esto le valió a Robert la enemistad de sir Humphrey Thomas, que sentía injusta la competencia con una tribu de jóvenes impertinentes, veinte años más jóvenes que él y casi siempre mejor parecidos. Tenía la ventaja sobre ellos, aunque no lo supiera, de que Anikó había sido criada por su abuelo y su tía abuela Bertha en el respeto a sus mayores y que, como veía a sir Humphrey como uno de ellos, no le negaba nunca los dos bailes que él inevitablemente reclamaba, e incluso accedía a ser conducida por él a la mesa a la hora de la cena, o a que fuera él quien se ocupara de llenar su plato de exquisiteces del bufé.

Robert observaba los flirteos de sus amigos con Anikó con casi el mismo desagrado que los avances estratégicos de sir Humphrey, pero poco podía hacer, a menos que entrara también en el terreno de juego, y eso era imposible por respeto a Charles. Así que mantenía un difícil equilibrio, intentando evitar las ocasiones de intimidad con la muchacha sin que pareciera que la evitaba. Le solicitaba uno o dos bailes cada noche en que se encontraban, pero se aseguraba de que fuera una cuadrilla o un baile regional, donde las oportunidades de conversación o el contacto físico eran escasos. Mientras tanto, se limitaba a mirar de lejos, con frustración, cómo otros enlazaban su talle en el vals. Lily, que seguía su proceder con atención, se exasperaba con él.

—Eres realmente tonto —le increpó durante una velada en Almack's, tras ver cómo Robert atendía a la solicitud de su amigo John Parker de ser presentado a Anikó y les dejaba charlando animadamente.

—¿Qué querías que hiciera? No podía negarme a presentárselo. Es mi amigo, y es una persona perfectamente respetable.

—Podías haberte quedado con ellos. No creerás que Anikó sigue interesada en Charlie, ¿verdad? Porque en absoluto parece que sufra por su amado ausente.

No, Anikó no daba la impresión de echar de menos a Charles, ni guardarle ausencias. Parecía disfrutar de su primera temporada como cualquier otra debutante, flirteando inocentemente con los

caballeros que le eran presentados, haciendo amigas y bailando sin dar muestras de cansancio durante horas y horas. Sin embargo, poco después esa misma noche, cuando una de sus nuevas amigas describía a las demás los preparativos que su madre hacía para el baile privado con que se celebraría su entrada en sociedad y alguien comentó: «Será el último, ¿no? Creo no queda nadie más», los dos Burnsyde escucharon a Anikó contestar:

—¡Oh, no, no es el último! ¡Falta mi baile!

—No recuerdo haber recibido invitación para él —reconoció una joven, algo molesta.

—No se han enviado todavía, no será hasta mediados de abril.

—¿No es un poco tarde para un baile de presentación? —preguntó la impertinente.

—Quizá, pero había que esperar a las vacaciones de Pascua, no podría celebrar mi baile sin que estuviera presente mi querido Charles.

Ese comentario provocó un revuelo inmediato entre las debutantes, que asaltaron a Anikó con preguntas sobre el «querido Charles». Unos pasos más allá, los dos primos cruzaron la mirada y callaron mientras escuchaban a Anikó una descripción de Charlie que hizo que varias de las jovencitas que la escuchaban esperaran el baile con mucho más interés.

—¿Y bien? —dijo Robert, con una sonrisa que quería ser triunfante, pero a Lily le resultó descorazonada.

—No significa nada —se obstinó ella—. O significa todo lo contrario. Cuando una joven no está comprometida, solo habla de su «querido alguien», para referirse a un hermano o un primo. O a un amigo de la infancia, que es lo que es Charlie. Nadie va así, con el corazón en la mano, publicando lo que siente.

—Ellos se consideran prometidos, creo.

—¿Prometidos? ¡Rob, estás loco! ¡Charlie no tiene más que dieciocho años!

—Y, en cuanto a esa amistad de la infancia…, se conocen desde hace año y medio.

—Mira, piensa lo que quieras —respondió Lily, exasperada—. Si es eso lo que prefieres, quédate en tu esquina, sufriendo y sintiéndote

noble, mientras cualquiera de tus amigos viene y se la lleva delante de tus narices.

Pero no fue uno de sus amigos el que se la llevó, sino un sir Humphrey desecho en sonrisas. Lily bufó, y los dos contemplaron en silencio y con el ceño fruncido cómo el brazo del barón rodeaba la cintura de la joven y los dos giraban por la pista de baile.

—¡Vamos, baila conmigo! —saltó Robert de repente.

La enlazó y la llevó hacia la pista sin esperar su respuesta.

—¡Pero si siempre te quejas de que equivoco los pasos!

—Me da igual si bailas como un pato. Cualquier cosa es mejor que ver a ese viejo manoseando a Anikó.

Lily abrió la boca para protestar indignada ante la crítica, pero la sombría expresión de Robert la conmovió y prefirió dejarse llevar sin decir nada. Sufría por él porque, pese a las seguridades que le daba, no las tenía todas consigo. Era cierto que Anikó no parecía sufrir por la ausencia de Charles, pero también lo era que no mostraba interés por ningún otro de sus admiradores. Era con todos igualmente encantadora, tanto si eran guapos y ricos como si tenían las orejas de soplillo y los bolsillos vacíos, y Lily no podía encontrar eso normal. No, a menos que el corazón de Anikó estuviera blindado, protegido de los avances de sus pretendientes por un afecto previo.

Capítulo XIII

La segunda semana de abril trajo dos importantes novedades: Charles llegó a Londres y sir Humphrey Thomas pidió a sir Henry la mano de Anikó. El primero era un acontecimiento esperado, aunque se produjera de una forma inusual, porque los Burnsyde esperaban que su hijo llegara conduciendo el carrocín de su propiedad, no verlo descender de una lujosa berlina con un escudo condal grabado en la puerta. Aunque solo lo viera en realidad su padre, que en aquel momento salía de su casa de camino al club.

La berlina paró en la puerta, un lacayo saltó del pescante para colocar los escalones y abrir la portezuela, y un Charles sonriente descendió y se volvió hacia el interior del vehículo, extendiendo una mano que fue estrechada por otra, cuyo dueño siguió en el interior. Luego, la portezuela volvió a cerrarse, Charles recibió su maleta de manos del lacayo y se dirigió hacia su casa. Solo entonces se dio cuenta de la presencia de su progenitor.

—Buenos días, señor —dijo con una sonrisa alegre, dejando la maleta en el suelo para estrechar la mano de Benjamin.

—Buenos días, Charles. Veo que has progresado en la vida.

—¿Eh?

—Mi vista no mejora con la edad, pero aseguraría que ese no era el carrocín que te regalamos hace un año.

—No, señor. Se le rompió un eje hace una semana y aún lo están arreglando. Un amigo tuvo la amabilidad de traerme.

—No reconocí el escudo —insinuó Benjamin.

—Son los Sawston, señor. Edward Huddlestone estudia conmigo. Ha sido condenadamente amable, señor, todos ellos lo han sido. He cazado en sus tierras casi todos los fines de semana de este trimestre.

Benjamin conocía superficialmente a Thomas Huddlestone, Earl de Sawston, un hombre de trato más bien brusco al que no hubiera calificado como «condenadamente amable». Por otro lado, si

Sawston tenía una pasión, era la caza, y Charles era un jinete sobresaliente y muy buena escopeta.

—Bien, me alegra que te hayas divertido en Cambridgeshire. Espero que nos veamos en la cena.

Se apartó ligeramente para darle paso y esperó a que Briggs le abriera la puerta para seguir su camino con una semisonrisa en la boca. No volvió a su casa hasta media tarde y, para entonces, la noticia de la llegada de su hijo había quedado sepultada bajo la más reciente y escandalosa de la propuesta matrimonial de sir Humphrey. La había traído el mismo Charles, que había salido a visitar a los Dawson en cuanto dejó la maleta y dio un beso a su madre, y rabiaba por contar los detalles.

—Este sujeto, sir Humphrey Thomas, se presentó ayer por la mañana en casa de los Dawson, casi sin dejarles acabar el desayuno, y pidió hablar con sir Henry.

—Supongo que no querría arriesgarse a que se ausentase —justificó Sarah.

—Le pidió permiso para dirigirse a su sobrina y sir Henry le contestó que encontraba que la diferencia de edad era excesiva, y que solo una decidida parcialidad por parte de Anikó podría hacerle pensar en consentir ese matrimonio. ¡Y él le dijo que, sin querer ser presuntuoso, pensaba que Anikó correspondía a sus sentimientos! —acabó con una carcajada.

—Para no intentar ser presuntuoso, le salió muy bien —juzgó Robert con acritud.

—En cualquier caso, sir Henry llamó a Anikó después de que sir Humphrey se marchara, y ella le dijo que bailaba y charlaba con él porque ignorarle sería una falta de respeto a su edad. Así que sir Henry le escribió una nota diciéndole que no consentía la relación.

En la residencia de los Dawson el acontecimiento también había sido discutido en familia, si bien en un tono muy distinto. La hermana de sir Humphrey había tenido la indiscreción de confiar a Grace las intenciones de su hermano el día anterior a que este visitara a sir Henry. Desde entonces, la señora Dawson había vivido en constante expectación, convencida de que, debido a su parentesco, ellos serían los primeros a los que se les comunicaría el

compromiso. Se sintió un tanto ofendida cuando, dos días después, la carta que esperaba seguía sin llegar, y convenció a Jonathan de que la acompañara a visitar a sus primos con el único objetivo de sonsacarles. No le sorprendió encontrar en la sala de los Dawson a los hermanos de Sophia, lord y lady Ashfield, pero aquello incrementó su enfado. Al fin y al cabo, no eran parientes consanguíneos de Anikó, quien, aunque no llevaba el apellido, sí llevaba la sangre de los Dawson. Se dispuso a mostrar un ligero asombro cuando fuera informada del enlace, el suficiente para, sin resultar ofensiva, dejar claro que le sorprendía haber sido postergada. Esperó en vano, sus primos y los Ashfield no hablaban sino de las banalidades usuales. En otra ocasión podría haberle interesado saber que lady Shelby había decidido retrasar a la siguiente temporada la presentación en sociedad de Amelie, su segunda hija, aprovechando que cumplía años en diciembre, pero en esa ocasión apenas lo escuchó. Su tensión fue creciendo hasta que no pudo soportar más; se inclinó hacia lady Dawson y le dijo en un tono que hubiera debido ser conspirador, pero que pudo oírse en el otro extremo de la habitación:

—Creo que sir Humphrey Thomas tenía intención de visitar a nuestro querido Henry. Sin duda, pronto tendremos ocasión de felicitar a la pequeña Anikó.

—No, querida, no será así —aclaró Sophia.

—¡Oh, sí, no lo dudes! Lo sé de buena fuente. Además, no hay más que verlo: bebe los vientos por ella.

—No me refería a eso. Es cierto que sir Humphrey pidió permiso a Henry para dirigirse a Anikó, pero él le ha indicado que no considera conveniente el enlace.

La noticia dejó a los cuatro invitados en un atónito silencio.

—¿Sir Humphrey Thomas ha pedido la mano de Anikó? —quiso asegurarse lady Ashfield.

—Sí, querida, fue muy correcto y se dirigió a Henry antes de hablar con ella.

—¿Y se la has negado? —preguntó incrédulo Jonathan a su primo.

—Me pareció un absurdo. Aun así, le dije que lo hablaría con ella, claro, pero estaba convencido de que Anikó no sentía nada por él y

ella me lo confirmó.

—¿Un absurdo? —se sorprendió lady Ashfield—. ¡Henry, sir Humphrey es de una familia inmejorable y enormemente rico!

—Y tiene más del doble de la edad de Anikó, cuarenta y dos años. ¿Cómo iba a casar a una jovencita de dieciocho con un hombre que podría ser su padre?

—Creo que has cometido una gran equivocación, Henry —intervino Jonathan con severidad—. Mal está que una jovencita pierda la cabeza con romanticismos, ¡pero que lo hagas tú! Hay que pensar en asegurar el futuro de Anikó. Por lo que has contado, su abuelo murió arruinado y me consta que sir Humphrey no hubiera discutido la dote.

—Así es —corroboró lady Ashfield—. Las jóvenes que no tienen la suerte de disponer de una buena dote no tienen libertad de elegir siguiendo sus caprichos.

—Afortunadamente, no es el caso de Anikó —dijo sir Henry—. Ella no tendrá preocupaciones económicas. Como recordaréis, mi padre desaprobó que mi hermana Claire se comprometiera con un extranjero, y, al casarse sin su consentimiento, no recibió ninguna dote. Se suponía que debíamos repartirnos entre ella y yo la dote de mi madre, pero no fue así, y esta ha permanecido invertida en acciones y bonos todos estos años. No he utilizado esos fondos, e incluso los he ido incrementando a lo largo de los años, porque siempre nos ha sobrado con las rentas de Fernwell. Ahora me alegra no haber hecho dispendios, quedará para Anikó.

—Pero… ¡tienes cuarenta y seis mil libras en bonos! —casi gritó Jonathan.

—Sí, eso creo —respondió Henry, sorprendido—. No sabía que conocías tan a fondo mis finanzas, Jonathan.

Su primo enrojeció, turbado. Tenía, efectivamente, un conocimiento de la situación económica de sir Henry muy ajustado, obtenido a través de interrogatorios a sus administradores y encargados de negocios.

—Quise decir que, bueno, creía que serían para Sophia, en caso de que se quedara viuda.

—Mitad para ella y mitad para Anikó. Si de verdad tienes interés —añadió Henry con ironía—, nuestro acuerdo matrimonial me comprometía a asegurar a Sophia una cantidad equivalente a su dote, veinte mil libras, pero, como te decía, he podido ahorrar y mejorarlo.

—¡Siempre dijiste que considerabas tu heredero a Aloysius! —acusó Grace.

—Y así era, hasta que me enteré de que tenía una sobrina. Desde luego, Jonathan, y después Aloysius, heredarán las propiedades vinculadas a la línea masculina, pero todo lo demás será para mi esposa y la hija de mi hermana.

No quedaba mucho que argumentar después de esa declaración, y el matrimonio Dawson permaneció prácticamente en silencio hasta que dieron por finalizada su visita, pocos minutos después. Salieron de la casa en el mismo silencio, solo roto por Jonathan para decir a su esposa, mientras la ayudaba a subir al carruaje bajo una lluvia espesa e inesperada:

—Vuelve tú a casa, me voy al club.

—¿Caminando? —preguntó Grace, sorprendida.

—Sí. Tengo que pensar.

Tenía que pensar, sí, pero no lo conseguía. La ira contra su primo, contra la tonta bienintencionada con la que se había casado y contra la pequeña arpía húngara se lo impedía. Sabía que parte de los fondos irían a Sophia, pero había dado por sentado que le llegarían al menos veinte mil libras. Su propia posición económica había sido siempre modesta, más que desahogada, y, si no hubiera sido por la perspectiva de heredar a Henry, hubiera tenido que pensar en educar a Aloysius para la Iglesia o procurarle una carrera en el Ejército o la Armada.

Jonathan tenía un conocimiento profundo de lo que hasta la aparición de la pequeña víbora había considerado suyo. Sabía las rentas que proporcionaba Fernwell, y que eran suficientes para que una pareja de gustos simples viviera cómodamente, e incluso se permitiera lujos como mantener una casa en Londres solo para la temporada. Pero Jonathan no tenía gustos simples. Aunque sus propios recursos, una propiedad que apenas era algo más que una

granja y algo de tierra de labor, y que le dejaba mil libras al año, no le permitían vivir como hubiera deseado, a Jonathan le gustaba el lujo. Quería ser miembro de los clubes más exclusivos, apostar fuerte, hacerse la ropa en los mejores sastres y veranear en Brighton, en lugar de aburrirse mortalmente en la mansión rural de su primo. Sobre todo, Jonathan tenía un deseo ardiente e inconfesable: quería tener una amante. No una amante vulgar, alguien cuyos favores se consiguen bajo pago y se comparten con otros, poco más que una prostituta de los muelles. No, él quería una mujer joven y bella, que renunciara a su virtud por él y solo para él. Y a una mujer así hay que proporcionarle una residencia, ropas, criados, un coche. Hay que llevarla a espectáculos y hacerle costosos regalos. A eso hubiera dedicado él las veinte mil libras que Anikó acababa de robarle.

Jonathan se había casado con Grace Morton a los veinticinco años. Les habían presentado en una fiesta, le había parecido fea y aburrida y la había invitado a bailar por obligación. Se había dado cuenta de que despertaba el interés de la joven y, en consecuencia, se había propuesto ignorarla todo lo posible. Desgraciadamente, alguien más, su padre, había notado ese interés, y su padre sabía que Grace, aunque no hiciera honor a su nombre, tenía una dote de quince mil libras. Tres semanas después, Jonathan había pedido su mano y la noticia del enlace había aparecido en el *Morning Post*. Todos y cada uno de los casi treinta años pasados desde entonces, Jonathan había mirado a su esposa y renovado su convicción de que era fea y aburrida, fuera y dentro de la cama. Desde que se hizo evidente que Sophia no tendría descendencia, esa frustración se había atemperado por la esperanza de que, cuando heredara, tendría la oportunidad de disfrutar de una mujer que deseara de verdad. Ya no. Ya nunca sabría lo que era sentirse dueño y señor de una mujer así. Las lágrimas se agolparon en sus ojos e hicieron que casi tropezara con el arrapiezo que limpiaba la calzada en la plaza Berkeley. El pilluelo le soltó una sarta de insultos soeces y se puso a salvo con agilidad del manotazo que le dirigió, aumentando aún más la ira que le consumía.

En ese estado de ánimo llegó a la calle St. James y subió las escaleras de Brooks's. Dejó su empapado abrigo, el sombrero y los guantes al cuidado del portero y se dirigió a la biblioteca. Fue, sin duda, su mala estrella la que hizo que en aquel momento solo se encontrara en la habitación, leyendo la prensa junto a la chimenea, otro socio: el señor McIntyre. Su tío levantó la mirada del periódico cuando oyó la puerta y sonrió con amabilidad al reconocerle.

—Vaya, Jonathan, vienes empapado. ¿Te cogió este diluvio en la calle?

Jonathan se acercó a la chimenea y extendió las palmas hacia ella.

—No —contestó, todavía ensimismado en sus negros pensamientos—, ya llovía así cuando salí de la casa de Henry.

—¡Dios mío! ¿Y no te ofreció el coche? Nunca pensé que fuera tan desconsiderado.

—Habíamos ido en el nuestro, pero lo mandé a casa con Grace.

—¿Y viniste caminando? ¡Qué locura!

En un estado de ánimo normal, hubiera callado, pero fue incapaz de hacerlo.

—Locura es lo que ha decidido Henry —dijo con amargura.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con alarma Albert, alertado por el tono de Jonathan.

—Acaba de comunicarnos que piensa destinar todos sus ahorros a dotar a la muchacha húngara —casi escupió su sobrino.

El señor McIntyre se removió en la silla, a medias aliviado por la aclaración, a medias molesto por el tono y la amargura de Jonathan.

—¿Y no es lógico? —intentó razonar en tono templado—. Anikó es su pariente más cercana, la hija de su única hermana.

—¡Hace año y medio ni siquiera sabía que existía!

—De eso poca culpa tiene la chiquilla.

—La tuvo su madre. Eligió desafiar a sus padres y casarse con un extranjero, ¿no? Se fue detrás de ese tipo como una perra en celo y se convirtió en una Németszeghy. Ni ella ni su hija tenían derecho a reclamar la protección de la familia después de eso.

El señor McIntyre se enderezó en el sillón y miró a Jonathan con una nueva dureza.

—Siempre he creído que Matthew Dawson se portó de una forma cruel e intransigente con la pequeña Claire. He sentido mucho no haberme atrevido a intervenir entonces. Quise respetar su autoridad de padre y, como resultado, Claire creyó que todos la rechazábamos y no volvimos a saber de ella.

—¡Ah, si no hubiéramos vuelto a saber de ella! Pero no ha sido así, ¿verdad? Veinte años después, sin previo aviso, nos cae encima esa huérfana.

—No era consciente de que Anikó fuera una carga para ti —dijo Albert, con énfasis en la última palabra.

El ambiente se había cargado de tensión e incluso alguien tan poco empático como Jonathan se hubiera percatado de la hostilidad de McIntyre si no hubiera estado inmerso en su propio sentimiento de injusticia y la desesperación por el hundimiento de sus sueños.

—¿No? —preguntó con sarcasmo—. Se lleva veinte mil libras que eran mías, ¿no le parece eso una pesada carga?

—No eran tuyas, Jonathan —contradijo Albert.

—¡Yo soy el heredero de Henry! —le interrumpió su sobrino—. ¡Yo! ¡Eso es lo justo, lo legal! Estoy tentado de llevarlo a tribunales.

—Harías el ridículo delante de todo el mundo —respondió McIntyre con acritud—. Eres el heredero del patrimonio de los Dawson. Difícilmente puedes justificar que te corresponde heredar la dote de Selina, la madre de Henry y Claire.

Jonathan lo sabía tan bien como el señor McIntyre, pero no le ayudaba a superar la sensación de haberse visto despojado de lo que ya consideraba suyo. Se calló, rumiando su despecho, hasta que la voz de McIntyre, o más bien, lo que decía, consiguió traspasar el muro de rabia que le envolvía:

—Uno de los rasgos menos atractivos de tu carácter, desde que eras niño, fue esa exagerada codicia —dijo Albert con un desagrado poco disimulado—. No me extrañaría que te considerases con derechos sobre mi propia herencia.

Hacía casi cuarenta años que el padre de Jonathan le había hecho notar la existencia de ese tío sin hijos que, sin ser rico, tenía una posición más que desahogada, y le había incitado a cuidar esa relación. Por supuesto que Jonathan tenía miras sobre la herencia

del tío Albert, y había vivido con satisfacción la desaparición del escenario de Claire, la sobrina favorita.

—Así que considero conveniente aclararte que es mi intención nombrar a Anikó mi heredera universal. Espero con ello reparar en lo posible el daño que entre todos le hicimos a Claire.

La única reacción visible de Jonathan fue una súbita e intensa palidez. Permaneció inmóvil, mirando al fuego mientras su tío, que se había dejado arrastrar por su enfado a una decisión impremeditada que le había sorprendido a él mismo, le miraba a su vez. Al final, el señor McIntyre se cansó de esperar una respuesta que no llegaba, recogió y plegó cuidadosamente el periódico que había dejado caer, y se puso en pie.

—Tengo que irme. Buenas tardes, Jonathan, creo que esta no ha sido una conversación agradable, pero sí muy clarificadora.

Capítulo XIV

Cuando Jonathan Dawson volvió a su casa había pasado con creces la hora habitual de la cena y Grace se había visto obligada en dos ocasiones a enviar recado a la cocina de que la retrasaran media hora más. Ella y Aloysius le esperaban inquietos, y tuvieron que hacer un esfuerzo para no asomarse a la puerta de la sala a verle cuando por fin escucharon sus pasos en la escalera.

Se reunió con ellos veinte minutos después, con ropa adecuada para la cena, y su aspecto les dejó impresionados. Tenía los ojos hundidos y marcados por profundas ojeras y caminaba lentamente, con una determinación feroz, la misma que denotaba su mirada y la línea fina y apretada de sus labios. Le siguieron a la mesa en silencio y comieron sin muchos comentarios, ni siquiera críticas, una comida pasada y recalentada. Solamente cuando Grace, retirados los postres, hizo amago de levantarse para dejarlos, levantó la mano para detenerla y ordenó:

—No, quédate.

Su esposa volvió a sentarse y permaneció callada mientras los criados servían el oporto y se retiraban. Jonathan apuró su copa de un trago y la llenó de nuevo.

—Imagino que tu madre te habrá contado las noticias.

—Me ha dicho que el tío Henry piensa dotar a Anikó con el capital que tiene invertido, sí —respondió Aloysius, conteniendo su nerviosismo ante ese extraño en que parecía haberse convertido su padre.

—Todo su capital, a ella y a Sophia —puntualizó Jonathan.

—Eso entendí, señor.

—Bien, puedo informaros de que el tío Albert tiene intención de hacer de esa zorrita su heredera universal.

—¡¿Qué?! —exclamó Grace.

—Me lo encontré esta tarde en el club y tuvo la amabilidad de decírmelo para despejar cualquier posible expectativa por mi parte.

—¡Es injusto!

—¿Injusto? —repitió Jonathan imitando a su esposa con sarcasmo brutal—. Es más, es un desastre. De la noche a la mañana, esa chica nos ha quitado todo lo que podía quitarnos. No nos quedan más que las raspas.

—Bueno, señor, Fernwell y las tierras que van con la propiedad no son precisamente las raspas —objetó Aloysius.

—¡Cállate! —ladró Jonathan.

Volvió a servirse oporto y vació la tercera copa mientras su esposa e hijo cruzaban miradas asustadas.

—He estado pensando —anunció—. Solo hay una salida a este desastre: Aloysius se casará con su prima.

—¡¿Qué?! —se asombró Grace.

—¡Imposible! —aseguró Aloysius.

Jonathan dio un puñetazo en la mesa que derribó su copa y la hizo añicos en el suelo.

—¿Imposible? —repitió con voz extraña—. No solo no es imposible, es lo que pasará.

—Pero, Jonathan, a ti te desagrada Anikó.

—La odio —aclaró con sencillez Jonathan.

—¿Cómo puedes entonces desear que se case con tu único hijo?

—No es deseo, es necesidad.

—No quiero casarme con Anikó, padre, no me atrae en absoluto.

—¿Desde cuándo se elige esposa por su atractivo?

Padre e hijo se miraban, enfrentados, y ninguno de ellos advirtió el gesto de dolor con que Grace recibió ese comentario.

—Me sería imposible compartir mi vida con alguien que me resulta indiferente.

—¡No tienes que compartir nada! —gritó exasperado Jonathan—. ¡Basta con que le hagas un hijo! Después puedes hacer lo que quieras mientras seas discreto.

Esta vez, Aloysius sí notó la reacción de Grace, encogida en su asiento como si cada palabra fuera un puñetazo. Tendría que haber sido ciego para no darse cuenta de la frialdad de su padre hacia ella, pero le indignó la falta de consideración con que exhibía esa indiferencia.

—No voy a casarme con Anikó —afirmó con el valor que le daba el enfado—. Estoy enamorado de Fanny Shelby y ella me corresponde. Vamos a casarnos.

—¡Fanny Shelby! —exclamó Grace, encantada.

—¡Fanny Shelby! —dijo Jonathan con desprecio—. Esa joven no tendrá más de siete u ocho mil libras.

—No necesitamos más. Si el tío Henry vive con las rentas de Fernwell, nosotros nos podremos arreglar también.

«¿Tú te podrás arreglar con Fernwell?», pensó Jonathan con amargura. «¡Tú! ¿Y yo qué?». Luego dijo en voz alta:

—Estás vendiendo la piel del oso antes de cazarlo. Te recuerdo que el heredero de Fernwell soy yo, y no tengo intención de morir a corto plazo. ¿De qué pensáis vivir mientras tanto?

—Contaba con que usted me pasaría una asignación, es lo habitual.

—Es lo habitual, Jonathan —repitió tímidamente Grace, como un implorante eco.

—Es lo habitual cuando los hijos respetan a los padres y acatan sus decisiones. Es lo que tendrás si te casas con Anikó. Pero el mismo día en que te comprometas con Fanny Shelby saldrás de esta casa y no volveremos a vernos. Te las tendrás que arreglar tú solo.

—Padre, por favor, entienda…

—No tengo que entender nada. He tomado una decisión y a ti solo te corresponde respetarla.

Jonathan se levantó pesadamente de la mesa y abandonó el comedor tambaleándose. Madre e hijo se miraron en un silencio desconsolado.

Ese sábado se celebraba por fin el baile de presentación de Anikó. Era, como habían predicho sus amigas, el último baile de presentación de la temporada, pero su retraso no iba a restar un ápice a su esplendor. Lady Dawson tenía la firme determinación de hacer inolvidable esa noche para Anikó, y los dos grandes salones de la casa que los Dawson poseían en la calle Grosvenor parecían un jardín mágico, iluminado por decenas de candelabros y rebosantes de flores. Dos habitaciones más, de proporciones más modestas, se habían preparado con mesas de juego para los invitados de mayor

edad, poco tentados por el baile, y en el comedor largas mesas cubiertas con manteles de damasco de un blanco impoluto se extendían de pared a pared a los dos flancos, abarrotadas de los platos fríos que componían el bufé.

Ser la última de las debutantes en celebrar su baile tenía sus ventajas, pensó Sophia, mirando de reojo a Anikó, que de pie junto a ella recibía a los primeros en llegar. Mediada ya la temporada, la joven había superado su timidez y nerviosismo iniciales y adquirido seguridad en sí misma. Anikó había sido siempre natural, y una vez que había aprendido a medir su espontaneidad, sus modales resultaban perfectos, sin las mañas y mohines de tantas otras jóvenes. Una oleada de afecto y orgullo inundó a su tía mientras la observaba. Sabía que su hermana Shelby y Grace consideraban que Anikó no podía compararse a Fanny en belleza, pero, en su opinión, ninguna de las jóvenes que llegaban y la saludaban con una reverencia ensayada mil veces tenía la mitad del encanto de su sobrina, su contagiosa alegría de vivir y su expresividad.

En ese instante, como si sus pensamientos hubieran tenido el poder de prender esa llama, el rostro de Anikó se encendió de pura felicidad. Sophia se volvió hacia la puerta y sonrió al ver a los Burnsyde ascender la escalera, el matrimonio precediendo a los dos hijos, que charlaban animadamente entre ellos. Lady Dawson extendió la mano para saludar a Sarah y, al hacerlo, vio cómo los dos jóvenes volvían la mirada hacia el salón y cómo sus expresiones cambiaban al ver a su sobrina. La de Charles, a una alegría y orgullo propietario indisimulados. La de Robert, tras un instante de vulnerabilidad, se cerró, escondiendo una emoción intensa. Le dio un vuelco el corazón. Había escuchado sin darles mucho crédito las continuas alusiones de Grace a la excesiva intimidad entre Anikó y Charles. Pensaba, como Sarah, que eran demasiado jóvenes como para que esta resultara preocupante, que tenía más de amistad y complicidad que de interés amoroso. También, como ella, pensaba que no vería con disgusto que evolucionara hacia un sentimiento más profundo. En ese momento en el que había podido observar a Robert sin defensas había atisbado una situación mucho más peligrosa y compleja. Conocía por su amiga el fracaso del primer

amor de Robert y el duradero efecto que había tenido sobre su hijo; no quería pensar en el daño que podía hacer a la relación entre los hermanos la competencia por Anikó.

Todos esos pensamientos ocupaban solo una parte de su mente mientras saludaba a Sarah, a Benjamin y a Charles, que se había adelantado y le había hecho una reverencia con una velocidad que rozaba la mala educación para adelantarse a saludar a Anikó y apalabrar rápidamente con ella dos bailes y un encuentro junto al bufé. Pasaron a ocuparla completamente cuando se vio frente a Robert, quien, a diferencia de su hermano, no tenía prisas y se tomó el tiempo necesario para felicitarla por la impresionante apariencia de los salones. Sin embargo, aunque el joven hablaba con animación, su mirada era desolada, y Sophia comprendió que no habría competencia: Robert no tenía la menor intención de disputar a su hermano el afecto de Anikó. Era algo de lo que nunca podría hablar con él, pero, sin duda, parte de la ternura y la tristeza que sintió se transmitieron al estrecharle la mano. El joven la miró sorprendido y se ruborizó, como si se hubiera visto cogido en falta. Pasó de inmediato a saludar a Anikó y pedirle, como exigía la cortesía más elemental, un baile. Pero se conformó con uno, y siguió casi de inmediato a sus padres hacia el interior del salón, buscando con la mirada algún grupo de jóvenes al que unirse y hacerse invisible.

Lady Dawson no tuvo mucho tiempo para meditar sobre su descubrimiento porque, diez minutos después, la llegada de sus primos Dawson le procuró otro sobresalto. Sabía, aunque le resultara incomprensible, que el anuncio de Henry sobre la dote de Anikó había enfurecido a Jonathan, y quizá a Grace, pero no esperaba encontrarse con el odio que destilaba Jonathan, ni el abatimiento de Grace, menos aún la apagada desolación que apenas disimulaba Aloysius. Como si quisiera protegerla, dio inconscientemente un paso hacia Anikó cuando Jonathan pasó a saludarla, y la sintió tensarse a su lado, tan receptiva como Sophia al aborrecimiento de su tío. Quizá por esa certidumbre les resultó a las dos tan irreal su comentario:

—Anikó, querida, estás radiante. Espero que hayas guardado un baile para este viejo.

—Sí… Sí, señor, por supuesto. ¿Un cotillón o un vals?

—El cotillón para mí, sé que Aloysius preferirá el vals —rio Jonathan con una carcajada un tanto forzada—. Y sospecho que tendré que defender ese cotillón con uñas y dientes, si no dispones de un segundo baile para él.

Se alejó con una sonrisa que pretendía ser pícara, seguido de una esposa y un hijo apáticos que parecían obedecer sus instrucciones como marionetas. Sophia y Anikó se miraron con asombro, pero la llegada de los siguientes invitados les impidió cruzar palabra.

El baile estaba resultando todo lo brillante que lady Dawson habría podido desear, y ella y sir Henry pudieron escuchar de varias personas, algunas muy relevantes en la buena sociedad londinense, alabanzas a su sobrina. Era una jovencita con un encanto muy especial, perfectamente educada, y era un placer verla bailar. El único incidente que podría haber alzado voces de censura de haberse conocido fue zanjado por Robert, al que, muy a su pesar, se le iba la vista con frecuencia hacia Anikó. Al no verla participar en una de las danzas campestres, revisó rápidamente la sala, constató que Charlie estaba también ausente y corrió a encontrar a los truhanes antes de que lo hicieran sus parejas de los siguientes bailes. Los halló en la salita privada de lady Dawson, donde Charles enseñaba a Anikó los nuevos juegos de dados que había aprendido en Cambridge.

—¿Estáis locos? —dijo exasperado, sin notar el tuteo.

Los dos se volvieron hacia él con la misma cara culpable.

—Bertie estaba un poco cansada —intentó explicar Charles.

—No he parado de bailar y de ser simpática… Cansa mucho intentar ser agradable todo el rato —se justificó ella.

—Pensamos que le convenía descansar un poco en un sitio tranquilo…

—¿Sabes la que se organizaría si la encontraran jugando a los dados contigo a solas?

La cara de espanto de Charles dejó claro que, aunque no lo hubiera pensado hasta ese momento, imaginaba perfectamente el

escándalo. En cambio, Anikó reaccionó con relativa serenidad.

—Supongo que es descortés dejar solos a tus invitados en tu propia fiesta de presentación —suspiró, poniéndose en pie para volver al baile.

—No es solo eso, Bertie, es…

—¿Qué?

—Luego se lo explicas —interrumpió Robert—. Ahora tiene que volver al baile.

Abrió la puerta, miró a los lados para ver si el campo estaba libre y le hizo seña a Anikó de que saliera.

—Baje usted primero. Diga que se le rasgó el encaje del vestido y tuvo que subir a arreglarlo. O algo así. No mencione que estuvo con Charles, ni mucho menos que jugaban a los dados.

—Pero…

—Haga lo que le digo, él se lo explicará luego.

Cerró la puerta tras ella y se volvió hacia Charles, indignado por la irreflexión de su hermano al arriesgar estúpidamente la reputación de Anikó. Se lo hubiera dicho con palabas contundentes si Charlie no lo hubiera hecho imposible adelantándose al hablar.

—Lo siento muchísimo, Rob, no sé cómo pude… No me paré a pensar… ¡Menos mal que estabas aquí, hermano, nos has sacado de un buen apuro!

Robert suspiró, desarmado.

—Anda, baja. Hay en el salón una chica que se ha quedado sin pareja de baile por tu culpa. Baja y discúlpate.

—¡Bah, solo era Margaret! —respondió Charles con despreocupación—. Con ella no hay que andarse con finuras.

—¡Baja y discúlpate, rufián! —rio su hermano empujándole hacia la puerta y cerrándola tras él.

Se hubiera quedado un rato en la sala a solas, pero él también tenía comprometido los siguientes bailes. Cuando iba a bajar las escaleras, vio salir de la sala hacia el gran recibidor a una pareja en apasionada conversación, e incluso sin prestarles atención les reconoció de inmediato: Aloysius y Fanny. Les siguió con la mirada mientras cruzaban el zaguán para buscar refugio tras un enorme macetero con palmeras y luego inició el descenso. Estaba llegando

abajo cuando prácticamente se tropezó con Aloysius, que volvía casi corriendo al salón de baile, solo.

—¡Ah, Burnsyde! Disculpa, no te había visto —exclamó con voz poco natural.

Robert le miró sorprendido. Aloysius estaba pálido, con la cara desencajada. Tuvo que hacer un esfuerzo para controlar el temblor de su mandíbula y forzar una sonrisa al hablar.

—¿Te encuentras bien?

La pregunta le brotó antes de que pudiera pensarlo mejor. Por supuesto que no se encontraba bien, y si era por lo que suponía, lo mejor que podía hacer por él era no darse por enterado. También él había sido rechazado por una muchacha y había salido buscando dónde esconderse de las miradas compasivas de los demás.

—Sí, perfectamente. Un poco de calor, nada más. Necesito beber algo.

Aloysius salió huyendo hacia el salón y Robert le siguió lentamente. Un sollozo proveniente de las palmeras le detuvo. La prudencia más elemental aconsejaba que siguiera su camino, pero ese gemido no concordaba con la explicación que había dado a la expresión de Aloysius y, además, sentía mucho afecto por su prima Fanny. Cruzó el recibidor en cuatro zancadas y se deslizó tras el macetero. Fanny estaba sentada en el suelo, con la cara oculta entre las manos. Otro sollozo terminó de convencerle de que no había interpretado correctamente la situación. ¿Una riña de enamorados? Se agachó junto a Fanny y puso una mano en su hombro.

—¿Qué ha pasado, primita?

Los sollozos arreciaron durante unos segundos, pero al final Fanny alzó la cabeza y le mostró un rostro arrasado por las lágrimas.

—Dice que su padre no consiente la boda, que tenemos que olvidarnos el uno del otro —explicó sin preámbulos.

Lo había supuesto. Jonathan Dawson era un hombre demasiado preocupado por el dinero como para aceptar que su único hijo se casara con una joven con una dote tan modesta, por buena que fuera la familia. Robert comprendió perfectamente lo desesperado de la situación. Un matrimonio en contra de la voluntad del paterfamilias no solo era visto con total desaprobación por la

sociedad, sino que, en su clase social, en la que el dinero no se ganaba, sino que se heredaba, suponía perderlo todo. A menos que los bienes estuvieran vinculados, el padre podía desheredar al hijo y dejarlo en la miseria, sin recursos y sin una profesión con la que sobrevivir.

—¿Qué vamos a hacer? —se preguntó Fanny, retorciendo desesperada el pañuelo que sostenía en la mano.

Nada. No se podía hacer nada. Por lo que Robert conocía de Jonathan Dawson, estaba seguro de que ninguna súplica o razonamiento le convencerían.

—Aloysius dice que debo pasar página y olvidarme de él. ¡Pero yo no le olvidaré nunca!

«No, seguramente no», se dijo Robert. «Pero pasará el tiempo y, aunque tú te mantengas fiel a su recuerdo, tu madre no permitirá que te conviertas en una solterona y te presionará para casarte con un buen partido. Quizá sea lo mejor, al menos tendrás unos hijos en que refugiarte».

Los pensamientos de Fanny no seguían ese curso tan pragmático, porque, casi de inmediato, añadió:

—¡No me importa si hemos de esperar a que ese hombre horrible muera!

«Tiene unos cincuenta años, puede vivir otros veinte», se calló Robert. Con un suspiro, se puso en pie, tendió la mano a su prima y la ayudó a levantarse.

—Pueden pasar muchas cosas todavía —dijo con escasa convicción—. Pero ahora tienes que volver al baile. Y antes tienes que lavarte esa cara y peinarte un poco. Será mejor que uses el tocador de Anikó, allí no habrá nadie. Espera, te avisaré cuándo puedas salir.

Se asomó por entre las hojas de palmera y comprobó que el recibidor y las escaleras estaban desiertos, mientras se decía, sintiéndose exhausto, que parecía su destino pasar la noche escamoteando damiselas indiscretas de un lado a otro de la casa.

Capítulo XV

La familia de Charles tuvo pocas oportunidades de disfrutar de su compañía las dos semanas que estuvo en Londres. Pasaba la mayor parte del día en la casa de los Dawson o de paseo con Anikó, y las noches, hasta altas horas de la madrugada, con Edward Huddlestone y su nuevo grupo de amigos de Cambridge. Ni las exhortaciones de su madre ni las amenazas más explícitas de su hermano mayor consiguieron convencerle de que acompañara a sus primas a bailes, conciertos, exposiciones u obras de teatro. Consideraba que había cumplido sus deberes con la sociedad asistiendo al baile de Anikó y no estaba dispuesto, como dijo a Robert, a «perder ni un solo día de libertad siguiendo a Margaret como un perrito, para sostenerle la sombrilla y sacarla a bailar cuando se queda sin pareja».

—Tú eras mucho más complaciente —le dijo Lily a Robert, mientras Charlie salía con un bufido mal disimulado de la habitación, indignado ante la propuesta de que escoltara a sus primas a una velada literaria.

—Quizá era mucho menos sincero.

—¿En serio? ¿Te resultaba muy aburrido llevarme de acá para allá en mi primera temporada?

—No, no a ti —respondió él con afecto—. Tú siempre has estado a mi lado. También cuando Mary Sommers me dio calabazas.

Ya está, estaba dicho. No había vuelto a pronunciar el nombre de esa joven desde el día en que, tras dejarle hacer el ridículo declarándose, ella le explicó sonriente que John Montmorency se le había adelantado.

—No está en Londres esta temporada. Se han quedado en el Lincolnshire porque está, de nuevo, en estado interesante.

—¿Otra vez? ¡Dios mío, cuántos van?

—Cinco, creo, y tres son niñas.

—Bien por Montmorency.

—¿No le guardas rencor?

—No, a ninguno de los dos. Espero que ellos y su horda familiar sean absolutamente felices.

Y era verdad, por fin había superado la decepción que le había provocado verse manipulado por Mary Sommers. Debía de ser cierto el dicho de que un clavo saca a otro clavo. Desgraciadamente, parecía que el nuevo clavo que había elegido tenía mucha más capacidad de herirle que el primero.

Los pensamientos de Lily debían de transcurrir por senderos paralelos a los suyos porque, tras un par de minutos de silencio, aventuró tímidamente:

—Encuentro encantadora a la señorita Dawson.

—Németszeghy de Bácsalmás —corrigió Robert, automáticamente.

—Nadie la llama por ese nombre impronunciable, para todos es la señorita Dawson.

—Bueno.

—Y no intentes desviar la conversación, Robert. Es encantadora y creo que deberías hacer algo. Puede que en algún momento ella y Charles se creyeran enamorados, pero no son más que dos chiquillos, no podía durar.

Robert la miró con más interés del que le había prestado hasta entonces, porque él, que había estado absolutamente convencido de que los sentimientos de Charles por Anikó eran equivalentes a los suyos propios, había empezado a tener dudas desde que se los encontrara jugando a los dados. Esa no era en absoluto la conducta esperable en dos jóvenes enamorados en lo que quizá fuera el único momento que podrían pasar a solas en meses. Sumaba eso la reciente preferencia de su hermano por la compañía de Huddlestone y sus pares y, qué diablos, le daba qué pensar.

—¿Lo crees de verdad?

—¡Por el amor de Dios, Robert! Todos los hombres se enamoran a la edad de Charles, ¿cuántos conoces que se casen con la primera joven que les llama la atención?

—¿Edgar?

—¡Bah! ¿Es posible que no te dieras cuenta? Edgar estaba perdidamente enamorado de Mary Sommers cuando ella tonteaba

contigo. Te odiaba, Robert. Yo no hice más que recoger los pedazos de su corazón roto.

—¿Y tú? —preguntó Robert, interesado a su pesar.

—Creo que he sabido siempre que me casaría con Edgar —reflexionó Lily—, pero eso no me impidió pasarme dos años intentando atraer la atención de Lambert Delors.

—¡¿Lambert Delors?! ¡Lily, ese hombre era un crápula! Tenía diez años más que tú y una reputación nefasta, tus padres jamás habrían consentido que te casaras con él.

—No quería casarme con él, Robert, solo quería que me considerara fascinante. Precisamente porque era un crápula, pero tú eres demasiado serio para entenderlo.

Su conversación quedó interrumpida por la decisión de la señora Blanche Burnsyde de dar por terminada su visita. Lily y Robert, que hacían aparte en un rincón, se acercaron al grupo para participar en el coro de despedidas. Mientras lo hacían, Briggs tocó discretamente en la puerta y anunció:

—Lady Dawson, señora, y la señorita Dawson.

Lily dirigió una mirada triunfal a su primo. Si hasta Briggs, cuya pasión por las formas era casi obsesiva, había asumido a Anikó como una Dawson, ya podían revolverse en sus tumbas todos sus ancestros Németszeghy de Bácsalmás, para Londres ella sería la señorita Dawson.

Hubiera sido una descortesía abandonar la sala nada más entrar las nuevas visitas, así que las damas Burnsyde se sentaron de nuevo y comenzaron a charlar con las recién llegadas. Casi de inmediato, la conversación se dirigió a la próxima boda de Lily, un tema apasionante para las damas. Robert, para el que revestía escaso interés, cogió discretamente el periódico y se sentó en una butaca junto a la ventana, dispuesto a reanudar la lectura que había abandonado al llegar su tía y sus primas. No la vio, pero sintió la llegada de una figura ingrávida que separó ligeramente la cortina, haciendo que la luz incidiera directamente sobre el papel. Solo una persona era capaz de caminar así, volando sobre el suelo, así que no le sorprendió cuando Anikó le habló en voz queda:

—No le divierten mucho las bodas, ¿verdad?

Levantó la mirada y la vio de pie junto a la ventana, a dos metros de él, mirándole con la cabeza inclinada a un lado, como si lo evaluase.

—Supongo que me divertirían más si pudiera deslumbrar a la concurrencia con crepés, sedas, gasas y encajes, pero a los caballeros se nos reduce a un ropaje bastante uniforme que no da para mucha conversación.

—Siempre pueden jugar con los colores y nudos de las corbatas —le consoló Anikó.

—Me temo que soy torpe y aburrido incluso en ese pequeño detalle, mis corbatas son siempre blancas y no he aprendido a hacer otro nudo que el «matemático».

—Mi primo Aloysius conoce al menos media docena de nudos distintos. Claro que él siempre dedicaba mucha atención a su ropa.

—Aloysius hubiera sido feliz en la generación de nuestros abuelos, que elegían chaquetas de color celeste o rosado. Ahora, solo el azul y el negro se consideran elegantes. —Robert se interrumpió y preguntó—: ¿Ha dicho «dedicaba», en pasado?

—Últimamente parece como si se la pusiera sin mirarse en el espejo.

Anikó le miró expresivamente y él tuvo la seguridad de que sabía cuál era la situación entre Aloysius y Fanny, y también que él estaba al corriente.

—¿Ha hablado con Fanny?

Anikó afirmó vigorosamente con la cabeza.

—Está desolada. Su madre ha empezado a hablar de llevarla a Bath a tomar las aguas porque cree que está enferma. ¡Y todo es culpa mía!

—¿Suya? Por supuesto que no es su culpa, ¿qué ha hecho usted?

—Si yo no hubiera venido a Inglaterra, todo el dinero de tío Henry hubiera sido para mis otros tíos Dawson. Fanny dice que sin eso duda mucho que sus padres consideraran aceptable una oferta de Aloysius.

—Pero Jonathan Dawson no es precisamente pobre. Al fin y al cabo, Fernwell será suyo algún día.

—Según Fanny, todo el mundo sabe que el tío Jonathan está endeudado, y que lo único que le salva de ser acosado por sus acreedores es que estos saben que tendrá Fernwell y podrán cobrarse con las rentas. ¿Cómo puede ser el tío Jonathan tan desagradable? —añadió con pasión—. Me era antipático cuando él era antipático conmigo y me lo es más ahora que le caigo bien.

—¿Le cae bien?

—En realidad, creo que no, pero hace grandes esfuerzos por ser amable conmigo. Él y la tía Grace también. Me invitan de continuo. No entiendo por qué.

Robert creía entenderlo y le indignaba. Anikó había dejado de ser una huérfana casi indigente para convertirse en un buen partido, y «los otros Dawson» no estaban dispuestos a perder ese capital que habían considerado suyo.

—Esta noche cenamos con ellos otra vez —suspiró Anikó—. Dice tío Henry que no podemos negarnos, porque son nuestra familia, pero yo hubiera preferido… Creo que hasta hubiera preferido la velada literaria de lady Chrochton.

Pese a su elevado sentido de la familia, tampoco sir Henry o lady Dawson estaban entusiasmados con la perspectiva de una velada en compañía de sus primos, así que fue un grupo más resignado que animoso el que entró a las ocho en la sala donde les esperaban Jonathan y Grace. Aloysius, explicó Jonathan, con un ceño que dejaba ver su enfado, acababa de llegar a la casa y había subido a cambiarse. Mientras le esperaban, el sonido del aldabón de la puerta se oyó una vez más. Poco después, fueron anunciados y entraron en la sala los Martinson: un matrimonio acompañado de sus tres hijos, un joven de cerca de treinta años y dos muchachas de la misma edad que Anikó. Esta se sorprendió al notar que su tío Henry se tensaba a su lado y que Sophia ponía una mano sobre su antebrazo para apaciguarle, pero no supo interpretar su reacción hasta ver que, con poco disimulo, su tío evitaba estrechar la mano del joven Ralph Martinson y le ignoraba, centrando su atención en sus hermanas.

La llegada de Aloysius, deshaciéndose en excusas, alivió la tensión, y poco después pasaron al comedor. Sin ningún disimulo,

Jonathan situó a Aloysius a la izquierda de Anikó y, con mucha más discreción, Grace se ocupó de que Ralph se situara a su derecha. De nuevo, sir Henry estuvo a punto de hablar, y otra vez fue Sophia quien le contuvo. La tensión en la mesa era palpable, y se requirieron los esfuerzos conjuntos de Sophia y Grace para que la conversación fluyera sin interrupción. Tanto la señora Martinson como sus hijas parecían casi asustadas, mientras que el señor Martinson apenas abrió la boca para algo más que asentir a lo que decían los demás y elogiar la comida. Solamente Ralph daba la impresión de sentirse a sus anchas. Conversaba con soltura con Grace, a quien llamaba tía, y, cuando le fue posible, también con Anikó. Sin embargo, dado que no parecían interesarle los caballos, ni había leído las últimas novelas publicadas, ni visto las obras de teatro de la temporada, Anikó no encontró mucho tema de conversación con él, y acabó volviéndose hacia su primo de nuevo. No fue una cena agradable, y cuando Grace se levantó para llevarse a las damas de vuelta a la sala, todas la acompañaron con cierto sentimiento de alivio, salvo quizá Sophia, que miró a su esposo con aprensión antes de cruzar la puerta.

Una vez solas en la sala, las señoras se relajaron visiblemente y conversaron con otra soltura mientras esperaban la llegada de los caballeros y del té. Grace propuso a Anikó y las dos jóvenes Martinson que jugaran al *Mikado*. Las tres aceptaron gustosas y jugaron apaciblemente hasta que los caballeros se reunieron con ellas. Las damas de mayor edad respiraron al ver que el grupo llegaba sin bajas y sin aparentes disensiones explícitas. El té llegó casi inmediatamente y sir Henry insistió en volver a casa poco después, asegurando que Anikó llevaba una vida social agotadora y necesitaba descanso.

Durante el regreso, los tres permanecieron en un silencio anormal, que Anikó sospechó que duraría solo lo que sus tíos tardaran en separarse de ella. Se fue a la cama confundida, incapaz de entender lo que había ocurrido en la velada. Había en la situación demasiadas corrientes ocultas entre los comensales que le resultaban incomprensibles.

Como había previsto, la conversación posterior de sus tíos fue larga, y toda la diplomacia que pudo desplegar Sophia fue insuficiente para evitar que al día siguiente sir Henry se hiciera anunciar en casa de su primo cuando este aún no había acabado de desayunar. Jonathan ordenó que se le hiciera pasar a la biblioteca y fue para allá de inmediato. Era una entrevista que estaba esperando desde la noche anterior y que sabía que sería desagradable.

—Vaya, Henry, has madrugado —saludó con falsa jovialidad.

—¿Quieres explicarme cómo te has atrevido a presentarle a Ralph Martinson a mi sobrina? —preguntó Henry, yendo directamente al grano.

—Créeme, Henry, no sabía que Ralph vendría anoche hasta que le vi aparecer por la puerta.

Henry le miró con desconfianza, pero Jonathan parecía sincero. Además, después de una noche de darle vueltas en la cabeza, no había conseguido encontrar una razón que justificase esa locura de Jonathan.

—¡Un hombre con la reputación hecha trizas! ¡Con deudas de honor impagadas! ¡Un cazafortunas que se fugó con la chica de los Samuelson cuando aún no había salido de las manos de su institutriz!

—Pero los atraparon antes de que llegara la noche y pudo acallarse el escándalo —balbució Jonathan.

—¿Acallarse? Lo sabías tú y lo sé yo, ¿crees que hay alguien en Londres que lo ignore? ¡A Ralph Martinson no lo recibe nadie!

—Te aseguro que no apruebo en absoluto su conducta. Es cosa de Grace. Tú sabes que Mariah Martinson y ella son primas, y le da pena ver cómo se han echado a perder las expectativas de las niñas por la conducta de su hermano.

—Que reciba entonces a las niñas, y a los padres, si quiere, pero no a ese degenerado. Te advierto una cosa, Jonathan, si vuelves a hacernos coincidir con él, me da igual dónde sea, nos vamos.

—No ocurrirá Henry, te lo aseguro.

Sir Henry se marchó casi sin despedirse y Jonathan volvió, rojo de mortificación y de rabia, al comedor de desayuno, en el que le esperaba una Grace aterrada.

Capítulo XVI

Charles se fue de Londres como había venido: casi sin avisar y en el coche del earl de Sawston. Su tía y sus primas Burnsyde se sintieron ofendidas por su descortesía al no visitarlas para despedirse, y hubieran pasado más tiempo que la media hora que le dedicaron a criticarle si no hubiera sido porque tenían noticias más interesantes que comentar con su tía Sarah. El barco del joven capitán Peter Morrison, prometido de Rose, había por fin arribado al puerto de Londres, y la boda, con un retraso de casi dos años, podría por fin celebrarse. Esto era un motivo de alegría en sí mismo y, adicionalmente, de alivio para Blanche Burnsyde, a la que había hecho sufrir mucho la idea de que Lily, su segunda hija, se casara antes que la primera. Rose se casaría a mediados de mayo, y Lily, con un pequeño retraso sobre la previsión inicial, lo haría a finales.

Para todo eso faltaban aún semanas y, entretanto, había que celebrar la llegada de Peter y presentárselo a la familia. El motivo principal de la visita de Blanche y sus hijas era invitarles a cenar con ellos en los jardines de Vauxhall el viernes siguiente. Solo la familia más cercana, para que se sintiera cómodo el pobre Peter, que llevaba meses de navegación alejado del contacto humano. Al menos si se descontaba el de sus tres oficiales, seis suboficiales y, por supuesto, los doscientos sesenta hombres de la cubierta inferior, entre marineros e infantes de marina.

Sarah aceptó la invitación en nombre de los tres con el entusiasmo adecuado. Robert, sentado un poco alejado, suspiró con resignación. Al contrario que su futuro primo Morrison, se sentía un poco saturado de contacto humano. Lily le miró e, interpretando correctamente su suspiro, se sentó junto a él y susurró:

—Estás un poco harto de nosotras, ¿verdad? Tres primas son mucha carga para cualquiera.

—No, en absoluto. No sois vosotras, pero te confieso que tengo ganas de que acabe la temporada y volvamos todos a nuestras

casas.

—Podrías irte ya, tus padres no te retendrían.

—¿Y quién se ocuparía de que Margaret tuviera su limonada? Supongo que puedo contar con Edgar cuando se trata de ti, y, ahora que ha vuelto Morrison, él se encargará de Rose. Pero, al menos que yo sepa, no hemos conseguido aún encontrar un proveedor oficial para la pequeña Maggie.

Bromeaba, esquivando la verdadera razón de su permanencia en Londres. No sabía cómo, pero tenía la firme intención de evitar que Jonathan Dawson lograra sus propósitos y Aloysius y Anikó acabaran casados. Estaba bastante seguro de que Anikó no se sentía atraída por su primo, y creía que sir Henry no la obligaría a un enlace que ella detestara, pero si Anikó, como empezaba a sospechar, no estaba enamorada de Charles, podía dejarse ganar por la compasión. Y sir Henry… maldita sea, era una unión perfecta desde los criterios más convencionales: se preservaba el patrimonio familiar, los dos primos se llevaban bien, y su parentesco era lo suficientemente lejano como para no escandalizar a los más estrictos. La conversación que en ese mismo instante mantenían «los otros Dawson» le hubiera confirmado sus temores. Jonathan llevaba semanas haciendo un esfuerzo sobrehumano por ganarse la confianza de su sobrina y un esfuerzo aún mayor por empujarla hacia Aloysius en todas las ocasiones posibles. Su frustración ante la escasa respuesta que encontraban sus esfuerzos había ido en aumento, y en aquel momento estallaba en la intimidad de la sala de su esposa.

—¡La has llevado a pasear por el parque, a exposiciones florales y hasta a la Galería de Arte! ¡Has estado con ella en todas las malditas fiestas que se han celebrado en Londres en las tres últimas semanas! ¿Y qué has logrado?

—Nunca estamos solos —se justificó Aloysius—. Siempre nos acompaña la tía Sophia, o su doncella. Últimamente va a todas partes con las señoritas Burnsyde, se han hecho muy amigas.

No confesó que, en las escasas ocasiones en que estaban a solas, su conversación se centraba en Fanny. Anikó era incapaz de entender la sumisión con la que Aloysius parecía aceptar la

imposición de su padre e intentaba sembrar la rebeldía en su decaído espíritu.

—Voy a darte una última oportunidad, ¿me entiendes? Les invitaremos a los tres a cenar con nosotros en los jardines de Vauxhall. El viernes habrá fuegos artificiales, cuando nos acerquemos a verlos, tu madre os mandará a los dos de vuelta a nuestro reservado con alguna excusa.

Grace abrió la boca para presentar su objeción a un proyecto que le exigía una imaginación que no creía tener, pero Jonathan siguió hablando sin hacerle caso.

—¡Qué demonios, muchacho, vas a estar solo con ella de noche y en los jardines de Vauxhall! ¡Aprovecha la ocasión, porque te juro que no tendrás una mejor!

Todas las exhortaciones de su padre no hicieron nada por mejorar el estado de ánimo de Aloysius, cuyo aspecto lánguido llegó a preocupar a su tía Sophia cuando se encontraron a la entrada de los jardines. Era la primera vez que Anikó los visitaba y se le escapó un «¡Oh!» maravillado ante la visión del Gran Paseo. Jonathan, complaciente, le fue explicando la situación de los distintos edificios, monumentos y fuentes mientras los conducía a la zona de reservados donde se servían las cenas. El hombre, habitualmente taciturno, mostraba aquella noche una sobreexcitación efervescente que se contagió al resto de la partida y supuso que la cena fuera mucho más animada de lo que ninguno de los comensales hubiera anticipado. Solo Aloysius seguía callado y apagado, haciéndose casi invisible entre el bullicio de la conversación general y bebiendo mucho más de lo que tenía por costumbre y aguantaba. Interrumpieron la cena para acercarse a escuchar el concierto en el Quiosco de la Orquesta, y volvieron luego para reanudar la charla, ante nuevos platos con dulces y frutos secos, hasta que se acercó la medianoche y se anunció que en breve darían comienzo los fuegos artificiales. Entonces, Jonathan dirigió a su pequeño grupo a lo largo del Paseo del Sur y bajo los arcos hasta la torre de los fuegos artificiales, donde empezaba a congregarse una pequeña multitud expectante, y allí buscaron un lugar adecuado para disfrutar de

estos. Una exclamación sobresaltada de Grace interrumpió la conversación e hizo que todos se volvieran hacia ella.

—¡Oh, Dios mío! He olvidado mi ridículo en el reservado y seguro que necesitaré el pañuelo. Por favor, hijo mío, ¿puedes ir a por él?

Aloysius asintió con la cabeza y sin decir palabra volvió sobre sus pasos. Grace dejó pasar unos momentos antes de añadir:

—¡Qué torpe soy! He mandado a Aloysius a por el ridículo y no le he pedido que me trajera el chal, con el frío que tengo.

Miraba a todos con expresión de desconsuelo y, al fijar su vista en Anikó, fue inevitable que esta se ofreciera a ir a buscarlo.

—No, querida —dijo sir Henry—, no quiero que vayas sola por los jardines, iré yo.

Pero llegaba tarde, porque Anikó había salido corriendo para alcanzar a su primo. Henry hizo ademán de salir detrás de ella, pero Grace le puso la mano en el antebrazo y le retuvo.

—No creo que exista el menor riesgo, el paseo está muy iluminado y alcanzará a Aloysius enseguida.

Sir Henry la miró con duda, pero no quiso discutir. Era cierto que el paseo estaba iluminado y, lo que era más importante, bastante concurrido en esos momentos. Seguía sin parecerle apropiado que su sobrina lo recorriera sin compañía, pero en realidad no parecía que hubiera riesgo.

El anuncio de los fuegos artificiales había atraído a todos los visitantes de los jardines hacia la torre, por lo que en sus inmediaciones el camino bajo los arcos estaba abarrotado, y Anikó, que intentaba recorrerlo en sentido contrario a la muchedumbre, vio impedido su paso. Avanzaba penosamente, sorteando como podía a los grupos de paseantes, y sintiéndose incómoda al notar la curiosidad que despertaba en los viandantes ver a una joven no acompañada. Una voz conocida la detuvo:

—¡Señorita Dawson!

—¡Señor Martinson! —dijo Anikó, reconociendo a Ralph.

—Discúlpeme si es una indiscreción, pero ¿está aquí sola?

—He venido con mis tíos, pero la tía Grace se dejó el chal en el reservado e iba a recogérselo.

—No va a conseguir avanzar entre esta multitud, será mejor que tomemos un sendero de los que atraviesan la arboleda, sígame.

—¡Oh, muchas gracias! Pero sin duda usted también estaría con amigos, no quiero separarle de ellos.

—No se preocupe, los encontraré sin dificultad más adelante. Sígame.

Anikó, que no estaba acostumbrada a verse entre muchedumbres y había empezado a sentirse agobiada, le siguió agradecida de verse de nuevo escoltada por alguien conocido. Ralph la guio con seguridad por las sendas que cruzaban la arboleda hasta desembocar de nuevo en el camino principal, que, como los fuegos artificiales estaban ya a punto de empezar, estaba desierto en ese tramo. Se volvió hacia él con una sonrisa para felicitarle por su habilidad, y se quedó paralizada momentáneamente cuando él la aferró por el brazo y la atrajo hacia sí, abrazándola estrechamente. Pero su parálisis fue de corta duración y, casi de inmediato, empezó a forcejear para soltarse.

—¡Déjeme! ¡Déjeme! ¿Qué cree que está haciendo? ¿Se ha vuelto loco?

Ralph había cambiado radicalmente de expresión, antes había sido de cortés solicitud, y ahora era maliciosa y triunfante.

—¡Estate quieta, tonta, no te pasará nada!

Anikó seguía forcejeando sin éxito. Ralph abrazaba su talle contra él con una mano y con la otra le cogió la nuca y le llevó la cabeza hacia atrás, obligándola a mirarle a la cara. Echó un rápido vistazo alrededor y vio que seguían solos. Soltó una carcajada y dijo:

—Bueno, las buenas representaciones siempre han requerido mucho ensayo, ¿no?

No había acabado de hablar cuando la besó en la boca, mordiéndole los labios y forzando luego su lengua entre ellos. Anikó se estremeció y apoyó sus dos manos contra el pecho de él para intentar alejarlo, pero no le sirvió de nada. Separando un poco las piernas para afianzarse y contrarrestar sus empujones, Ralph volvió a besarla. Entonces, Anikó dobló una pierna hacia atrás y, con todas sus fuerzas, la levantó hacia delante y le golpeó con la rodilla en la entrepierna.

La sorpresa y el dolor le hicieron soltarla y caer al suelo con un grito de agonía. Anikó no se detuvo ni un segundo a ver el resultado de su maniobra, en el momento en que se vio libre, se giró y salió corriendo como una liebre de vuelta a la torre de los fuegos artificiales y la seguridad de sus tíos. Corrió como no había corrido en su vida, volviendo a veces la cabeza para ver si Ralph la seguía. Alcanzó y sobrepasó a una pareja que caminaba rezagada hacia la torre, donde ya habían dado comienzo los fuegos artificiales, y que la vio pasar con enorme sorpresa, y, más adelante, en uno de los momentos en que miraba hacia atrás, acabó empotrándose en la espalda de un caballero que se había detenido en mitad del camino para ver explotar en el cielo una estrella de brillantes colores. Los dos cayeron y, por segunda vez aquella noche, al levantarse, una voz conocida la llamó por su nombre:

—¡Señorita Dawson! ¡Anikó!

Acababa de escapar de los brazos de un hombre, pero en ese momento se lanzó sin dudarlo a los de Robert. Él la estrechó sin pensarlo, sintiéndola temblar como un gatito helado. Pero no había perdido la conciencia de dónde estaban, en dos pasos la llevó casi en volandas al borde del camino, ocultándose tras uno de los arcos de la mirada de los posibles viandantes. Allí la mantuvo abrazada sin decir nada hasta que los temblores cesaron.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué te ha pasado? —susurró, sin darse cuenta de que la tuteaba.

—Íbamos a ver los fuegos, pero la tía Grace se había olvidado el chal y fui a recogérselo. Había mucha gente en el camino y no podía avanzar. Fue allí donde me encontré con el señor Martinson y se ofreció a llevarme por una senda menos concurrida.

—¿Te ha atacado en medio de la arboleda? —preguntó Robert con voz ahogada por la rabia.

—No, me llevó por ella de vuelta al camino, pero entonces, de repente, me cogió, me abrazó muy fuerte y… y me besó. —A Anikó se le rompió la voz al recordarlo, y el resto de su relato lo hizo entre sollozos—. Yo intenté que me dejara, pero no podía con él. Me volvió a besar y, entonces, yo… le golpeé con todas mis fuerzas.

—¿Le golpeaste?

—Con la rodilla, en… en esa parte. Me soltó enseguida, y salí corriendo.

Hubo un momento de silencio y luego Robert soltó un extraño bufido.

—No es algo que deban hacer las señoritas, ¿verdad? —preguntó Anikó con timidez—. Lo imaginé, pero no se me ocurrió otra salida. Me lo enseñó mi abuelo, decía que no era correcto que los hombres empleen esos golpes, pero que las mujeres deben defenderse como puedan.

El bufido de Robert se convirtió en una carcajada indisimulada.

—Me hubiera gustado mucho, muchísimo, conocer a su abuelo.

Por fin deshizo el abrazo en el que aún la mantenía y la miró con ojos brillantes.

—Vamos, la llevaré con sus tíos. Y luego me acercaré a ver si consigo dar con ese Martinson —añadió con tono amenazador.

No tuvieron que caminar hasta la torre, porque sir Henry, al ver que Aloysius volvía solo, había salido en busca de su sobrina. Su alivio cuando la vio aparecer del brazo de Robert fue evidente, pero sus primeras palabras fueron de reproche:

—Anikó, me sorprende que te hayas entretenido charlando con nuestro amigo mientras nosotros te esperábamos preocupados. Y tú, Robert, por mucha confianza que tengamos, sabes que no es apropiado que Anikó pasee sola contigo.

—¡No, tío, no lo entiendes, él me ha salvado!

—¿Salvado?

—En realidad, señor, se ha salvado sola, pero será mejor que sea ella quien se lo explique.

Anikó volvió a contar su historia y el rostro de sir Henry se quedó pálido imaginando lo que podría haber sucedido. Como Robert, su primer impulso fue salir en busca de Martinson y pedirle cuentas, pero luego se impuso la prudencia.

—Creo que estarás de acuerdo conmigo, Robert, en que cuanto menos se hable de esta aventura, mejor.

—Sí, señor.

Robert asintió a regañadientes, pero consciente de que sir Henry tenía razón. Era una historia tan descabellada que se prestaba a

todo tipo de interpretaciones. Habría gente que insinuaría que el encuentro entre Anikó y ese joven de mala fama no había sido casual, sino una cita, y, en cualquier caso, la forma en que ella se había defendido iba a levantar un revuelo totalmente indeseado.

—Si piensas que debes comentarlo con tus padres, no tengo inconveniente, sabes que los consideramos como de la familia, pero, por favor, insísteles en la necesidad de que esto quede entre nosotros.

—Por supuesto, señor, puede estar tranquilo.

—Y tú, Anikó, tampoco debes comentarlo con nadie, salvo con tu tía.

—¿Con los tíos Dawson y Aloysius no?

—No. Solo tu tía Sophia.

La respuesta de sir Henry dejó clara la grieta que empezaba a abrirse en su antes pétreo sentido de la familia. Habían sido Jonathan y Grace los que habían introducido a Ralph Martinson en la vida de Anikó y les culpaba directamente de lo sucedido a su sobrina.

—Ahora volveremos con ellos. Explicaremos que te caíste y te hiciste daño y que por eso has tardado en volver. Te estoy muy agradecido por tu ayuda, Robert, pero creo que es mejor que nos separemos aquí.

Robert asintió, estrechó la mano que le tendía sir Henry y los vio alejarse. Sir Henry ofreció su brazo a Anikó, ella lo aceptó y, al enlazarlo, dirigió la mirada hacia atrás y le sonrió con una dulzura triste que le dejó sin aliento. Era la segunda vez que abrazaba a Anikó para consolarla y se sorprendió pensando que la primera vez había abrazado a una niña disgustada por una regañina, pero que la Anikó que había tenido esa noche entre sus brazos era una mujer. Le dolió pensar que esa transformación pudiera deberse a la amargura de haberle sido robado el primer beso.

Capítulo XVII

Había algo en toda la aventura que, sin poder definirlo con exactitud, a Robert le resultaba irreal, y esa fue la principal razón para que, haciendo uso de la autorización de sir Henry, se la contara a sus padres a la mañana siguiente.

—¡Ese horrible Ralph Martinson! —exclamó Sarah, conmocionada —. Alguien debería hacer algo con él.

—¿Quieres que le cite al amanecer, madre? —bromeó Robert.

—Claro que no, tonto. Pero habría que mandarlo a las colonias, cuanto más lejos, mejor. ¿En qué está pensando su padre? Ha arruinado las expectativas de sus hermanas y conseguirá que nadie reciba a su familia.

—Es una desgracia para todos ellos —corroboró Benjamin. Pero hablaba distraído por sus propios pensamientos.

—Por supuesto, iremos a visitar a los Dawson, para ver cómo se recupera Anikó.

—Yo me pregunto también cómo se habrá recuperado Martinson —intervino Robert con ferocidad—. Espero fervientemente que los efectos del golpe de Anikó sean permanentes e incapacitantes.

—¡Robert! Preferiría que no volvieras a mencionar ese tema.

Robert sonrió y besó la mano de su madre con exagerada cortesía.

—¡Pobre mamá! Qué poco hemos aprovechado tus esfuerzos por darnos una educación esmerada.

Benjamin había seguido concentrado en sus pensamientos, ajeno a la charla. De repente, rompió su silencio:

—Quizá las costumbres hayan cambiado pero, en mis tiempos, cuando un joven quería, digamos, intimar con una jovencita, elegía un rincón poco frecuentado en la arboleda, o al menos buscaba el lugar menos iluminado del Paseo Oscuro.

Robert se enderezó en la silla, súbitamente interesado. Ese era el punto del relato que desde el día anterior le había incomodado.

—No han cambiado, señor, las costumbres siguen siendo las mismas.

—¡Bueno! —exclamó Sarah, entre divertida y escandalizada—. No me puedo creer que estéis teniendo esta conversación totalmente impropia en mi presencia.

Ni su esposo ni su hijo le prestaron atención. Se miraban el uno al otro, enfrentados a lo incomprensible.

—Ralph Martinson debe de ser, además de deleznable, completamente estúpido.

—O bien —reflexionó Benjamin—, no le importaba en absoluto ser descubierto. Pero… es absurdo. Podía haberle costado la cárcel.

Un ligero carraspeo le hizo callar. En la puerta estaba Briggs, que llevaba una carta sellada en una bandeja de plata.

—Perdone que les interrumpa, señor, pero me pareció que podía ser urgente —dijo, ofreciéndosela a Benjamin con expresión preocupada—. La han traído en mano, señor. Un lacayo, con la librea de lord Sawston.

Benjamin la cogió y la abrió inmediatamente, mientras Sarah, Robert y Briggs, que no había hecho el menor intento por retirarse, esperaban expectantes. La misiva era corta, y cuando la dobló, su expresión era seria, pero no angustiada.

—Es del mismo Sawston. Al parecer, Charles tuvo un accidente con un caballo mientras estaba en su casa y tiene una fractura en la pierna. El médico no está demasiado preocupado, pero recomienda que no se le mueva. Lord Sawston está encantado de que se quede en su casa, pero nos lo comunica por si consideramos conveniente que le asista alguno de su familia.

Sarah se había puesto de pie sin esperar a que terminara de hablar.

—Voy a hacer la maleta.

—No, querida —la retuvo Benjamin con dulzura—. Sé que es lo que prefieres, pero, si lo piensas, verás que no es adecuado.

Sarah apartó la mano que Benjamin había apoyado en su mano y levantó la barbilla con expresión de rebeldía.

—¿Puedes decirme quién hay más adecuado que su madre para asistir a un joven enfermo?

—Sawston se ha ocupado de él, lo ha hecho visitar por un buen médico y este asegura que no hay ningún peligro. Si corrieras a Sawston Hall, estarías dando a entender que no confías en que esté bien atendido. Los Sawston han sido tremendamente amables, no se merecen que los insultes.

Sarah le miró frustrada. Su instinto le decía que corriera al lado de su hijo, pero sabía que Benjamin tenía razón.

—Entonces, ¿qué…?

—Irá Robert. Es su hermano mayor, es la justa medida. Que pase allí unos días y, si como espero, Charles está bien, vuelva a Londres. Tampoco debemos cargar a los Huddlestone con demasiados miembros de esta familia.

—No te preocupes, mamá —bromeó Robert—. Haré por Charles todo lo que tú harías. Le pondré paños frescos en la frente, le obligaré a comer gachas y a no probar el vino y, en general, haré todo lo posible porque desee desesperadamente curarse.

Sarah bufó exasperada, pero los tres sabían que, de no poder ser ella la que fuera, Robert sería el que Charlie elegiría para tener a su lado.

Robert hubiera resuelto los preparativos de su viaje en media hora, pero su madre necesitó algo más para decidir y reunir todo lo que quería que le llevase a su hermano. Al final, ese equipaje resultó ser mayor que el suyo propio, pero no hizo el menor comentario. Pese a sus constantes ironías, adoraba a su madre, y sabía que enviar a Charles todo lo que se le ocurría que podía aliviar su dolor o su tedio era su forma de compensar el no poder ir en persona.

A pesar de ese retraso, consiguió salir antes de las once y, viajando en su carrocín y cambiando de caballos en Hertford, consiguió llegar a Sawston Hall a una hora admisible, cerca de las cinco. El propio lord Sawston le recibió y encomendó a su hijo Edward que le acompañara a la habitación de Charles.

—Y quizá después, cuando se haya tranquilizado acerca del estado de su hermano —sugirió—, quiera unirse a nosotros para la cena.

Edward, un joven de la edad de Charles y aparentemente tan sociable como él, subió explicándole con todo detalle cómo había sido el accidente, las medidas tomadas para la comodidad de

Charles y la inquebrantable amistad que le unía con él. Le llevó primero a su habitación, en la que su ayuda de cámara estaba ya deshaciendo las maletas, y le mostró una puerta que, le indicó, comunicaba con la del herido. Allí, con una muestra inesperada de delicadeza, le dejó para que pudiera saludar a solas a su hermano.

Charles estaba tumbado en una cama enorme, recostado sobre media docena de almohadas y con la pierna entablillada en alto, sobre un soporte de madera y cuero. El rostro, un tanto ojeroso y soñoliento por el láudano que sin duda le administraban para el dolor, se le iluminó al ver entrar a su hermano y extendió la mano hacia él.

—¡Rob, muchacho, me alegro de verte!

—¡Qué vergüenza, Charles, caerte del caballo cuando estás invitado en la casa de uno de los mejores jinetes del país! Has dejado la reputación de la familia por los suelos.

—¡No, diablos, no! Quiero decir, Rob, ¿es que no te han contado cómo fue?

—Algo me ha dicho tu amigo Edward, creo que estaba un poco incómodo con el asunto.

Charles le miró con aire de sospecha que transformó en una sonrisa cuando se dio cuenta de que Robert le estaba tomando el pelo.

—Ya puede estar incómodo, ha sido su torpeza la que me ha dejado en esta cama. ¡Pobre Edward, tendrías que haber visto cómo le calentó las orejas su padre!

—No creo que le dijera más de lo que se dice él mismo, se siente profundamente culpable y te considera poco menos que un héroe.

—¡Qué va, cualquiera hubiera hecho lo mismo! Cuando vi que el caballo se encabritaba y le tiraba, en el primer momento no me preocupé. Le pasa a menudo, ¿sabes? —explicó Charles en un susurro compasivo, como si se tratara de un secreto vergonzoso—. Pero cuando vi que se le quedaba la bota trabada en el estribo y que el caballo se dirigía a saltar un muro de piedra… Te lo confieso, se me paró el corazón.

—No debió de pararse mucho tiempo, dice Edward que llegaste para coger las riendas y controlarlo justo a tiempo, aunque te

coceara. Bien hecho, hermano.

—¡Bah! —exclamó Charles, poniéndose colorado—. Vamos a olvidarnos de eso. ¿Qué traes ahí?

Robert puso sobre la cama la bolsa de viaje que su madre había preparado.

—De parte de nuestra madre.

—Qué amable.

Charles abrió la bolsa, se inclinó sobre ella y empezó a sacar cosas, dejándolas sobre la cama.

—Un frasquito de agua de lavanda… Bueno, no sé qué espera que haga con eso. Otro con polvo de perejil —enumeró cada vez más desconcertado—. ¡Pero si no tengo herida! Una bufanda. ¡Dios mío, un frasco de sales! ¿En qué está pensando mamá?

Por fin uno de los paquetes llamó su atención y lo desenvolvió con satisfacción, desechando con un gesto todo lo demás.

—¡Mazapán y bolitas de azúcar! Siempre se acuerda. ¿Quieres una?

—Eso —dijo Rob, arrebatándoselo con firmeza—, según sus instrucciones expresas, no lo probarás hasta dentro de unos días. Te conviene una dieta ligera.

—No quiero ofenderte, pero a veces me recuerdas mucho a mamá —comentó Charles con aire reprobador—. Quiero decir, por supuesto, esos comentarios están bien en una madre, pero…

—Caldos, gachas y agua de cebada, eso dijo.

—¡Muy bien, vete, no vayas a llegar tarde a la cena! Por lo menos uno de nosotros comerá decentemente.

Charles se retrepó con aire malhumorado en sus almohadones y recuperó el libro que había dejado.

—¿Estás seguro de que no quieres que pida que me suban una bandeja y me quede contigo?

—¡Segurísimo! Nada me apetece menos que verte atiborrarte mientras a mí me matan de hambre. Además, tengo mucho interés en que conozcas a la familia. Si no es muy tarde, ven luego y comentamos.

Robert se lavó y cambió a toda prisa, de forma que el gong que anunciaba la cena le pilló bajando las escaleras. El resto de los

comensales, cerca de una docena, le esperaba reunido en la sala inmediata al comedor. Le fueron rápidamente presentados antes de pasar a sentarse a la mesa, pero no fue hasta después de que sirvieran el primer plato que encontró el momento para recorrer con la vista la mesa e intentar relacionar los nombres con las caras. Un par de parejas de cierta edad que, por lo que recordaba, eran Huddlestone ambas, probablemente tíos o parientes de ramas secundarias. Dos jóvenes caballeros que sin duda eran hijos de una de ellas. Le habían dicho los nombres, pero no los recordaba. Sentada entre ambos, una joven de su edad que sin duda, y teniendo en cuenta su parecido con lady Sawston, era la hija de la casa. Bellísima, pero tan imponente como su madre, era imposible imaginarla riéndose y diciendo tonterías con otras jovencitas, y mucho menos flirteando. La tenía prácticamente enfrente, y le sorprendió inclinándose hacia él por encima de la mesa para decirle con una amabilidad solo levemente teñida de condescendencia:

—Estamos muy agradecidos a su hermano, señor Burnsyde. Actuó con una presencia de ánimo admirable.

Robert inclinó la cabeza, aceptando el cumplido. No sabía muy bien cómo responder a ese comentario, pero no pareció que la joven esperara respuesta. Casi de inmediato, giró la cabeza y empezó una conversación con su vecino de la izquierda.

Pese a su imponente aspecto, lady Sawston tenía un alma caritativa, y se había preocupado de sentarlo al lado de Edward, que le miró sonriente.

—Lizzy es realmente señorial, ¿verdad? La más señorial de todos nosotros. Puede ser incluso majestuosa. Uno se la imagina impartiendo gracias y castigos desde un trono imperial: a este, un condado, a este otro, que le corten la cabeza. Es mi hermana mayor —terminó con sencillez.

Tampoco a eso sabía muy bien Robert cómo contestar, pero tampoco este hermano esperaba respuesta. Sin darle tiempo a hablar, se embarcó en un relato hilarante de sus innumerables desventuras ecuestres, y entre él y su vecina por el otro lado, una jovencita que, al parecer, era ahijada de lady Sawston, le tuvieron ocupado toda la cena.

Cuando las señoras se retiraron, la conversación de los caballeros de mayor edad se centró en la política y los jóvenes hicieron lo que se esperaba de ellos: escuchar y beber discretamente. La velada no se alargó mucho una vez que se reunieron con las damas, pero incluso así, cuando Robert abrió la puerta de la habitación de su hermano, la encontró a oscuras. Tras acercarse a la cama y asegurarse de que Charles dormía tranquilamente, de que no estaba febril y de que tenía la campanilla al alcance de la mano, volvió a la suya y se acostó.

Capítulo XVIII

La noche transcurrió sin incidentes y lo primero que hizo Robert a la mañana siguiente, aún en batín, fue pasar a ver cómo estaba su hermano. Abrió la puerta todo lo silenciosamente que pudo, esperando encontrarle dormido, pero se lo encontró arrellanado en sus almohadones y dando cuenta de un gran plato de gachas espesas. Charlie le saludó con una inmensa sonrisa.

—Buenos días, Rob. ¿Quieres algo de esto? —preguntó.

—No, gracias.

—Lo entiendo, es repugnante.

Robert contuvo una sonrisa, se sentó junto a la cama y estudió el contenido del plato.

—Pues parece que te lo estás acabando.

—Tengo que recuperarme.

—Te lo cedo, yo bajaré a desayunar con nuestros anfitriones dentro de un rato.

—Sí, claro —aprobó Charlie, siguiendo con su excavación en el plato de gachas. Y añadió cambiando de tono—: ¿Qué tal fue la cena?

—Aquello era un amontonamiento de Huddlestones difíciles de diferenciar, pero lo pasé bien. Me senté entre Edward y una joven llamada Anne que compartía conmigo la triste condición de no-huddlestonismo y eso ayudó.

—¿Conociste a lady Sawston?

—Ella era fácil de identificar, se sentaba en una de las cabeceras. Una mujer excelente, pero impresiona un poco.

—En realidad, es muy accesible. Ha sido de lo más amable conmigo.

—Estoy convencido.

Y lo estaba. Charles tenía el poco frecuente don de hacer amistad con las personas más distintas, desde la aristócrata más rígida hasta el mozo de cuadras. Por otro lado, era inevitable que lord y lady

Sawston le estuvieran agradecidos: si su caballo hubiera arrastrado a Edward al saltar el muro de piedras, el joven habría salido bastante peor parado de lo que lo estaba su hermano.

Charles había parecido perder interés en la comida y jugueteaba con los restos de comida del plato evitando mirarle.

—¿Te presentaron a Lizzy?

—Por supuesto. Una joven muy hermosa, tan imponente como su madre. No creo que te atrevas a llamarla Lizzy a la cara, a mí me aterraría hacerlo. Es absolutamente lady Elizabeth para mí.

—Creo que es maravillosa.

El tono de Charles, tímido y rebosante de emoción, llamó la atención de su hermano. Lo único que Robert podía ver de su cabeza era la coronilla, ya que todavía miraba hacia abajo mientras paseaba por el plato unos restos de gachas gélidas y poco apetecibles, pero ese pequeño círculo de piel había enrojecido intensamente. Robert abrió y cerró la boca un par de veces, intentando controlar su voz para formular la pregunta que deseaba formular sin hacer evidente el asombro y la incredulidad que sentía.

—¿Me equivoco o estás interesado en la señorita Elizabeth? —dijo por fin.

Charles levantó la cabeza y le miró a los ojos con una mezcla de súplica y desafío.

—¿Cómo podría no estarlo? Es… ¡Robert, es una diosa!

—¿Y Anikó?

—¿Qué le pasa a Bertie? —preguntó Charles, extrañado.

—Creí que… Bueno, creí que sentías un gran afecto por ella.

—¿Por Bertie? —Charles pareció escandalizado—. Claro que siento un gran afecto por ella, pero esto es completamente distinto. ¡Con Bertie he ido a robar nidos! Rob, uno no se enamora de las chicas con las que se va de pesca y trepa a los árboles.

Sintió unas estúpidas ganas de reír. No, claro que no, uno no se enamoraba de las chicas con las que trepaba a los árboles, solo de las chicas a las que ayudaba a bajar de ellos. Esperaba que Charles no se hubiera dado cuenta del inmenso alivio que sentía, pero un vistazo a su hermano le hizo ver que no tenía por qué haberse

preocupado. Charles había dejado de jugar con la comida y miraba al infinito con expresión de arrobo.

—Es porque no has tenido ocasión de tratarla, de lo contrario comprenderías la diferencia. Bertie es una niña; Lizzy, en cambio, es una mujer completa. Se mueve… Es como un cisne deslizándose sobre las aguas de un estanque. Tan elegante, tan armoniosa…

Robert dirigió una mirada de sospecha a la botella de láudano que su hermano tenía sobre la mesilla.

—¿Cuánto tomas de eso? —preguntó señalándola con la barbilla.

—¡Robert! —exclamó su hermano indignado.

—Ahora eres tú el que me recuerda a nuestra madre. Ella se escandaliza en el mismo tono.

Charles le lanzó la cuchara que aún tenía en la mano y Robert la cogió al vuelo y la dejó riendo sobre la mesilla. Después se despidió de él y bajó a desayunar sintiéndose mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo. En el comedor estaban ya la mayor parte de los invitados varones y el dueño de la casa, que le preguntó amablemente por su hermano.

—Está perfectamente, señor. ¿Dijo el médico si tendría que volver a visitarle?

—Vendrá hoy. No porque haga falta, pero le he mandado llamar para que pueda usted hablar con él.

—Me abruma su amabilidad, tenemos que estarle muy agradecidos.

—¡Ja! Somos nosotros los que tenemos que estar agradecidos. Nos costó casi quince años de matrimonio producir un heredero, hubiera sido una forma estúpida de perderlo.

Se inclinó hacia Robert y bajó la voz.

—Es cierto que Edward no tiene la menor habilidad como jinete, pero es un buen chico a pesar de todo. Dudo que mi esposa hubiera soportado su pérdida.

El médico llegó un par de horas después, visitó al paciente y se mostró totalmente satisfecho de su evolución.

—Ha tenido suerte, era una fractura limpia y no tuve que reducirla. Si a estas alturas no ha aparecido la fiebre, no creo que lo haga ya, no necesita más cuidados que la dieta ligera y el reposo.

De todas formas, para estar del lado de la seguridad, le sangraré un poco.

Sacó de su bolsa una bacina y una lanceta que levantó a la luz para comprobar si estaba bien afilada.

—No necesito que me sangren, no tengo fiebre —protestó Charles.

El médico no se inmutó. Colocó la bacina sobre la cama, extendió sobre ella el brazo de su paciente y realizó con pericia la incisión. Charles apartó la vista con una mueca.

—¿Cuánto tiempo deberá permanecer inmovilizado? —preguntó Robert.

—Seis semanas.

—¡Pero es mucho tiempo! No podemos abusar así de la hospitalidad de lord Sawston. ¿No sería posible trasladarle a su casa en un buen carruaje que fuera despacio para evitar en lo posible traqueteos?

—¡Tonterías! —intervino lord Sawston, con buena intención y escasa diplomacia—. El chico se queda aquí. No consentiré otra cosa.

El médico terminó la sangría, vendó el brazo y pasó la bacina a un criado para que la vaciase y lavase. Se enjuagó las manos en la palangana que le tendían y, mientras se secaba, miró a Robert y le dijo con sequedad:

—Formé parte del ejército de lord Wellington en la última guerra, señor. Sacábamos del campo de batalla a heridos mucho más graves que su hermano y los transportábamos amontonados en carretas al hospital de campaña. Algunos incluso sobrevivían. Yo recomiendo el reposo total.

—Por supuesto, se hará lo que usted diga —dijo Robert, enrojeciendo hasta la raíz del cabello—. No era mi intención en absoluto cuestionar su tratamiento.

—¿Estuvo con Wellington? —preguntó Charles, muy interesado—. ¿Le trató?

—No tuve ese honor, señor —respondió el médico, ablandado por su entusiasmo—. Pero sí tuve oportunidad de ser de utilidad a algunos de sus ayudantes de campo.

Después de esa declaración, Charles escuchó sin protestar la dieta que se le prescribía y ni siquiera se quejó cuando el médico prometió volver en unos días para volver a sangrarle.

Lord Sawston ofreció al médico una copa antes de su partida, e insistió en que Robert los acompañara. Cuando el facultativo se fue, dedicó aún un rato a insistir con autoridad en que Charles debía quedarse hasta estar totalmente recuperado, y que Robert podía, a su elección, permanecer con él esas semanas, o volver a Londres.

—Porque imagino que, a su edad, no le hará gracia perderse la temporada —supuso.

—En realidad, señor, a mí me preocupaba que el accidente de Charles les hubiera impedido a ustedes regresar a la ciudad.

—¡Ja! A nuestra edad ya no se soporta bien la temporada completa. Estuvimos en marzo y abril, qué remedio, pero no creo que volvamos. Lizzy sí irá para allá en unos días, claro. Al fin y al cabo, es lo que se espera de una joven, ¿no? Pero se quedará en casa de su hermana.

Robert recibió con alivio la noticia. Por breve que hubiera sido su trato con lady Elizabeth, había sido suficiente para convencerle de que las posibilidades de Charles eran menos que escasas. Mejor que se separaran cuanto antes.

—Sí —prosiguió lord Sawston su discurso anterior—, lo más sensato es que vuelva usted a su casa, joven. Así tranquilizará a su madre, a la que, si es como mi esposa, su padre de usted habrá tenido que atar para que no viniera.

Soltó la carcajada al ver cómo Robert enrojecía y le palmeó ligeramente la espalda.

—Son todas iguales —le dijo en tono de confidencia—. Lo mejor será que vaya a Londres, pero vuelva a ver a su hermano de vez en cuando, así su madre estará tranquila hasta que pueda recuperarlo.

Le rellenó la copa y le miró, encantado con la solución que había encontrado.

—No me importa dejarle un caballo, si quiere montar un rato. —Y el tono dejaba claro que no era una oferta que hiciera a todo el mundo—. Si tiene la mitad de la habilidad de su hermano, quizá pueda enseñarle algo al pobre Edward.

Robert subió a ver cómo seguía su hermano tras la sangría un poco aturullado por su conversación con el energético lord, y habiendo llegado a un acuerdo con él en el que, como era inevitable, aceptaba su plan por completo. Llamó a la puerta de la habitación y abrió sin esperar respuesta, pero se detuvo en el umbral, desconcertado por la escena que tenía delante. Lady Elizabeth, sentada en una silla junto a la ventana, leía en voz alta algo que, aunque se detuvo cuando le vio entrar, estaba casi seguro que era la Biblia. Los rayos de sol caían sobre su rubio cabello sacándole destellos dorados y, cuando alzó la vista del libro para mirarle con sus graves ojos grises, pudo ver que el calor había arrebolado su delicado cutis. Era un cuadro de excelsa belleza y Charles lo contemplaba con una expresión de éxtasis que hizo que su hermano mayor sintiera deseos de abofetearlo.

—Es usted en exceso amable al dedicar su tiempo a mi hermano, lady Elizabeth.

—Visitar a los enfermos es una obra de misericordia —respondió ella, marcando con cuidado la página antes de cerrar el libro y ponerse en pie—, pero ahora que usted ha llegado para acompañarle, será mejor que les deje.

Recorrió la veintena de pasos que la separaban de la puerta con serena dignidad y sonrió amablemente a Robert cuando le mantuvo abierta la puerta mientras pasaba.

—¡Robert, maldito aguafiestas!

—¿Cómo iba a imaginar que estaba ella aquí?

—Viene un rato todas las mañanas, y luego otro justo antes de la cena —explicó Charles con una complacencia insoportable.

—¿Y te obsequia con lecturas edificantes?

—No lo sé, no me fijo mucho en las lecturas —confesó Charles con una ingenuidad desarmante—. ¿No te resulta encantadora?

—Bellísima. ¿Hace cuánto que la conoces?

—Desde hace dos semanas. Las otras veces que me habían invitado a Sawston Hall no estaba ella. Ha pasado los últimos meses en París, con su abuela.

Una oleada de alivio dejó a Robert con la impresión de que estaba superando con éxito una dura carrera de obstáculos. Sabía que

Charles llevaba casi seis meses visitando Sawston Hall con frecuencia y había temido que su enamoramiento viniera de lejos.

—¿Crees que ella o sus padres lo han notado?

—Espero que no —respondió Charlie, al que la posibilidad parecía aterrar.

—Mejor así. Imagínate que no hubieras sido discreto, sería francamente incómodo si ellos no aprobaran ese interés y, aun así, te tuvieras que quedar en su casa unas semanas.

—¡Demonios, sí!

—Yo me comportaría de una forma amable, pero sin mostrar una admiración excesiva.

—Sí, supongo que tienes razón —dijo Charlie, no muy conforme.

—La tengo, créeme. Ya tendrás tiempo de cortejarla cuando estés en pie.

Una vez que había conjurado el peligro inmediato de que Charles se mostrara demasiado transparente y sufriera el rechazo que estaba seguro que le esperaba, Robert salió de la habitación con la conciencia tranquila y libertad para meditar cómo lograr que Anikó dejara de verle como el hermano mayor de Charles y le incluyera en su lista de pretendientes.

Capítulo XIX

Obedeciendo al plan trazado por lord Sawston, Robert regresó a Londres al día siguiente dejando a Charles hambriento y sin fiebre, esperando expectante la visita de su diosa. La vuelta fue más tranquila y lenta que la ida, por lo que llegó a su casa con el tiempo justo de cambiarse para la cena. Sabiendo que en cuanto su madre se enterara de su llegada insistiría en que fuera a hablar con ella, le pidió discreción a Briggs y subió dando zancadas por las escaleras. Veinte minutos después, sorprendió a sus padres entrando en el comedor cuando iban a sentarse a la mesa.

—¡Robert! ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás de vuelta tan pronto? —dijo Sarah, sobresaltada.

—Tu hijo menor ha prescindido de mis servicios —respondió Robert, sentándose a su derecha, mientras Briggs disponía frente a él el nuevo cubierto—. Reconozco que me ha ofendido un poco, me había hecho la ilusión de que me valoraba algo más.

—Deja de decir sandeces y cuéntamelo todo —exigió su madre.

Robert les contó con todo detalle el estado de su hermano, el diagnóstico del médico, su optimismo respecto la evolución de Charles y su recomendación de que permaneciera en Sawston durante seis semanas.

—¡Seis semanas! —exclamó Benjamin, molesto—. Qué carga para los Sawston, no sé qué pensarán.

—Sawston dijo literalmente que era una tontería pensar en moverle, que debía quedarse allí y que no consentiría otra cosa. Hay que tener en cuenta que consideran que Charlie ha salvado la vida de su hijo y, según me confió Sawston, aunque no vale nada como jinete, a su madre le dolería perderlo.

—Robert, es imposible que te dijera algo así —aseguró Sarah, entre divertida y escandalizada.

—Tienes mi palabra, madre. También comentó que habían tardado quince años en concebir un heredero y que hubiera sido una forma

muy tonta de quedarse sin él.

—¡Qué personaje!

—No te niego que es un tanto excéntrico, pero me cae bien. Ha sido tremendamente amable y generoso con Charles, y también conmigo. Y bajo esa capa de brusquedad y aparente rudeza hay más sensibilidad de la que esperas.

—¿Ah, sí? —dijo Benjamin, con sorna.

—Adivinó que mamá estaba angustiada y me dijo que lo mejor sería que volviera hoy a tranquilizarla y visitase de nuevo a Charles más adelante para mantenerla informada de su evolución.

—Bueno, me ha sorprendido, tendré que escribirle para agradecerle las molestias que se han tomado.

La conversación se había intercalado con silencios cuando se servían o retiraban los sucesivos platos. Robert esperó a que se hubiera levantado la mesa y estuvieran los tres solos para preguntar:

—¿Fuiste a ver a los Dawson, madre? ¿Qué tal encontraste a Anikó?

—Perfectamente recuperada, gracias a Dios. Entusiasmada con la perspectiva de la *rout* de esta noche en casa de los Ashfield. —Sarah se quedó pensando y añadió—: Me preocupa más Fanny que Anikó, a decir verdad. La vi ayer en casa de mis hermanos y está muy desmejorada.

—¿Tiene Eliza otro anciano pretendiente en mente para ella? —preguntó Benjamin con sarcasmo.

—No, no puede ser eso. Más o menos se lo pregunté, pero me dijo que había desesperado de buscar un buen partido para Fanny y que, con el espantoso aspecto que ahora tenía, no dudaba que se quedaría para vestir santos.

—Espero que Fanny no la oyera —resopló Robert, furioso.

—No parece oír a nadie. Se sienta con las manos en el regazo y mira por la ventana como una estatua mustia. Es desesperante.

Aquello decidió a Robert. Había pensado acompañar a su madre a la fiesta de sus tíos y empezar su campaña de conquista de Anikó, o al menos asegurarse de que no prosperase la de otros pretendientes, pero no iba a contemplar pasivamente cómo Fanny se moría de pena. Buscaría a Aloysius y aclararía con él la situación. Si,

como ella le había dicho en una ocasión, los dos se habían comprometido en secreto, Aloysius estaba tan obligado hacia su prima como si la noticia se hubiera publicado en el *Morning Post*. Tendría que reunir valor y enfrentarse a su padre. No veía imposible que se pudiera obligar a ceder a Jonathan, era seguro que Grace se pondría de parte de su hijo, y sir Henry y Sophia también.

Con esa intención salió para la residencia de «los otros Dawson» en cuanto acabó la sobremesa y pidió ser recibido por el señor. Le respondieron que el señor había salido y pidió ser recibido por su esposa. La casa era de muy modestas proporciones y, en contra de lo habitual, la pequeña sala que la familia usaba a diario se encontraba en la planta baja, junto a la principal, ambas con acceso directo desde el recibidor. El mayordomo golpeó ligeramente la puerta más cercana a él y, sin esperar respuesta, le pasó a una pequeña y poco iluminada estancia donde le recibieron Grace y Aloysius.

—Buenas noches, Robert —saludó Aloysius, levantándose y estrechándole la mano—. Qué agradable sorpresa, ¿qué te trae por aquí?

Solo entonces, mientras estrechaba su mano, se dio cuenta Robert de lo extraña que resultaba su visita a esas horas. Pensó a toda velocidad mientras se inclinaba ligeramente sobre la mano que Grace le estrechaba.

—Mi madre me dijo que les había llegado la noticia del accidente de Charles —arriesgó.

Sarah no le había dicho nada, pero seguro que se lo había contado a Sophia, y raro sería que la noticia no le hubiera llegado a Grace, que se pasaba la vida metida en esa casa. Los graves gestos de asentimiento de sus interlocutores confirmaron su suposición.

—Acabo de volver de Sawston Hall y no me hubiera consentido a mí mismo dejarles una noche más con la preocupación. Vine en cuanto terminamos de cenar para tranquilizarles sobre el estado de mi hermano.

—Muy considerado de su parte —dijo Grace sin mucho interés—. Entonces, ¿su hermano se recupera bien?

—Sin el menor problema. El médico que le atiende está muy satisfecho de su evolución.

Grace, que había vuelto a sentarse y retomado su labor, la dejó caer sobre el regazo, le miró fijamente y con expresión desconfiada comentó:

—Agradezco doblemente su consideración, porque hubiera esperado que pensase antes en informar a nuestros primos Dawson. Al fin y al cabo, conocen a Charles desde la cuna.

—No había necesidad. Mi madre verá a lady Dawson y su sobrina esta misma noche.

—En casa de los Ashfield, supongo. Yo misma he dudado si acudir. Encuentro que tengo cierta obligación, dado que nuestra relación es casi de parentesco, pero desapruebo esos eventos multitudinarios a los que asiste todo tipo de gente a la que una casi desconoce. ¡O desconoce completamente!

—Estoy seguro de que mi tía Ashfield comprenderá sus escrúpulos.

—En cualquier caso, es muy agradable poder pasar una velada tranquila en casa.

—¡Oh, no me diga eso! Tenía la esperanza de convencer a Aloysius de que me acompañara.

—¿A la *rout*? —preguntó Grace, con un extraño sobresalto.

—No, no. Confieso que el viaje me ha dejado un poco cansado. Pensaba más bien en una velada tranquila en el club, con una partida de *piquet*, quizá.

—Encantado de acompañarte —aceptó Aloysius, al que la perspectiva de quedarse en casa a solas con su madre no parecía entusiasmar—. Es decir, madre, si crees que puedes prescindir de mí.

—Perfectamente, hijo —respondió Grace, complaciente—. Id y divertíos. Yo, en cualquier caso, pensaba retirarme pronto.

Para llegar a Brook's debían bordear Green Park, pero Robert, que tenía poco interés en mantener la conversación que planeaba en un lugar como el club, donde era más probable encontrarse con Benjamin y sus amigos, sugirió que lo atravesaran paseando. Aloysius le miró sorprendido, la gente de bien solía evitar los

parques una vez anochecido, pero aceptó con un encogimiento de hombros.

Robert había empezado a dudar de que fuera buena idea presionar a Aloysius nada más verle. Si Fanny estaba melancólica y decaída, Aloysius estaba prácticamente derrumbado. Había adelgazado considerablemente, su piel estaba mortecina y sus ojos carecían de animación. El que aceptase sin comentario su propuesta de adentrarse en el parque a oscuras era otra prueba de que iba cuesta abajo. El Aloysius habitual se hubiera negado vivamente, no ya a correr riesgos innecesarios, sino también a ensuciarse las botas.

«Si su padre está viendo lo que yo y no cede, es un monstruo», se dijo Robert.

Había que cambiar de táctica, Aloysius no necesitaba reprimendas, sino apoyo. Caminaron en silencio unos minutos, mientras Robert revisaba su discurso, y al final lanzó la bomba:

—Fanny ha estado hablando conmigo.

Aloysius se encogió como si le hubiera golpeado.

—Te… ¿te ha dicho…?

—Que tu padre no aprueba vuestro matrimonio y que tenéis que renunciar a él.

—Debes pensar que soy un cobarde. Yo lo pienso.

—Pienso que los dos sois muy desgraciados. ¿No hay posibilidad de convencerle?

—No conoces a mi padre, Robert. No es como el tuyo. ¡Ojalá lo fuera!

—Y, conociéndole, ¿cómo dejaste que las cosas llegaran a ese punto entre Fanny y tú? —preguntó Robert, agotados sus buenos sentimientos ante la autocompasión lacrimógena de Aloysius.

—¡No podía saber lo que iba a pasar! Mi padre hubiera querido una rica heredera, pero habría aceptado a Fanny si no hubiera sido por lo de Anikó.

—Comprendo —aseguró con sorna Robert—. Anikó ya no es una huérfana sin recursos, ¿verdad?

—Tiene veintitrés mil libras de dote. Veintitrés mil libras que mi padre creía que iban a ser suyas. Y nuestro tío McIntyre la ha hecho su heredera. Solo tiene una pequeña propiedad en Escocia, pero su

situación es desahogada, mi padre piensa que puede dejar más de cincuenta mil libras. También contaba con ellas, pensaba que el tío Albert nos favorecería a nosotros, puesto que el tío Henry no tiene hijos.

Aloysius golpeó con fiereza una piedra con el bastón y la envió rodando varios metros más allá.

—¡Castillos en el aire! Sé que es injusto y me avergüenza hablar así de él, pero mi padre cree que Anikó le ha quitado setenta mil libras, y está dispuesto a todo por recuperarlas.

—¡A todo! —exclamó Robert, impresionado por la vehemencia de su amigo.

—A todo. La odia. Y, sin embargo, voy a casarme con ella.

A Robert le dio un vuelco el corazón ante el anuncio.

—Vas a… ¿Te ha aceptado?

—No me he declarado aún. Hasta ese punto he sido capaz de llevar mi rebelión, pero no sé cuánto aguantaré. Mi padre me presiona mucho.

El alivio hizo que a Robert se le aflojaran las piernas y tuvo que detenerse un momento para no tropezar. Y, con el alivio, llegó la exasperación hacia aquella familia de presuntuosos que no parecían considerar otra perspectiva que la propia.

—¿Has considerado la posibilidad de que Anikó te rechace?

—¿Tú crees que lo haría? —preguntó Aloysius, asombrado—. Pero ¿por qué? ¿Es que quizá Charles…?

—¡Puedes no interesarle! —replicó Robert, perdida la paciencia—. ¡Por Dios, Aloysius, lleva meses haciéndoos de ángel guardián a Fanny y a ti! ¿Qué te hace suponer que querrá casarse contigo sabiendo que amas a otra?

—¡No, claro que no le gustaría! —exclamó Aloysius, triunfante. Él, que también se había detenido, aferró a Robert por los hombros en una rara muestra de efusividad—. ¡Burnsyde, eres un genio! ¡Me declararé a Anikó en la primera oportunidad!

Echó a andar de nuevo a paso acelerado, como si al final del trayecto le esperara, no una partida de *piquet*, sino Anikó dispuesta a rechazarlo.

—Espera, espera —intentó tranquilizarle Robert—. Escucha lo que te digo.

—¡Lo he escuchado, Robert, lo he escuchado! ¡Eres un genio, amigo!

—Pues sigue escuchando: si te declaras y ella te rechaza, tu padre te echará la culpa.

Aloysius se detuvo en seco, de nuevo desanimado.

—Es cierto, estará convencido de que metí la pata.

—Pero si ella se prometiera con otro y se supiera que su mutuo interés venía de antiguo…

—¿Charles? —preguntó Aloysius, de nuevo esperanzado.

—¡Olvídate de Charles! Escúchame, Dawson, confía en mí y aguanta todavía unos días sin declararte. Puede que no tengas que hacerlo.

—¡Dios te oiga, Burnsyde! Confiaré en ti, aunque no entienda nada. Y ahora —dijo un Aloysius mucho más animado—, ¿vamos a por esa partida de *piquet*? Te juro que necesito una copa. ¡Qué demonios, necesito más, quiero emborracharme!

Embebidos en su conversación, hacía rato que habían salido del Green Park y circulaban por el Mall, a la altura de Carlton House. Para ir a Brook's tendrían que dar la vuelta y caminar unos diez minutos, pero, además, no parecía buena idea llevar a Aloysius, en el exaltado estado de ánimo en que se encontraba, a emborracharse a un club en el que se juntaba la crema de la sociedad.

—Mejor que no vayamos a Brook's, es demasiado serio para nosotros esta noche. ¿Sabes qué? ¿Qué te parece si nos acercamos a lo de lady Bell?

—¿Lady Bell? —preguntó Aloysius interesado—. He oído hablar de ella. Es la viuda de sir Paul Bell, ¿verdad? La que se ha hundido en el pecado.

Robert pensaba con frecuencia que Grace ejercía una nefasta influencia sobre su hijo, y volvió a pensarlo. Solo a Grace se le habría ocurrido describir a la pobre Mary Bell, una mujer afable y regordeta, de mediana edad, como una pecadora irredimible. La buena mujer se había encontrado viuda y llena de deudas con casi cincuenta años y había tenido que vender su residencia en la calle

Bury y trasladarse al menos elegante West End. Una vez allí, como antes había hecho alguna otra dama en sus circunstancias, había abierto una casa de juego, aprovechando sus contactos sociales para promocionarla. No era un club elegante como Brook's, pero tampoco uno de los infiernos de Whitechapel en los que te desplumaban y envenenaban con mala ginebra.

—Creo que te sorprenderá cuando la conozcas. Vamos, está cerca, en la calle Whitcomb.

Capítulo XX

Lady Ashfield llevaba más de una hora de pie, recibiendo a sus invitados a la entrada de su salón principal. Estaba cansada y aburrida, le dolía la cara de tanto sonreír y la mano de tanto estrechar otras. Se maldecía para sus adentros por haberse dejado convencer por su esposo para ofrecer una *rout*. Era cierto que no habían dado una sola fiesta digna de ese nombre en esa temporada, ya bastante avanzada, y que de alguna manera tenían que devolver todas las invitaciones que habían recibido, pero una *rout* resultaba agotadora para una dama de su edad. Demasiada gente, y ella ya no conocía a la mitad. A las personas de su generación, sí, claro, pero… ¡todas esas caras jóvenes y sonrientes le parecían iguales! Reconocía los apellidos, y a veces ni eso, porque la guerra había engrandecido a mucha gente a la cual una nunca antes hubiera pensado en tratar. Siempre se había considerado afortunada por no tener más que dos hijos, pero en ese momento deseó haber tenido una hija. Tener una jovencita de la que ocuparse introduce a una dama en la nueva generación de la alta sociedad, una muchacha hace amigas de su edad y obliga a su madre a estar informada sobre los jóvenes caballeros que están en edad de contraer matrimonio.

Otro de esos jóvenes indistinguibles le tendía sonriente la mano. Otra vez se había despistado, ¿a quién había anunciado el mayordomo?

—Encantada de tenerle con nosotros, señor…

—Campbell, Stephen Campbell. A sus pies, señora.

¿Campbell? Sería uno de los innumerables Campbell que proliferaban en el sur de Escocia. Uno de los «buenos Campbell», claro, si no, su esposo no hubiera incluido su nombre en la lista de invitados. ¿No había un Campbell en el estado mayor de Wellington?

Sus reflexiones se vieron interrumpidas por la llegada de los siguientes invitados. Al menos a estos los conocía, y se volvió hacia

ellos con un suspiro de alivio mientras el joven Campbell, aún con una sonrisa en la boca, se adentraba en el salón.

—¡Sophia querida! ¡Y la pequeña Anikó!

Hasta hacía poco no había prestado mucha atención a esa sobrina de sir Henry aparecida por sorpresa hacía un par de años, salvo para preocuparse ocasionalmente por la posibilidad de que el blando corazón de Sophia la llevara a favorecer indebidamente a la chiquilla. Lady Ashfield, unos años menor que lady Dawson, se consideraba la heredera natural del joyero de su cuñada, y no había dejado de notar que Anikó había lucido esa temporada algunas de sus piezas. La situación, sin embargo, había cambiado. Anikó había pasado a ser una jovencita con una dote más que respetable y lady Ashfield tenía un hijo todavía soltero. Por desgracia, el joven Arthur se encontraba en aquellos momentos a bordo de una fragata en la base de Halifax y no se esperaba su vuelta en unos meses, pero, incluso así, merecía la pena dedicar un poco de atención a Anikó.

Las recién llegadas correspondieron a su saludo y pasaron al salón, deteniéndose un momento para hacerse una composición de lugar. Como era de esperar en una *rout*, el lugar estaba atestado de invitados. Encontraban muchos rostros conocidos, pero se hacía muy difícil localizar personas concretas y Anikó dio un respingo de alegría cuando su mirada se cruzó con la de Sarah, que conversaba en un pequeño grupo de damas maduras.

—¡Mira tía, allí está la señora Burnsyde! —exclamó, con la satisfacción del vigía que divisa una isla en el horizonte.

Se encaminaron hacia ella, Anikó precediendo a Sophia para abrirle paso entre la muchedumbre. Al llegar a su altura, la saludó con una pequeña reverencia y esperó a que las presentaciones y saludos terminaran. Miraba a Sarah con ojos expectantes que no pudieron por menos que atraer su atención, hasta que, ocultando su sonrisa, dijo dirigiéndose en apariencia a Sophia:

—Precisamente estaba comentando que Robert nos ha traído noticias muy tranquilizadoras de Charles. El médico espera que su recuperación no plantee problemas. Eso sí, tendrá que permanecer en reposo mes y medio.

—¡Cuánto me alegro! —respondió Sophia—. Hemos estado muy preocupados por él, ¿verdad, Anikó?

—Sí, tía. Yo también me alegro mucho, señora —dijo Anikó, con la formalidad que estaba convirtiéndola rápidamente en una favorita entre los caballeros y damas que peinaban canas.

En aquel momento, uno de los admiradores de Anikó se acercó para conducirla a la sala contigua, donde los más jóvenes habían convencido al cuarteto que amenizaba la velada de que interpretara aires bailables. El grupo de señoras los contempló alejarse con sonrisas benevolentes y casi de inmediato volvió a su conversación.

El joven caballero encontró a Anikó amable pero distraída. Realizaba sus pasos en el baile con la soltura de la práctica, pero sin esa encantadora gracilidad que había conquistado el corazón de su pretendiente, y, aunque le sonreía amablemente, sus ojos no le seguían cuando sus evoluciones los separaban, sino que escudriñaban su entorno, como buscando a alguien.

Era cierto, Anikó buscaba a alguien, aunque no conseguía decidir si deseaba o temía encontrarlo. Sarah se equivocaba si pensaba que la joven había salido indemne de su aventura en los jardines de Vauxhall, porque, aunque había superado sin consecuencias el momento de terror y repulsión que le había causado el abrazo de Ralph Martinson, seguía dándole vueltas en la cabeza a los muy distintos sentimientos que le había provocado el otro abrazo recibido, el de Robert Burnsyde. Se había lanzado a sus brazos aterrada, buscando protección, y al encontrarse en ellos había descubierto, en un momento de cegadora revelación, que eran su lugar natural, que era allí donde deseaba estar. Le había escuchado tutearla y había deseado que siguiera haciéndolo, y mientras le contaba cómo Martinson la había asaltado, asqueada al recordar el contacto de sus labios, una parte de ella pensó que lo único que podría borrar ese recuerdo sería un beso del hombre que entonces la abrazaba. No sabía en qué momento, el consuelo que le daba el abrazo se había transformado en otra emoción muy distinta, nueva y perturbadora, y cuando él la soltó para llevarla con su tío se sintió perdida.

Sarah había dicho que Robert les había traído noticias de Charles, luego Robert estaba en Londres. ¿Podía estar en ese mismo momento allí, en otro lugar de esas salas colmadas de gente? Y, si lo estaba, ¿qué haría ella si la miraba, si se acercaba a hablarle, si le pedía que bailara con él? No sabía si sería capaz de volver a hablarle con naturalidad después de su descubrimiento, y, sobre todo, no sabía cómo conseguir que él dejara de considerarla la compañera de travesuras de su hermano pequeño y la viera como él la hacía sentirse, como una mujer.

Acabó el baile, otro caballero le pidió el siguiente y, tras él, otro. A medida que pasaba la noche, la trepidación con la que había esperado la aparición de Robert se fue convirtiendo en profunda decepción. Le resultaban insoportables sus acompañantes, e incluso la fiesta había perdido todo su esplendor. Uno de los camareros contratados para la noche pasó demasiado cerca de ella, tropezaron y el contenido de una de las copas que transportaba le manchó el vestido. Aprovechó la oportunidad para excusarse con su pareja y atravesó la sala principal, deseando poder tener unos minutos a solas en el tocador. No quería compartirlo con un par de damiselas sobreexcitadas y parlanchinas, así que, con el conocimiento adquirido por sus visitas previas a la familia, se dirigió al tocador del piso superior, que solo utilizarían los íntimos. Entró y se dirigió directamente a estudiarse en el espejo, en parte convencida de que los sentimientos que se había descubierto podían reflejarse en su expresión y traicionarla. Al principio, no vio en él más que su rostro de siempre, pero casi de inmediato vio también cómo se abría la puerta detrás de ella y entraban dos hombres, los dos enmascarados con pañuelos que les cubrían nariz y boca, y cerraban la puerta tras de sí.

—¿Qué hacen aquí? —exclamó volviéndose hacia ellos.

No tuvo tiempo de decir más, se abalanzaron sobre ella y, mientras uno la sujetaba, el otro le tapó la nariz y la obligó a tragar el contenido de un minúsculo frasco. Anikó, debatiéndose contra ellos, sintió el líquido, con un fuerte sabor a *brandy*, deslizarse por su garganta. Después, el hombre la amordazó mientras su compañero le ataba las manos a la espalda.

La hicieron sentarse en una silla y, con acciones rápidas y frases apenas susurradas, uno salió mientras el otro cerraba de nuevo la puerta y se quedaba vigilándola. En pocos minutos, tres golpes rápidos en la puerta anunciaron la vuelta del primero de sus atacantes, que entró con una gran cesta de mimbre. Anikó se sentía mareada y débil, casi no pudo ofrecer resistencia cuando los hombres la alzaron en volandas y la introdujeron acurrucada en la cesta. Unos discretos golpes en la puerta les hicieron tensarse, pero después de esperar unos segundos, quien fuera que llamara optó por usar otro tocador. Los hombres cerraron la cesta y, después de abrir con cuidado la puerta y asegurarse de que no había nadie en el pasillo, se despojaron de los pañuelos y la sacaron, atravesando rápidamente el tramo de pasillo hasta la puerta que daba paso a las escaleras de servicio. Una vez en el semisótano, salieron por la puerta utilizada por los proveedores y los criados a la calle trasera. Un carruaje cerrado les esperaba, metieron el cesto dentro y partieron con él.

Sacaron a Anikó de la cesta en una habitación a oscuras, iluminada únicamente por una vela colocada sobre una silla. Ella, todavía mareada, se debatió inútilmente entre sus manos, pero no le sirvió de mucho. La dejaron tumbada sobre una alfombra polvorienta, y mientras uno de ellos recogía la vela, el otro se agachó sobre ella, provocando en la joven un movimiento de rechazo y terror.

—No tienes de qué preocuparte, zorra —dijo en voz baja el hombre—. No te tocaría ni con la punta de un bastón.

Sin hacerle más caso, comprobó las ligaduras de sus manos y la estabilidad de la mordaza. Luego se incorporó y se fue con su compañero, dejándola a oscuras.

Esperó unos segundos, hasta convencerse de que estaba realmente sola, y luego intentó mover las manos. No pudo. Tenía la mordaza entre los dientes, y también intentó escupirla sin éxito. Tras debatirse inútilmente, se quedó inmóvil e intentó pensar. Era todo tan increíble que no podía ser sino un mal sueño, y durante un rato lo creyó así y esperó despertar. El frío y el entumecimiento que sentía la convencieron por fin de que no se trataba de una pesadilla

y, una vez más, intentó librarse de las ligaduras que mantenían sus manos atadas a la espalda. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y, cuando la luna asomó entre las nubes y su luz entró por el ventanuco de la habitación, pudo ver que era pequeña y estaba abarrotada de todo tipo de objetos. Un trastero, sin duda. Lo recorrió con la vista buscando algo que poder utilizar para desatarse. Una vieja silla con el respaldo destripado, varios baldes de distintos tamaños, escobas y baúles polvorientos. Su mirada se fijó en la pared en la que se abría el ventanuco; de un gancho colgaba un quinqué con el cristal roto. Eso podía servir.

Intentó ponerse en pie, pero aún estaba un poco mareada y con las manos a la espalda le resultaba imposible. Rodó hacia la pared y allí se arrastró de espaldas hasta apoyar cabeza y hombros contra ella. Poco a poco, haciendo fuerza con las piernas dobladas, consiguió sentarse. La cabeza le daba vueltas y tuvo que darse unos momentos de descanso, pero después prosiguió empujándose hacia arriba en la pared hasta conseguir ponerse en pie. De nuevo, un descanso. La luna se había ocultado y no ubicaba con precisión el quinqué, tuvo que esperar a que volviera a salir para verlo. Casi encima de ella, un poco a la izquierda. Tendría que subirse al baúl que había justo debajo para que sus manos atadas llegaran a él. Con dedos torpes, arremangó como pudo su vestido de baile por detrás e intentó trepar al cofre apoyándose en la pared. La primera vez se fue hacia atrás y solo la pared que hacía esquina la salvó de volver a encontrarse en el suelo, pero la segunda vez se quedó tambaleándose sobre el baúl. El quinqué le quedaba al alcance de las manos, pero se veía obligada a trabajar de espaldas a él. Con sumo cuidado extendió las manos y tanteó hasta rozar el borde del cristal roto. Estaba muy afilado, serviría. Colocó la cuerda que unía sus manos sobre el borde y la hizo resbalar suavemente a lo largo del filo. Otra vez, y luego otra vez. El proceso era lento, pero creía sentir que la cuerda se estaba erosionando.

Trabajó durante minutos que se le hicieron eternos hasta que en una de las pasadas la cuerda cedió de golpe y la liberó. Sin esa protección, el filo le arañó una muñeca, pero en la euforia de haber logrado su objetivo, no dio importancia al corte. Se frotó las manos

para recuperar la sensibilidad que había perdido y, cuando sintió que reaccionaban, las llevó atrás y desanudó la mordaza. Libre por fin, corrió hacia la puerta e intentó abrirla.

Capítulo XXI

Por mucho que sus problemas económicos la hubieran forzado a entrar en un negocio poco decoroso, lady Bell había intentado hacerlo con cierta elegancia y dignidad. Por eso, la entrada de su casa de juego, que no se diferenciaba mucho de las de las residencias que la flanqueaban, estaba guardada por un portero uniformado que a los ojos de los no iniciados hubiera podido pasar por lacayo. El hombre reconoció a Robert, le dio la bienvenida con toda corrección y, después de hacerse cargo de sus sombreros y bastones, hizo pasar a los dos jóvenes a una de las salas. En la estancia, profusamente iluminada, una treintena de caballeros se sentaban alrededor de las diversas mesas de juego. Aloysius, cuya experiencia en estos lugares de diversión era limitada, en parte porque había sido educado por su madre en la convicción de que eran antros de perdición y en parte porque su asignación no le permitía grandes dispendios, pasó fascinado entre las mesas en que se jugaba al veintiuno o al faro, a los dados y al macao. Se hubiera detenido en todas ellas, pero su principal necesidad en esos momentos era de alcohol, y así, siguió a Robert dócilmente mientras le guiaba hacia las mesas en las que los criados se ocupaban de las bebidas. Desde allí, se divisaba otra sala, menos bulliciosa y de mesas más pequeñas. Habiendo hecho su petición, Robert se dirigió a esa sala y ocupó una de las mesas más pequeñas y apartadas.

Un criado se acercó con dos copas y una botella de clarete, que dejó en la mesa entre los dos después de servirles. Otro llegó inmediatamente después con un mazo de cartas. Los dos estaban cansados y tenían cosas en qué pensar, bebieron la primera copa casi de inmediato y empezaron a jugar sin cruzar muchas más palabras que las que requería el juego.

Robert era, probablemente, el mejor jugador de los dos, pero su cabeza no estaba en las cartas. Aloysius, habitualmente un jugador más bien pobre por su exceso de prudencia, se sentía eufórico ante

la posibilidad de librarse del negro futuro que había dado por seguro y eso mejoró su juego. Consciente de que su amigo andaba siempre mal de dinero, Robert había tenido cuidado de proponer apuestas muy bajas, pero al ver que el joven Dawson ganaba las dos primeras partidas lo sintió. Pidieron la segunda botella y luego otra y otra. La faz de Aloysius empezó a estar del color del vino que trasegaba, su voz cada vez más alta y su risa más frecuente y floja. Robert siguió su evolución con benevolencia: a su entender, Aloysius vivía en constante represión y un moderado desenfreno no podía sino hacerle bien, mucho más cuando llevaba meses hundido en la desesperación.

Lady Bell se acercó a saludar al joven señor Burnsyde, al que conocía y por el que sentía afecto, porque no había dejado de tratarla con deferencia pese a su descenso social. Le fue presentado el señor Dawson y lo contempló con aire de duda antes de preguntar:

—¿Dawson, señor? ¿Tiene quizá relación con el señor Jonathan Dawson?

—Sí, es mi padre —aclaró Aloysius sorprendido—. ¿Ha oído hablar de él?

Lady Bell abrió la boca para contestar y lo pensó mejor. Años y años de vivir en los márgenes de la buena sociedad, después de que la ruina la expulsara de ella, le habían enseñado que era mejor pasarse de discreta que tener que arrepentirse de un desliz verbal.

—Sí, sí que me suena conocido el nombre. —Cambiando de tema, añadió—: ¿Se están divirtiendo? ¿No desean probar suerte en el faro?

—No, muchas gracias, lady Bell, esta noche buscamos sobre todo tranquilidad.

El tipo de tranquilidad que practicaban no dejaba grandes beneficios a una casa de juego, pero Robert era un cliente estimado, y si tenía el capricho de pasar la velada jugando por peniques al *piquet*, lady Bell no iba a decir nada. Les sonrió, se alejó, y aún tuvo el detalle de mandar a un criado con un plato de sándwiches que, en su opinión, podían hacer algo para evitar al joven Dawson algunas

de las más desagradables consecuencias de la borrachera que se estaba cogiendo.

Los sándwiches hicieron inevitable una quinta botella, pero cuando el criado iba a dejarla en la mesa, Aloysius alargó el brazo para tomarla, con tanta torpeza que le empujó la mano, la botella se ladeó y la mitad de su contenido acabó tiñendo la blanca camisa de Robert. El desastre era obra de Aloysius, pero el criado estaba bien entrenado y, por tanto, lo asumió, disculpándose profusamente mientras intentaba limpiar la pechera de la camisa con una servilleta. Lady Bell, que había visto el percance desde lejos, se acercó.

—¡Qué desastre! ¡Cuánto lo siento! —exclamó—. Por favor, señor Burnsyde, déjeme ofrecerle una camisa limpia.

—Es innecesario, no se moleste.

—Por supuesto que es necesario, permítame que insista.

—No, no, no quiero ser molestia.

—No lo es en absoluto. Tenemos preparadas varias camisas de la mejor calidad, lavadas y planchadas, precisamente para estas eventualidades.

—Cámbiate, Robert —aconsejó un Aloysius al que le rodaban las palabras con el torpor del alcohol—. Si no vas a apestar a vino toda la noche.

—De acuerdo —aceptó Robert, convencido—. Si es tan amable de prestarme esa camisa, lady Bell, le estaré sumamente agradecido.

—Sígame, por favor. Tenemos un vestidor arriba.

Para evitarle las posibles burlas de jugadores tan o más bebidos que Aloysius, lady Bell no llevó a Robert a la escalera principal, lo que le hubiera obligado a atravesar las salas de juego, sino por los corredores y escaleras de servicio. Aparecieron en la primera planta por una pequeña puerta de un extremo del pasillo principal y lo recorrieron hacia el vestidor.

—No sabe cómo siento lo que ha pasado, señor Burnsyde —se disculpó de nuevo lady Bell—. Ha sido una increíble torpeza del criado, hablaré con él.

—No lo haga, lady Bell. Los dos sabemos que no fue culpa suya, sino de mi amigo —respondió Robert—. Me temo que ha bebido algo

más de lo que suele y no le ha sentado bien. Algo me dice que tendré que pedirle que mande a un criado a buscar una silla para llevarle a casa, dudo que pueda hacerlo caminando.

Estaba hablando cuando pasaban frente a una de las puertas cerradas y su voz tuvo un efecto inmediato y espectacular. Desde dentro de la estancia empezaron a aporrear la puerta con fuerza, y una voz que le era tan conocida como a su dueña le había resultado la suya gritó:

—¡Robert! ¡Robert! ¡Oh, Dios mío, Robert, sácame de aquí!

El asombro le paralizó, pero solo un segundo. Mientras lady Bell le contemplaba atónita, intentó girar el picaporte sin lograrlo. Empujó la puerta hacia dentro y hacia fuera, no consiguió que cediera y, deteniéndose a pensar, acercó la boca a la puerta y dijo sin levantar la voz:

—Te he oído, no te preocupes, te sacaré. Pero debes estar callada y alejarte de la puerta, ¿me entiendes?

Los golpes cesaron inmediatamente y también los gritos. Robert se volvió hacia lady Bell, la tomó por los hombros y le preguntó:

—¿Dónde está la llave de esta puerta? ¿Quién la tiene? ¿Qué hay dentro?

Lady Bell había aprendido a conocer a los hombres y saber cuándo se podía discutir con uno y cuándo no. No hizo preguntas, abrió el ridículo del que nunca se separaba y sacó un enorme manojo de llaves.

—Guardamos copias en la cocina, pero yo llevo las mías aquí —explicó, mientras rebuscaba entre ellas.

Eligió una e intentó abrir sin éxito. Volviendo a examinarlas, escogió otra, la introdujo en la cerradura y, esta vez sí, la giró. Impaciente, Robert tuvo que contenerse para no empujarla y hacerlo él, y, en cuanto la abrió, entró pasando por delante de la dama, que se quedó en el umbral, sin entender nada. Aún se asombró más cuando vio saltar hacia Robert desde el extremo opuesto de su trastero a una dama, que se colgó de su cuello con un sollozo de alivio. Robert respondió al abrazo con entusiasmo, pero la soltó después de un momento.

—Lady Bell, necesitamos luz. ¿Puede traer uno de los candelabros del pasillo?

Sin decir palabra, lady Bell recorrió los pocos metros que la separaban del más próximo, lo cogió y volvió con él. A su luz pudo ver que la dama en cuestión era muy joven, que su peinado era un desastre y que el precioso vestido de fiesta que llevaba estaba sucio, tenía el encaje desgarrado en varios puntos y manchas de sangre.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido? —exclamó horrorizada.

—No es nada, no es nada —respondió Anikó, mostrando el arañazo de su muñeca—. Me corté cuando intentaba librarme de las ligaduras.

—¿Ligaduras? ¿Quién te ha atado? ¿Por qué estás aquí?

—Dos hombres me atacaron en la fiesta de los Ashfield. Me ataron y amordazaron, y me metieron en una cesta. Me dieron de beber algo asqueroso que me atontó, y me trajeron aquí.

Lady Bell cedió el candelabro a Robert y, con manos temblorosas, hurgó en su ridículo hasta encontrar un frasco de sales, que inhaló varias veces.

—¡Es increíble! ¡Que pueda pasar algo así en la residencia de personas tan respetables! ¡Parece una novela! —exclamó, casi sin respirar. Luego, mirando a Anikó con compasión, extendió la mano y le ofreció las sales—. ¡Pobre niña! Sin duda las necesita usted más que yo.

Robert cogió a lady Bell del brazo, la introdujo en el trastero y cerró la puerta.

—No entiendo nada, pero ahora no hay tiempo de explicarlo más despacio —dijo—. Tenemos que sacar a Anikó de aquí antes de que alguien la vea o en la fiesta noten su falta.

Lady Bell le miró con aire de duda y pareció querer decir algo, pero venció la prudencia y se limitó a mirarle expectante.

—¿Entiende usted que es imperativo que nadie sepa que Anikó ha estado aquí, verdad, señora? —preguntó Robert, que había advertido su titubeo.

—¡Oh, por supuesto! ¡Sería nefasto! —aseguró lady Bell con vehemencia—. Puede contar con toda mi ayuda y mi total discreción, señor Burnsyde.

—Sabía que podía confiar en usted —dijo Robert en un tono afectuoso que la hizo ruborizar—. Vaya entonces y dígale a un criado que consiga un coche cerrado y lo lleve a la puerta de atrás. Y que, cuando lo haga, suba a su dormitorio a avisarla. Cuando eso ocurra, venga con él y toque a esta puerta. Yo habré metido a la señorita en uno de los baúles y entre los dos lo bajaremos por la puerta de servicio, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, señor. ¿Y su amigo?

—¡Me olvidaba de él! Cuando nosotros nos hayamos ido, por favor, vaya a avisarle de que tuve que volver a mi casa urgentemente.

Lady Bell salió del trastero con la determinación de quien tiene una misión que cumplir y Robert pudo dedicar su atención a Anikó, que se había recostado contra la pared.

—¡Anikó! ¿Estás bien, querida? —Las ansiosas palabras se le escaparon sin pensar, pero no parecieron ofender a la joven en absoluto.

—Es mi cabeza, estoy aún un poco mareada.

—Supongo que era láudano lo que te hicieron beber. Qué historia tan increíble, ¿por qué harían esto? Ven, siéntate aquí mientras busco y vacío un baúl adecuado.

La ayudó a sentarse y eligió un baúl que le pareció suficientemente grande y ligero para sus fines. Estaba lleno de ropa y objetos de caballero, reliquias, supuso, del fallecido sir Martin Bell, y fue depositándolas sobre otro baúl inmediato hasta vaciar el primero. Trabajaba deprisa, porque no sabía cuánto tiempo tendría antes de que tocasen en la puerta, pero se detuvo al escuchar un sonido suave, entre murmullo y gorgoteo, proveniente de Anikó, que seguía sentada, tapándose la boca con un trapo que, aunque él no lo sabía, le había servido de mordaza no hacía mucho.

—¿Qué te ocurre? —preguntó asustado.

Anikó se destapó la boca y los extraños sonidos se convirtieron en una risa con un toque de histerismo.

—Vine aquí en una cesta de ropa para la lavandería y me voy en un baúl de ropa limpia, ¡pero se han olvidado de lavarme! —explicó.

—¿Tú crees que es el momento de hacer bromas?

Fue una reprimenda desafortunada, que tuvo como efecto inmediato que la joven se deshiciera en llanto. Era la viva imagen de la desolación, sentada sobre un baúl viejo, con los codos sobre las rodillas y las manos tapándole la cara. Robert dejó caer la ropa, corrió hacia ella, le tomó las dos manos y se las besó.

—¡Mi pobre niña, mi Anikó! ¡Perdóname!

—He pa… pasado mu… mucho miedo —tartamudeó ella, alzando el rostro bañado de lágrimas hacia él.

Era imposible hacer otra cosa que besarla, y eso fue lo que hizo. Acunó la carita asustada entre sus manos y besó con suavidad los labios húmedos de lágrimas. Después fue secando las lágrimas que rodaban por las mejillas con más besos, sintiendo cómo los sollozos se atenuaban, hasta el momento en el que fue Anikó quien le echó los brazos al cuello y cerró su boca contra la suya, con tanta inexperiencia como determinación. Sin pensarlo, la levantó casi en voladas y la estrechó contra él, sintiendo cómo ella se ajustaba a su cuerpo sin inhibición alguna. Una de sus manos subió hasta su nuca y enredó los dedos en el muy dañado peinado. Anikó entreabrió los labios en un suspiro de deseo y recibió la lengua de él con la suya.

Los esperados golpecitos en la puerta les hicieron detenerse en seco. Sin que Robert se lo indicara, Anikó saltó como un conejo y se metió en el baúl, Robert le metió a toda prisa los bordes del vestido que sobresalían y lo cerró. Entonces, se puso en pie y abrió la puerta.

Frente a él estaban lady Bell y un criado que le miraba con curiosidad. Adoptó un aire de serena autoridad, como si fuera lo más normal que los clientes de la casa de juego pasaran ratos de soledad y meditación en el trastero, y les dejó entrar.

—¿Está el coche en la puerta? —preguntó.

—Sí, señor, subí a avisar en cuanto llegamos.

—Bien, va a ayudarme a bajar el baúl y meterlo en él. Lady Bell, si es tan amable, señálenos el camino.

Lady Bell no era nada tonta y entendió que su función era legitimar el traslado y librarles de las preguntas impertinentes de cualquier cliente que pudiera verlos o del servicio. Asintió con la cabeza y mantuvo abierta la puerta mientras que Robert y el criado

asían cada uno un asa del baúl, lo levantaban y salían con él al pasillo. Una vez allí, se puso a la cabeza de la comitiva empuñando el candelabro que había rescatado del trastero.

Capítulo XXII

El tramo que debían recorrer hasta la escalera de servicio no eran más que veinte metros, pero pasaba por delante de la escalera que descendía hacia el recibidor. Lady Bell estaba preparada para hacer frente a cualquier caballero inquisitivo, pero no supo qué hacer frente al joven que subía corriendo torpemente la escalera, blanco como el papel, y que prácticamente se aferró a su brazo para preguntar:

—Lady Bell, señora, ¿dónde está el señor Burnsyde? —Y al desviar la mirada y ver a Robert, añadir, con tono aterrado—: Robert, no te imaginas qué ha pasado… ¡Mi padre está aquí!

—Bueno, ¿y qué? —preguntó Robert con impaciencia

—¡Debe de haber venido a buscarme! Aún no me ha visto, tenemos que salir de aquí.

—¡Maldita sea, Dawson, si ha venido a buscarte, baja y salúdalo!

—¿No lo entiendes? Él abomina del juego. Si me ve, pensará que he estado dilapidando mi asignación en el faro. ¡Se pondrá furioso! No sé quién puede haberle dicho que estábamos aquí.

—Oh, no, señor Dawson —le aseguró lady Bell en tono tranquilizador—, el señor Dawson, su padre, viene casi todas las noches. Dudo que esté buscándole.

Aloysius la miró con asombro, incapaz de digerir sobre la marcha la hipocresía de Jonathan. Robert aprovechó su pasmo para indicar a su pequeño grupo que avanzara. No pensaba quedarse más tiempo en ese pasillo al que cualquier cliente podía acceder. Lady Bell y el criado le obedecieron.

—¿A dónde vamos? —preguntó Aloysius, a la cola de la comitiva.

—Tú, a ninguna parte. O a dónde quieras. Yo tengo cosas que hacer.

—Por Dios, Burnsyde, no puedes dejarme aquí. ¡Te digo que si mi padre me encuentra será desastroso!

—¡Entonces, camina y cállate!

Bajaron las escaleras de servicio en silencio y atravesaron el semisótano donde se encontraban las cocinas y almacenes hasta llegar a la puerta trasera. En la calle, frente a ella, esperaba una berlina de alquiler. Ayudado por el sirviente, Robert colocó el baúl en uno de los asientos e hizo subir a Aloysius al del lado contrario. Antes de subir él, dio una generosa propina al criado y se inclinó para besar la mano de lady Bell.

—No sé cómo agradecerle su ayuda, señora.

—¡Oh, ni lo mencione!

—Recuerde: ni una palabra a nadie. Si se supiera la aventura de esta noche, la reputación…

—Lo sé, lo sé —le interrumpió lady Bell. Dirigió una mirada desconfiada a Aloysius y bajó la voz—: Puede contar conmigo, pero, señor Burnsyde…

—¿Sí?

—¿Ha tenido en cuenta el estado de la señorita? —susurró—. No puede aparecer así en una fiesta.

Robert la miró y asintió lentamente con la cabeza. Se volvió al cochero y le dio la dirección de lady Ashfield, cerró la portezuela de la berlina y se sentó junto a Aloysius con expresión pensativa.

—¿Vamos a la *rout* de los Ashfield? —preguntó Aloysius con timidez. El susto pasado parecía haberle serenado bastante, pero conservaba aún los ojos, las mejillas y la nariz sospechosamente enrojecidos por el alcohol.

Robert se volvió hacia él, le aferró la corbata y acercó su cara a la suya mirándole con fiereza.

—Escúchame, Dawson. Tú no has visto nada de lo que vas a ver, no sabes nada, no hablarás con nadie de esto, ¿entiendes?

—Pe… pero Robert, si no sé nada —respondió Aloysius, de nuevo asustado.

—Si hablas de algo de lo que ha pasado y pase esta noche, no volverás a ver a Fanny en tu vida, y yo mismo me encargaré de hacer saber a tu padre que eres un jugador empedernido y estás cargado de deudas.

—Pero, Robert, ¿por qué me hablas así? —se quejó Aloysius, completamente desconcertado—. Creía que éramos amigos.

—Jura que no dirás nada jamás.

—Pero si no sé qué estoy jurando.

—¡Júralo por tu vida! ¡Y por la de Fanny!

—¡Robert! —casi gritó Aloysius, escandalizado.

—¡Jura! —exclamó Robert con verdadera furia, acercando su puño al rostro de su amigo.

—¡Lo juro, lo juro! Nada de lo que suceda esta noche habrá pasado nunca para mí.

Robert le soltó y le miró muy serio hasta convencerse de su sinceridad. Entonces, le arregló un poco la corbata y le dio un golpecito en el hombro con una sonrisa amable.

—Buen chico. Ahora, mira.

Se echó hacia delante y abrió el baúl. Anikó sacó la cabeza y los hombros, apoyó las manos en los bordes y se sentó. Un sonido inarticulado de asombro salió de la garganta de Aloysius.

—Has sido brutal con él —recriminó la joven—. No hacía ninguna falta, Aloysius es mi primo y nunca me delataría. ¿Verdad, Aloysius?

—No, claro que no. Pero, Anikó, ¿qué es lo que pasa?

—Sé que suena increíble, pero me raptaron dos hombres enmascarados cuando estaba en casa de los Ashfield y me llevaron a ese lugar horrible en un cesto de ropa. Robert me rescató. Bueno, yo me desaté sola —terminó con un toque de orgullo.

—Sí que suena increíble —corroboró Aloysius, mirándola fascinado.

—Exacto —intervino Robert—. Por eso no vamos a contárselo a nadie, no se lo creerían y la historia de Anikó escapándose para pasar la noche en una casa de juego recorrería la ciudad.

—¡Oh, no, eso la hundiría! —dijo Aloysius con convicción.

—Así que vamos a devolverla a la fiesta antes de que nadie se dé cuenta de que ha desaparecido. ¿Qué hora es?

—Falta poco para las dos de la mañana —contestó Aloysius, consultando su reloj de bolsillo.

—¡Es muy tarde! —se horrorizó Anikó—. Tía Sophia debe de estar pensando en marcharse ya.

—Y tú no puedes entrar así por las buenas. ¿Cómo explicas por qué saliste? Y…, bueno, tu pelo y el traje… No tienes muy buen

aspecto, ¿sabes?

—No estás ayudando, Dawson, ¡cállate!

Los tres guardaron silencio los pocos minutos que tardaron en llegar a la residencia de los Ashfield. Anikó y Robert dándole vueltas al problema que se les presentaba y Aloysius, demasiado desconcertado para pensar, observándoles entre la incredulidad y la esperanza.

—Quedaos aquí. Voy a ver cómo están las cosas ahí dentro —dijo Robert—. Si alguien se acercara al coche, Aloysius, vuelve a cerrar el baúl.

Robert salió del coche, pagó al cochero y le adelantó una generosa cantidad para que esperara. Subió las escaleras de entrada y, encontrando la puerta abierta, dio su nombre al criado que la guardaba y pasó al recibidor. La fiesta seguía concurrida y animada, pero ya había en la estancia algunas personas esperando por sus sombreros y bastones. Dio un par de pasos hacia la sala y casi tropezó con Sarah, que cruzaba hacia el tocador. Había olvidado que su madre estaría también en la fiesta y sintió un alivio inexpresable al encontrársela. Sarah era una aliada fiable y segura.

—¡Mamá!

—¡Robert, hijo! No pensaba encontrarte aquí. ¿Por qué no me dijiste que vendrías? ¡Y tan tarde! Es un poco desconsiderado para con los Ashfield. ¿Has visto a Anikó? Sophia la estaba buscando, quiere retirarse ya.

—¡Ven! —respondió Robert. Y, sin más aclaración, la agarró del brazo y la llevó discretamente a un rincón.

—¿Qué…?

—Esto es una cuestión de vida o muerte, mamá, no preguntes. Haz lo que te pida, por favor, te lo explicaré luego.

Sarah miró a su hijo y vio en su cara una expresión de seriedad y determinación desconocida, muy distinta de su habitual ironía risueña. Le pareció que había madurado de repente, y su instinto le dijo que, fuera lo que fuera que se traía entre manos, era vital.

Esperó a que un grupo numeroso abandonara la casa y salieron mezclados con ellos.

—¿Sabes dónde esperan los coches?

—Suelen hacerlo en la avenida, junto al parque. Los criados van a avisarles allí cuando los invitados van saliendo.

Mientras hablaban, la conducía hacia la vieja berlina que esperaba un poco más allá de la casa, oculta en un tramo oscuro entre las farolas que iluminaban la calle.

—Sube, por favor.

Abrió la portezuela del carruaje y subieron los dos. Aloysius y Anikó se unieron a Sarah en un coro perfecto de exclamaciones de asombro.

—No tengo tiempo de explicártelo todo. Voy a por nuestro coche, lo traeré junto a este y Anikó y tú pasaréis a él evitando que os vean y os iréis a casa. Yo iré a buscar a lady Dawson y lady Ashfield. La historia es que te has sentido mal en el tocador y Anikó, a la que habías encontrado allí, me ha ayudado a llevarte al coche y ha insistido en acompañarte a casa.

Abrió la portezuela para salir del coche, se detuvo un instante y, antes de volver a cerrarla, añadió:

—Ellos te irán contado lo que ha pasado.

Salió corriendo hacia donde estaban los coches y en pocos minutos estuvo de vuelta con el de los Burnsyde, que emparejó con la berlina. No se quedó a supervisar el trasbordo, aterrado ante la posibilidad de que la ausencia de Anikó estuviera despertando curiosidad, corrió de nuevo a la casa y buscó a lady Dawson. La encontró en el centro de un pequeño corro de damas en uno de los salones.

—¡Hola, Robert, no sabía que estabas! ¿Has visto a Anikó? Llevo un rato buscándola, pero parece haber desaparecido.

—Precisamente venía a contárselo, lady Dawson. Mi madre fue al tocador y empezó a encontrarse mal, muy mareada. Su sobrina estaba allí, me avisó y mandé a buscar el coche. La señorita Dawson ha sido tan amable como para acompañarla a casa mientras yo las buscaba a usted y a lady Ashfield para explicárselo.

—¡Pobre Sarah! ¿Se encuentra muy mal? Me alegro de que Anikó haya podido ayudarla.

—¿Anikó estaba en el tocador? Qué extraño, yo la había buscado ya allí.

Era Grace Dawson, que al parecer había conseguido superar sus prejuicios contra las muchedumbres y acudido a la *rout*, la que hablaba.

—Debió de hacerlo antes o después de que ella y mi madre entraran, señora. Porque a mi madre tampoco la vio, ¿verdad? No, claro que no, si la hubiera visto, hubiera sido usted la que la hubiera ayudado.

—Seguramente fueron al tocador del piso de arriba, las dos lo conocen —adivinó lady Ashfield, ganándose sin saberlo la animadversión de las damas que, no estando informadas de la existencia de ese tocador, habían tenido que sufrir largas esperas para usar el de la planta baja.

—Lo que no acabo de entender —insistió Grace, mirando a Robert con una inquina que le sorprendió—, es por qué ha querido la señora Burnsyde que la acompañe Anikó, teniendo con ella a su hijo.

—Bien, señora —respondió Robert con recato—, no sé mucho de esos asuntos, pero creo que hay ocasiones en que las damas prefieren la asistencia de personas de su mismo sexo.

Sin planearlo, había sembrado el desconcierto entre el grupo de señoras. Solo acertaban a imaginar una situación que pudiera hacer preferir a la señora Burnsyde la ayuda de otra mujer, y hacía bastantes años que Sarah había dejado de correr peligro de encontrarse en ella. Aprovechó el silencio que siguió a sus palabras para añadir:

—Lady Ashfield, quería despedirme en nombre de mi madre. Ha sido una fiesta encantadora.

—¡Cuánto siento la indisposición de su madre! Transmítale mis mejores deseos de recuperación.

—Así lo haré, señora. —Con una última reverencia, Robert se volvió hacia la salida.

—¡Robert, espera un momento!

La voz de Sophia le detuvo. Cuando volvió la vista, la vio despedirse de su anfitriona y caminar en su dirección.

—Acompáñame al coche, ¿quieres?

—Por supuesto, lady Dawson.

Salieron a la calle y esperaron a que el criado a quien se había enviado a por el coche volviera con él. Sophia se alejó un poco de los otros grupos que también esperaban y aprovechó para susurrarle:

—¿Va todo bien, Robert? No he querido poner trabas a lo que fuera que tú y tu madre tramarais, pero me ha parecido un poco extraño.

—Y no sabe lo que agradezco que nos haya seguido el juego, señora —le contestó Robert, mirándola con afecto—, es lo mejor que podía hacer, se lo aseguro. Creo que sí, que ahora todo irá bien.

—¿Anikó está con tu madre? —preguntó Sophia, aún insegura.

—Sí, señora, se lo prometo. Se fue en nuestro coche con ella, como les dije.

Llegó el coche y, Sophia, que hubiera deseado seguir preguntando, no tuvo más remedio que subir a él.

—En cuanto el coche me deje en casa —dijo—, lo mandaré a buscar a Anikó.

—No hay necesidad, señora, la señorita Dawson puede quedarse en nuestra casa, al cuidado de mi madre. Yo me encargaré de devolvérsela mañana, sana y salva. Será lo mejor.

Lady Dawson dudó un momento, no muy convencida, pero aquella noche Robert no era el jovencito amable y algo irónico que solía ser, sino un hombre que parecía tener muy claro lo que hacía y por qué. Y, sin duda, estando con Sarah, era perfectamente correcto que durmiera en casa de los Burnsyde.

—Muy bien, Robert, gracias. Enviaré mañana a primera hora a su doncella con las cosas que pueda necesitar.

Con una sonrisa de despedida, subió al carruaje y este partió.

A pesar de su edad y categoría, o quizá precisamente por tener esta muy en cuenta, Briggs, el mayordomo de los Burnsyde, se obstinaba en ser él quien esperara despierto la vuelta de los señores y el que se asegurara, tras el regreso del último de la familia, de que todo quedara cerrado. Abrió la puerta a Robert y tomó su bastón y sombrero.

—Buenas noches, Briggs, ¿han llegado mis padres?

—Sí, señorito Robert, es usted el último.

—La señora venía acompañada de la señorita Dawson, creo.

—Sí, señorito —respondió Briggs con cara de palo—. Subieron las dos al dormitorio de la señora, mientras preparaban la habitación de la señorita Dawson. La señora dijo que usted se reuniría con ellas cuando llegara.

La expresión de Briggs dejaba bien claro que, aunque le era imposible expresarlo en palabras, consideraba extraordinaria la llegada de su señora con una joven dama en un estado deplorable.

—¿Les abrió usted la puerta? ¿Había alguien más del servicio despierto?

—Abrí yo, por supuesto. Todo el servicio se había retirado ya, señorito, salvo la doncella personal de la señora, que la esperaba para ayudarla a acostarse —respondió Briggs, entendiendo perfectamente la pregunta no formulada.

Nadie más que él y la señora Sanders, una mujer de toda confianza que llevaba con los Burnsyde tantos años como el propio Briggs, había visto el estado en que llegaba Anikó. Robert suspiró aliviado. Los mozos eran continuamente enviados de una a otra casa con invitaciones, mensajes y todo tipo de recados, y era frecuente que se les invitara a pasar a tomar una jarra de cerveza en la cocina. Los rumores y cotilleos se propagaban como el fuego entre ellos y, de ellos, a los señores de la casa.

—Todo está controlado entonces, ¿eh, Briggs? —dijo con una sonrisa de complicidad.

—Completamente, señorito —respondió él, permitiéndose a su vez una mínima sonrisa.

Briggs había encendido la vela de uno de los candiles que estaban en la mesa del recibidor, y se lo pasó a Robert, que lo cogió y, deseándole buenas noches, subió las escaleras hacia el dormitorio de Sarah y llamó a la puerta. Fue la señora Sanders la que la entreabrió y, al ver que era él, le dejó pasar con modos conspiratorios. Sarah y Anikó estaban ya preparadas para acostarse, las dos arropadas en batas de seda y con el pelo cubierto por gorritas de encaje.

—Por favor, Molly, vaya a ver si está todo listo en la habitación de la señorita Dawson —pidió Sarah. Y cuando la doncella salió, añadió

—: ¿Todo bien, hijo?

—Sí, madre. Lady Ashfield te manda deseos de recuperación y lady Dawson enviará a una doncella con ropa para Anikó mañana temprano.

Sarah dirigió la vista hacia Anikó, que les escuchaba sentada en una silla, luchando con el sueño.

—Anikó me ha contado su increíble historia. Tu padre estaba ya acostado cuando llegamos, pero mañana tendremos que contársela.

Un discreto toque en la puerta anunció que la doncella personal de Sarah estaba fuera.

—Robert, es hora de que te vayas. Asegúrate de que mañana tu padre no salga antes de que hablemos con él.

Capítulo XXIII

Robert durmió poco y mal, sin conseguir apartar de su mente lo sucedido esa noche. Se despertó más temprano que de costumbre, e incapaz de permanecer en la cama, se vistió y bajó al comedor de desayuno casi una hora antes de lo habitual. Dos doncellas colocaban platos y cubiertos sobre la mesa y le miraron confusas al verle aparecer.

—Lo sé —dijo él con una sonrisa—, he bajado a una hora inhumana. Terminen con calma, por favor. Esperaré en la biblioteca, pero agradecería que me llevarán allí una primera taza de té.

Había bajado el libro de viajes que estaba leyendo, pero se sentía incapaz de concentrarse en él. Al cabo de diez minutos de lectura infructuosa, se levantó y se acercó a la ventana, donde se quedó, con la mirada perdida, pensando.

Así lo encontró Anikó, que había madrugado por las mismas razones que él, y a la que las doncellas habían informado de su presencia en la biblioteca. Lady Dawson había cumplido su promesa y su doncella personal había llegado al alba con una muda de ropa y objetos de aseo, así que fue una joven algo ojerosa, pero correctamente vestida con un impoluto traje de muselina azul celeste, la que entró y cerró la puerta.

—Señor Burnsyde —dijo, titubeando y ruborizada. Pero se corrigió a sí misma y añadió tímidamente—: Robert…

Él se volvió y, sin decir palabra, abrió los brazos. Anikó corrió a refugiarse en ellos con una exclamación que mezclaba alivio y felicidad. Permanecieron estrechamente abrazados unos segundos hasta que él le puso la mano en la barbilla y le alzó la cara hacia él. Los ojos de Anikó, sin duda su mejor rasgo, refulgían con destellos dorados a la luz que entraba por la ventana.

—No sabía si… lo de ayer…

—¿Pensabas que tengo por costumbre besar a todas las damiselas a las que voy rescatando de sus prisiones?

—¿Has salvado a muchas?

—¡Oh, unas cuantas! Pero no las beso.

—Me alegra mucho saberlo.

Quizá hubiera añadido algo, pero no pudo porque Robert la besó de nuevo. Un beso sedado, intenso y profundo al que ella respondió por puro instinto, dejándose llevar y explorar, explorando a su vez. Lo cerró él, escapando para recorrer con los labios la línea de su mandíbula y acariciarle con la lengua la oreja. Anikó suspiró y se acurrucó entre sus brazos.

—¿Sabes que esto es completamente inapropiado, ¿no? —le susurró él con severidad en la misma oreja que estaba mordisqueando—. No he pedido permiso a tu tío para dirigirme a ti.

—¡Por favor, hazlo cuanto antes!

—Lo haré. Ahora que lo pienso —reflexionó Robert, divertido—, en realidad tampoco me he dirigido a ti. ¿Quieres casarte conmigo?

Un golpecito en la puerta les hizo separarse a toda velocidad. El ubicuo Briggs apareció en el umbral.

—Sus padres están ya sentados a la mesa, señorito —anunció con la cara de palo que asumía en los momentos en que se requería su discreción.

La mesa del desayuno era un lugar demasiado público para hablar de otras cosas que no fueran banalidades, pero, cuando acabó, los cuatro comensales se encerraron en la biblioteca. Allí, Benjamin Burnsyde escuchó el relato de Anikó y Robert sin interrumpirlos, con el ceño fruncido en una expresión que mezclaba el asombro y la preocupación. Cuando terminaron, él y su esposa se miraron, y miraron a los dos jóvenes largo rato antes de hablar.

—Nunca pensé que te preguntaría esto, Robert, pero tengo que hacerlo. ¿Me aseguras que las cosas sucedieron como las describes?

—Sí, señor, no he dicho más que la verdad.

—Y tú, Anikó, ¿no has cambiado nada?

—No, señor, lo he contado como fue.

El señor Burnsyde miró a su esposa y se entendieron sin palabras.

—Esto es muy serio, Anikó. Lo mejor será que te acompañemos a casa, tus tíos tienen que saberlo cuanto antes.

Un discreto toque en la puerta precedió de nuevo la entrada de Briggs, que anunció a lady Ashfield y la señora Dawson. Las damas entraron en la sala de Sarah poco después, Grace primero, con una expresión combativa, tras ella lady Ashfield, un poco azorada. Las dos buscaron con la mirada a Anikó, que se sentaba junto a Sarah en el sofá, y al verla, el azoramiento de lady Ashfield se intensificó, mientras que Grace se detuvo asombrada.

—Lady Ashfield, señora Dawson, qué agradable sorpresa —dijo Sarah, levantándose y extendiendo la mano mientras su hijo y esposo inclinaban las cabezas y Anikó, levantándose a su vez, hacía una graciosa reverencia.

—Señora Burnsyde, tiene que disculparnos —balbució lady Ashfield, dirigiendo una mirada de soslayo a Grace—. Es una hora muy temprana, totalmente inapropiada para visitas, pero quedamos tan preocupadas por usted anoche…

—¡Oh! Les agradezco muchísimo su interés —aseguró Sarah, un tanto sorprendida. Con una agilidad mental que hizo que su hijo la mirara con orgullo, prosiguió—: Ya ven que me he recuperado. No sé qué me pasó, quizá fui imprudente, hacía calor en la sala y bebí mucha limonada helada. El caso es que mi estómago decidió que no era capaz de digerir los deliciosos *rout cakes* que había tomado, me temo que en exceso. Pasé unas horas espantosas, pero esta mañana ya me encontraba bien.

—Menos mal que tenía a Anikó para asistirla —dijo Grace, mirando a la joven de reojo.

—Sí… ¡Pobre Anikó! ¡Su vestido hecho una ruina! Y el mío, claro, pero eso era de esperar. Tendrás que permitir que te compre otro, querida.

—¡Oh, señora, no tiene ninguna importancia!

Volvieron a llamar a la puerta y, de nuevo, Briggs anunció la llegada de visitas, dos de las señoras de edad con las que Sarah y Sophia habían pasado la velada. Como lady Ashfield y Grace, las dos centraron su atención en Anikó, que, recuperada de sus aventuras de la noche anterior, estaba encantadora en su vestido azul, sin más adornos que un volante de gasa en el cuello y las cortas mangas abullonadas. De nuevo, se repitieron las excusas por la visita

intempestiva y se agradeció el interés, y apenas habían iniciado una conversación, cuando Briggs anunció la llegada de otra de las contertulias de la noche anterior.

Tardaron más de una hora en deshacerse de todas las visitantes, así que no fue hasta la hora de la comida que pudieron salir. Media hora después, estaban los cuatro en la sala de los Dawson, que escuchaban conmocionados la historia que los dos jóvenes contaban por segunda vez.

—Anikó, hija… —dijo titubeante un sir Henry repentinamente envejecido, que se detuvo sin saber cómo ni si debía continuar.

Sophia sabía qué era lo que preocupaba a su esposo y por qué tenía dificultad para expresarlo en palabras.

—Hay que saberlo, Henry. Tenemos que saberlo todos, si hay que proteger a Anikó de las consecuencias de esta aventura. Se inclinó hacia delante y tomó la mano de su sobrina.

—Entiendo que será muy difícil para ti decírnoslo, pero ¿alguno de los hombres intentó sobrepasarse contigo?

—¡Oh, no, tía! —negó Anikó con vehemencia—. Al contrario, el único que se me acercó me dijo que no tenía que tener miedo, que no me tocaría ni con la punta de un bastón… ¡Oh! —exclamó, con un repentino recuerdo—. Es lo mismo que me dijo el señor Martinson: que no me pasaría nada.

Sophia miró a su esposo, que parecía tan aliviado como ella, y, con expresión de perplejidad, añadió:

—Pero entonces, ¿qué sentido tiene todo esto? Si no fue un acto de pasión, si no tenían ánimo de forzarla, ¿qué sentido tiene ese secuestro en medio de una fiesta?

—No fue algo improvisado, lady Dawson —intervino Robert con convicción—, estaba planeado. No hay pasión en lo que hicieron, sino cálculo.

—Pero, Robert, ¡en medio de una fiesta en una casa particular!

—Una *rout* con cientos de invitados a la que era sencillísimo ganar acceso sin ser identificado. Anikó no sale nunca sola de casa. Normalmente la acompañan usted o su tía Grace y van en coche cerrado, con cochero y lacayo, a un lugar igualmente cerrado y vigilado, una residencia privada o el teatro.

Robert se había puesto en pie y cruzaba de lado a lado la habitación mientras hablaba.

—Que yo sepa, solo en dos ocasiones ha estado en lugares llenos de extraños y en los que se ha alejado del grupo con el que estaba: en los jardines Vauxhall y anoche, en la *rout*. Y en las dos ha sido atacada.

Sus cuatro oyentes le escuchaban asombrados. Sir Henry se pasó la mano por la cara, como queriendo borrar un recuerdo desagradable, antes de objetar:

—Pero lo de los jardines Vauxhall fue distinto. Quiero decir, el joven Martinson buscaba lo que buscaba.

—¿Usted cree, señor? ¿Y qué buscaba exactamente? Ya ha oído lo que le dijo a Anikó. Paseó con ella por la arboleda sin tocarla y eligió sobrepasarse en medio del Camino del Sur, por donde pasan de continuo viandantes.

Ninguno de los Dawson había reparado en ese extraño detalle hasta que Robert lo mencionó, ni tenía explicación que ofrecer.

—Esto no es la acción de un loco enamorado, hay alguien que tiene designios sobre Anikó, ¡pero no sé cuáles! —terminó Robert, exasperado.

—¿Recuerdas a tus asaltantes? —preguntó Benjamin, con más serenidad que su hijo—. ¿Podría ser uno de ellos Martinson?

Anikó se concentró en el recuerdo. El asalto había ocurrido tan de sorpresa, y le habían pasado tantas cosas después esa misma noche, que le resultaba difícil recordar. Cerró los ojos y se centró en el primer recuerdo, los hombres tal y como los había visto en el espejo al entrar.

—Uno de ellos vestía la librea de los sirvientes que había contratado lady Ashfield, de eso estoy segura —respondió después de un momento—. El otro vestía como un caballero. Podría haber sido el señor Martinson, pero no estoy segura. No, no lo sé. Tendría que volver a oír su voz.

—Quienesquiera que fuesen, tenían acceso al establecimiento de lady Bell también —apuntó sir Henry—. No solo eso, estaban lo suficientemente familiarizados con él como para conocer la existencia de ese trastero.

—Sí, pero ¿quién? ¿Ralph Martinson? —preguntó de nuevo Benjamin—. ¿Qué puede tener ese joven contra Anikó, si apenas la conoce? Podía creerle capaz de propasarse con ella en los jardines, pero… ¿un secuestro?

—No lo sé, padre. No consigo entender esto.

El mayordomo llamó a la puerta para anunciar al señor McIntyre. Este entró con una expresión preocupada, que se transformó en una mirada escrutadora al ver que Sarah se encontraba allí. Apenas esperó a que la puerta se cerrase de nuevo para preguntar:

—¿Qué pasó ayer, Henry? Me han llegado las historias más extraordinarias.

No tenía sentido disimular. Sir Henry le narró lo sucedido y le preguntó a su vez por lo que le habían contado.

—Corre el rumor de que Anikó se fue de la fiesta, que se escapó con algún pretendiente indeseable —explicó McIntyre—, y que cuando los Burnsyde se enteraron por un criado, se inventaron la historia de su indisposición para cubrirla.

—Pero Anikó estaba en nuestra casa esta mañana. ¡Por Dios, señor, desfilaron por ella una docena de esas buenas señoras para comprobarlo! —Robert había hablado sin pensar, pero al hacerlo compendió, y con él todos los presentes, que esa había sido la razón fundamental de las visitas matutinas, comprobar la presencia de Anikó.

—Debería haber sido suficiente para silenciar a los chismosos, ¿verdad? Pero no. Se supone que alguien, Henry, probablemente, salió en su busca y la recuperó de manos de su galán.

—Cuando iban camino de Gretna Green, supongo —dijo Robert, con ironía malhumorada.

—Eso lo supondrán solo los mejor intencionados —respondió McIntyre, con aún más acidez—. Los demás preferirán suponer que la encontró en un cuartucho miserable y, preferiblemente, cuando ya no había vuelta atrás.

El mayordomo anunció nuevas visitas y lady Shelby y dos de sus íntimas amigas aparecieron en el umbral. De nuevo, se cumplió el ritual de saludos, cada vez menos entusiastas por parte de los visitados, y una vez sentadas las señoras, iniciaron la ronda de

preguntas destinadas a averiguar qué había de verdad en el sabroso rumor que les había llegado.

—Fíjate que creía que no habías ido a la *rout*, querida —comentó una de ellas a Anikó—. Vi a tu tía, desde luego, pero no a ti. Y eso que siempre me llama la atención la gracia con que bailas.

—Es usted demasiado amable, señora, yo no creo que se me dé tan bien bailar.

—Sí que estaba, Mary —la contradijo una de sus amigas—, yo la vi al principio de la velada, cuando bailaba con John Wrangler, aunque es verdad que luego no la vi más. Podría decirse que desapareció —terminó con una risita falsa.

—¡Ah, pero estuvo allí cuando más se la necesitaba! —intervino la tercera—, para socorrer a la querida señora Burnsyde. Fue una demostración de devoción nada usual, decidirse así a acompañarla a su casa, sin ni siquiera consultar a su tía antes.

—Muy inusual, no siendo familia. Demuestra un gran corazón, sin duda, aunque quizá no tanta consideración hacia su tía.

Robert había escuchado con creciente impaciencia e irritación los sucesivos aguijonazos, viendo cómo Anikó se encogía ante ellos y Sophia hacía esfuerzos por no llegar a las lágrimas. Al final, no pudo más. Se puso de pie y, en dos zancadas, se situó tras la silla de Anikó y le puso una mano posesiva y protectora en el hombro.

—Entiendo que les extrañe, señoras, porque no tienen todos los datos. Les pido discreción, porque aún no lo hemos anunciado oficialmente, pero me complace que sean las primeras en saber que la señorita Dawson me ha hecho el honor de aceptar mi proposición de matrimonio.

El anuncio cayó sobre la concurrencia como una pesada piedra sobre la superficie de un estanque. Los rostros de sus padres, sir Henry y lady Dawson reflejaron el mismo asombro que los demás, que transformaron casi de inmediato en inexpresividad, y de ahí en sonrisas de complacencia bastante logradas. Daba igual, las señoras solo tenían ojos para la joven pareja y esta no las decepcionó. Anikó levantó hacia Robert una carita deslumbrada y él bajó hacia ella la suya desbordada de ternura. Las damas suspiraron complacidas. Habían llegado buscando una historia escandalosa que hubiera

hecho trizas la reputación de esa chiquilla, pero no eran inmunes al verdadero amor, y era indudable que esos jóvenes se querían.

—Como comprenderán, Anikó, la señorita Dawson —las señoras intercambiaron sonrisas ante el desliz de enamorado— no estaba asistiendo a una persona ajena a la familia, sino a su futura madre.

Las señoras asintieron con la cabeza. Era una explicación más que razonable y, sobre todo, restaba cualquier verosimilitud al increíble rumor que las había llevado a la casa. Era posible llegar a creer que los Burnsyde, por amistad hacia los Dawson, estuvieran dispuestos a colaborar para ocultar un escándalo que afectara a la reputación de la señorita Dawson, pero nunca, nunca, consentirían que su hijo mayor, el heredero, contrajera matrimonio con una jovencita cuya reputación fuera algo menos que intachable.

El resto de la visita transcurrió en un ambiente muy distinto. Anikó había pasado de ser una jovencita de virtud bajo sospecha a la afortunada prometida de uno de los jóvenes solteros más cotizados del mercado matrimonial. Los Burnsyde eran una familia antigua y acaudalada, con extensas propiedades y conexiones familiares con las más nobles casas del Northamptonshire. En el grupo reunido en la sala de los Dawson, se encontraban, aparte de Eliza Shelby, las esposas de otros dos pares del reino, y cualquiera de las dos hubiera visto con sumo agrado a una de sus hijas o sobrinas en el papel de la señorita Dawson. El que había sido un día de dura prueba para Sophia terminó con la tarde de su triunfo. Era felicitada y envidiada, y si no fuera por su convicción de que Robert había actuado por mera caballerosidad, lo hubiera disfrutado inmensamente.

Pero esa duda planeaba sobre las dos parejas de más edad y convertía en forzadas las sonrisas con las que aceptaban los parabienes. Cuando por fin las damas dieron por acabada su visita y se marcharon, arrastrando con ellas al señor McIntyre, cayeron en un silencio incómodo, que rompió sir Henry con un carraspeo preparatorio.

—Robert, muchacho —dijo, con voz forzada—. Has hecho ya más por Anikó de lo que jamás podremos agradecerte. No puedo consentir ahora que te sacrifiques…

—Sir Henry, debo pedirle doblemente perdón —le interrumpió Robert.

—¿Perdón? ¿Tú… a mí?

—Sí señor. En primer lugar, por haberme dirigido a su sobrina sin pedir antes su autorización. Y, en segundo, por la enorme descortesía hacia lady Dawson y usted, y también hacia mis padres, que ha supuesto anunciar nuestro compromiso a terceras personas casi antes que a ustedes.

—¿Quieres decir que tú y Anikó habíais hablado ya? —preguntó Sophia con un alivio evidente.

—Sí, señora, también a usted le pido disculpas.

—En realidad, no —intervino Anikó.

—¿No? Entonces…, ¿no es cierto que Robert te haya propuesto matrimonio? —la interrogó sir Henry con severidad.

—Sí me lo propuso, pero no le he podido contestar —explicó mohína—. ¡Siempre nos interrumpen antes de tiempo!

Su mezcla de inocencia y desparpajo les hizo soltar una carcajada que alivió la tensión almacenada durante la jornada.

—¿Podemos saber qué tienes pensado contestar? —preguntó Benjamin con una sonrisa.

—Que sí —contestó Anikó con toda candidez—. Pero me gustaría hacerlo pronto, porque, aunque dice que no besa a todas las muchachas a las que rescata de los trasteros, preferiría que no se sintiera con libertad de hacerlo.

La respuesta fue de nuevo recibida por un coro de carcajadas. Sir Henry, rejuvenecido de repente, se levantó y se dirigió a Robert, extendiendo la mano.

—Aunque llegue un poco tarde, tienes mi autorización y todas mis bendiciones, muchacho.

—Gracias, señor. Puede estar seguro de que haré todo lo posible por hacer feliz a su sobrina.

—Yo también voy a hacer todo lo que pueda por hacerle feliz a él —prometió Anikó a Sarah y Benjamin con toda solemnidad—. Y a ustedes y a Charlie también. ¡Hasta a los tíos Jonathan y Grace, si puedo!

Benjamin sonrió a la joven con simpatía, pero luego se puso serio otra vez.

—Creo que con vuestro compromiso se callarán las chismosas, pero seguimos sin saber quién está detrás de los ataques que has sufrido, querida. Y aún peor, no tenemos ni idea de cuáles son sus razones.

—No consigo imaginar que haya alguien capaz de hacerle esto a nuestra niña —gimió Sophia, frotándose la frente con la mano, en un gesto que parecía querer librarse de ese pensamiento horrible—, pero me da igual. No voy a arriesgarme. Nos volvemos los tres a Fernwell de inmediato.

—No es posible, querida —dijo Sarah con suavidad—. El anuncio de Robert acallará los rumores, pero, si hacéis algo tan inusual como escaparos al campo inmediatamente después, pueden renacer. No, tenéis que quedaros, y Robert y Anikó tienen que dejarse ver. Al fin y al cabo, serán la pareja del momento.

Sir Henry la escuchó y asintió con la cabeza, convencido por su sensatez.

—Nos quedamos. Mañana mando el anuncio al *Morning Post* y, tan pronto como seas capaz de organizarlo, querida, daremos un gran baile para celebrar el compromiso. Y desde mañana hasta que salga de la rectoría y os vayáis de viaje de novios, Anikó no debe pasar un solo minuto sola.

Anikó carraspeó delicadamente. Todas las miradas se volvieron hacia ella, que se sentaba al borde de su silla con la mirada baja, las piernas bien juntas desde las rodillas a los tobillos y las manos unidas delicadamente en el regazo. Toda una imagen de modosidad.

—Solo querría recordar —anunció— que todavía no he podido decirle que sí a Robert.

Robert se situó frente a la silla, hizo una elegante reverencia y, con una sonrisa torcida, preguntó:

—¿Aceptaría dar conmigo un paseo por el parque mañana temprano, señorita Dawson?

—Si mi tía no ve inconveniente, señor Burnsyde —respondió Anikó, lanzando una mirada traviesa de Robert a Sophia.

—¡Anikó, criatura descarada! —rio Sophia—. Ve, por supuesto. Pero aún no se ha publicado el anuncio de compromiso, así que os acompañará un criado. Me sentiré más segura así, además.

Capítulo XXIV

Los siguientes fueron días felices, pero también agitados, porque la noticia del compromiso de Anikó y Robert recorrió como una ola la ciudad, o al menos sus salones más elegantes, enterrando cualquier sospecha que los rumores hubieran levantado y convirtiéndolos en la pareja del momento, la más buscada, la que se deseaba encontrar en todas las fiestas.

La aparente ausencia de la señorita Dawson de los salones durante buena parte de la velada de los Ashfield tenía una explicación simple y romántica. ¿Quién no entendía que, acabando de prometerse, los dos jóvenes hubieran buscado un rinconcito apartado en el que cogerse de las manos en paz? Y si acaso habían ido un poco más allá de cogerse las manos, quién sabe, quizás hasta el beso, bueno, la buena sociedad relajaba bastante su estricta supervisión de la conducta de una joven cuando la respaldaba un suelto en las noticias de sociedad del *Morning Post*.

La orden de sir Henry se cumplía estrictamente y Anikó nunca estaba sola. Ni siquiera se atrevían a que saliera con otras jovencitas sin más escolta que una doncella, e incluso cuando paseaba con Robert por el parque, los acompañaba un mozo, colgado incómodamente detrás del elegante carrocín. El arreglo no era precisamente cómodo para los dos jóvenes, que solo podían disfrutar de alguna intimidad cuando, en casa de uno u otro, la dueña de la casa encontraba una razón para abandonar la sala en la que actuaba oficialmente de carabina. Afortunadamente para ellos, tanto Sarah como Sophia encontraron en esos días múltiples asuntos domésticos que las reclamaban fuera de la sala, y las dos se volvieron extrañamente ruidosas y torpes a la hora de abrir y cerrar puertas. Fue en uno de esos momentos de intimidad cuando Robert se atrevió a confesar:

—¿Sabes? Durante un tiempo creí que Charles y tú…

—¡Charles! —exclamó Anikó, asombrada. Reflexionó entonces un momento y, con la nueva y extraña madurez que parecía haber adquirido en la última semana, añadió—: Sí, supongo que podía parecerlo. Estábamos siempre juntos, ¿verdad?

—Verdad.

Anikó le cogió la cara entre las manos y le besó. Un beso que empezó siendo un gesto de dulzura y acabó en otra cosa, algo que la asustaba y maravillaba al mismo tiempo, que la engullía y del que salía con la respiración acelerada y el cuerpo recorrido de abajo arriba por una sensación desconocida y ardiente que la hacía estremecerse y le cerraba la garganta. Sus labios se separaron por fin, pero siguieron muy cerca, frente contra frente, mirándose a los ojos en silencio.

—Charles ha sido la primera persona de mi edad con la que he tratado —explicó muy bajito—. Mi abuelo no se relacionaba con los terratenientes de la zona, todos austriacos o alemanes, y mi tía abuela Bertha no me dejaba jugar con los niños del pueblo. Él ha sido mi primer amigo, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo.

—Íbamos a volver juntos a Bácsalmás —recordó Anikó, nostálgica —. Recuperaríamos las propiedades del abuelo y criaríamos caballos.

—Los famosos caballos húngaros —sonrió Robert, apoderándose de un rizo que le rozaba la nariz y enredándoselo en el dedo—. A Charles le parecería un plan maravilloso.

—Le engañé —confesó ella, contrita—. Los caballos se crían sobre todo en la zona central. Bácsalmás es tierra de vino y cereales.

—¿Qué hubieras hecho cuando llegarais allí y lo descubriera?

—Creo que en el fondo sabía que nunca llegaríamos a ir. Y ahora estoy segura. Seré la señora Burnsyde, de Burnsyde House, y tendré decenas de pequeños Burnsydes, todos muy ingleses y nada románticos.

Robert se disponía a demostrarle que algunos ingleses conservaban su romanticismo cuando un pequeño estrépito y una exclamación les hicieron separarse a toda velocidad. Sophia les encontró sentados en el mismo sofá en que los había dejado,

absortos ojeando un artículo de arquitectura en el *Ackermann's Repository of Arts* y les dirigió una amable sonrisa de disculpa.

—Cada día estoy más torpe —comentó—. He dejado caer todas las revistas que traía.

Con la tranquilidad de saber que estaba continuamente vigilada, Robert no puso obstáculos al deseo de su madre de que visitara de nuevo Sawston Hall y les trajera noticias de Charles, e hizo el viaje cargado de los libros y reconstituyentes que sus padres, cada uno por su lado, habían considerado que ayudarían a la convalecencia de su hijo. Solo cuando llegó a Sawston Hall y fue efusivamente felicitado por sus anfitriones, se dio cuenta de que no se le había ocurrido escribir a Charles con la noticia de su compromiso y de que, seguramente, su hermano, como ellos, se habría enterado por el *Morning Post*. Subió a su habitación convencido de que iba a recibir una bronca por su descuido, pero no había tenido en cuenta a su madre: Sarah sí se había acordado, y más aún, había tenido la sensibilidad de ofrecer a Anikó que añadiera una carta suya a la que ella enviaba. Siendo así, su hermano le felicitó efusivamente y le aseguró que no podía encontrar una esposa mejor que Bertie, que tenía mucho más empuje y sensatez de los que normalmente se podía encontrar en las jóvenes y de la que al menos se podía estar seguro de que no iba a estar sermoneándole a uno. De ese último comentario, y del hecho de que la conversación posterior de su hermano versara principalmente sobre caballos y caza, y de sus quejas ante la imposibilidad de volver a Cambridge con Edward, Robert dedujo que los encantos de lady Elizabeth estaban empezando a palidecer. Calló discretamente y pasó la velada jugando al ajedrez con él, y a la mañana siguiente, tras escuchar el informe del médico, al que lord Sawston había mandado llamar, volvió a Londres con la seguridad de que Charles se estaba recuperando perfectamente y que lo peor que saldría de su percance serían sus malos resultados del cuatrimestre.

Acababa de entrar en Picadilly Circus cuando divisó a lady Bell caminando por la acera, cargada de paquetes. Detuvo el carrocín a su altura y la saludó con una inclinación y un floreo de su sombrero de copa. La buena señora enrojeció de satisfacción. Muchos de los

caballeros que visitaban por las noches sus salones le negaban el saludo cuando se la encontraban en la calle, pero no el joven Burnsyde. Eran gestos como ese los que le habían ganado el afecto de la señora.

—¿Puedo acercarla a su casa, lady Bell?

—Oh, sí, muchas gracias, joven. Creo que me excedí con las compras y ya no tengo edad para cargar tanto paquete.

El mozo había saltado del asiento para ayudarla a colocar los paquetes y subir a sentarse al lado de Robert. Este, solícito, colocó sobre las rodillas de la dama una manta totalmente innecesaria en una primavera más que avanzada. Después, en un impulso, ordenó al mozo que volviera por su cuenta a casa y animó a los caballos. No había pensado antes en ello, pero al verla se le ocurrió que quizá la buena mujer le pudiera dar la pista que le llevara hacia las personas que habían asaltado a Anikó.

—Lady Bell, la otra noche no me dio tiempo a agradecerle como debía su ayuda y discreción —dijo.

—Lo hizo, lo hizo. Y yo me alegré de haber podido hacer algo por esa señorita. ¡Pobre, tan joven! —Lady Bell era muy aficionada a las novelas góticas y románticas, y se dejó llevar por sus lecturas al añadir—: ¡Secuestrada en medio de una fiesta, arrancada como quien dice de los brazos de su madre!

—Podía haber sido desastroso, pero, afortunadamente y gracias a usted, todo acabó bien. Quiero trasmitirle el infinito agradecimiento de la familia de la joven, lady Bell.

La sonrisa de satisfacción de lady Bell decía mucho de la generosidad de espíritu de la señora, y también de su necesidad de ser tratada con consideración por los que en una vida anterior habían sido sus pares.

—No fue nada, cualquiera hubiera hecho lo mismo.

—Hay una cosa que nos ha tenido intrigados, señora. ¿Cómo pudieron esos maleantes entrar en la casa y subir hasta el trastero sin ser vistos? ¿Y cómo se harían con la llave?

Lady Bell lanzó un suspiro cargado de desolación ante la perversidad del género humano.

—No me gusta acusar a nadie sin pruebas, señor Burnsyde, pero debo decir que uno de mis criados se fue de la casa esa mañana sin avisar. Se llevó todas sus cosas, por lo que no espero volverle a ver.

—¿Tenía acceso a la llave?

—Había una copia colgada en la cocina. Al fin y al cabo, se trata de un trastero lleno de objetos sin valor. Y, claro está, a los demás criados no les hubiera resultado extraño verle llevar una cesta de ropa de un lado a otro.

—¿Puede darme más datos del hombre en cuestión? ¿Su nombre, una dirección? ¿Trajo referencias de algún empleador anterior?

Lady Bell movió negativamente la cabeza y explicó que una pequeña crisis doméstica le había obligado a contratar recientemente a algunos criados sin referencias. Habían llegado a la puerta de la casa de la señora y Robert, disimulando la frustración que sentía, saltó al suelo para ayudarla a bajar. Después de esperar a que le hubieran abierto la puerta, se despidió con la misma cortesía con la que la había saludado y se fue, dejando a los caballos salir al paso mientras daba vueltas a lo poco que la señora le había podido decir.

El criado no era más que un peón, seguramente fue comprado. Había alguien detrás, alguien vestido como un caballero y que fue capaz de pasar por tal para ser admitido en casa de los Ashfield. Pero ¿quién? Recordó lo que había dicho sir Henry, quienquiera que fuera, conocía el establecimiento de lady Bell, lo frecuentaba tanto que conocía su distribución y trataba lo suficiente a los criados como para poder elegir al que considerara sobornable. La idea se abrió paso súbitamente en su mente: ¡Jonathan Dawson!

Lady Bell les había contado que el señor Dawson iba a su casa de juego casi todos los días. Y conocía a Martinson, había sido él quien se lo presentó a Anikó. Si no lo hubiera conocido en su casa, ella nunca hubiera aceptado su compañía en los jardines Vauxhall. ¡Jonathan Dawson! Pero ¿por qué? ¿Por qué iba Dawson a secuestrar a su propia sobrina?

Afortunadamente, los caballos conocían el trayecto y lo recorrían por sí solos de buen grado, deseosos de llegar al establo, porque Robert había dejado de prestar atención a las riendas. ¿Qué quería

Dawson de Anikó? Eso era fácil de contestar: quería las veintitrés mil libras que había dado por suyas y lo que en el futuro le dejara el señor McIntyre. Había una forma de conseguir ambos objetivos: comprometer la reputación de Anikó de tal forma que tanto el señor McIntyre como su propio tío la repudiaran o, al menos, tanto que ningún caballero de buena familia estuviera dispuesto a aceptarla como esposa. Aloysius le había dicho que su padre le empujaba a declararse a Anikó, pero también que la odiaba. Era más que posible que prefiriera conseguir sus objetivos desacreditándola antes que aceptándola como nuera. Por eso había dicho Martinson que no tenía nada que temer. Por eso la había abrazado en el sitio más público. No intentaba propasarse con ella, intentaba hacerla parecer una fresca. Y por eso no la había tocado el enmascarado que la dejó en el trastero. No tenía interés en ella, era un encargo. El plan debía de ser liberarla a mitad de la noche y que Anikó atravesara las salas de juego en un momento en el que estuvieran abarrotadas. Que la vieran pasar con aspecto de estar algo embriagada y del brazo de un caballero. ¿Quién hubiera creído la increíble historia del secuestro?

Los caballos se detuvieron por sí mismos frente a la puerta de la casa familiar y un arrapiezo corrió a sujetarlos sabiendo que le esperaba una propina, pero Robert permanecía sentado con las riendas en la mano, mirando al infinito, sin terminar de creer la solución que la lógica le dictaba. Un desabrido: «¿Se ha quedado dormido, señorito?», por parte del golfillo le hizo consciente de su entorno. Le dio una moneda sin mirarla, le prometió otra igual si esperaba a que saliera el mozo de cuadras, subió las escaleras y golpeó la aldaba.

Capítulo XXV

Como de costumbre, Briggs parecía haber adivinado la llegada de un miembro de la familia y abrió la puerta de inmediato.

—Buenas tardes, señorito. ¿Puedo preguntarle cómo encontró al señorito Charles?

—Recuperándose a toda velocidad, Briggs, muchas gracias. Dígame, ¿quién está en casa?

—La señora, señorito Robert; con lady Dawson y la señorita Anikó.

—¿Mi padre?

—En su club, señorito, no pensaba venir hasta la noche.

Le hubiera gustado pedir consejo a Benjamin, pero tendría que esperar a la noche. No era, desde luego, una sospecha que pudiera comunicar a las damas, así que subió a lavarse y cambiarse la ropa de viaje, hizo un esfuerzo consciente por adoptar una expresión despreocupada y fue a encontrarse con ellas en la sala de su madre. Algo, sin embargo, notó Sarah que le hizo exclamar:

—¡Robert! ¿Qué ocurre? ¿Charles…?

—Tu hijo está perfectamente, madre. Si algo le duele, son las cinco derrotas consecutivas al ajedrez que le infligí ayer.

Anikó le miraba con la cabeza ligeramente ladeada, y cuando él hubo saludado a su madre y su futura tía con sendos besos y se dirigió a ella con una sonrisa en la que no hubo esfuerzo alguno, sonrió también y dejó que le besara la mano con exagerada galantería sin hacer comentarios. Robert se sentó junto a ella, reteniendo disimuladamente su mano, y dio una descripción detallada del estado de su hermano, tal como Charles lo percibía y como el médico le había explicado a él.

Briggs entró con una bandeja de sándwiches y una botella de clarete, que dejó en la mesa junto a Robert, sirviéndole la primera copa. Sarah, tranquila ya, le animó a comer y reanudó su conversación con Sophia. Anikó aprovechó la ocasión para inclinarse hacia él y preguntar:

—¿Qué es lo que ha pasado que no quieres decirle a tu madre?

—No… —empezó negando Robert, pero al darse cuenta de que sería inútil, prefirió la sinceridad—: Es algo que tampoco puedo decirte a ti.

—A mí puedes decirme cualquier cosa. Ese ha sido siempre el trato.

—Creo que el trato era que tú podías decírmelo todo a mí.

—Ese era el trato cuando tú me considerabas una niña, la amiguita de tu hermano. Ahora voy a ser tu esposa.

Tenía razón y, además, pensó Robert, que Anikó supiera de dónde venía el peligro la ayudaría a protegerse de él.

—Luego te lo cuento —susurró—. Es un poco largo.

Anikó asintió con la cabeza y los dos volvieron su atención a la conversación entre las damas, que comentaban los preparativos del próximo baile de los Dawson, el que celebraría el compromiso matrimonial.

—Hemos mandado doscientas quince invitaciones para el baile, incluyendo a todas las personas de la lista que me hiciste llegar —decía Sophia—. Para la cena de antes, con vuestros invitados y los nuestros, seremos veintiséis.

Revisó los papeles que tenía delante y se corrigió a sí misma:

—No, veintitrés, los Dawson se han excusado.

—¿No irán tus primos? Qué sorprendente.

—Sí, a mí también me ha parecido extraño. La nota la había escrito Jonathan y decía que Grace no se encontraba bien. Tendría que haber ido a interesarme por ella —dijo, con expresión culpable —, o al menos haberle mandado una nota, pero con todo esto del baile se me pasó.

—Si lo pienso un poco, hace más de una semana que no la veo. Desde que vino ella a verme después de la *rout* de los Ashfield. Ni a ella ni a Jonathan. Espero que no sea nada grave.

—Tienes razón, yo también hace tiempo que no los veo, y eso es de lo más inusual.

La discreción impidió a lady Dawson precisar más, pero las dos sabían que era raro el día en el que Grace, Jonathan o los dos, no hacían su aparición por la residencia londinense de sus primos.

Sarah se volvió hacia la joven pareja.

—Y vosotros, ¿habéis visto últimamente a Aloysius? ¿Os ha comentado algo?

Solo entonces cayó Robert en que desde la noche en casa de lady Bell no había vuelto a ver al joven Dawson. Mientras se preguntaba qué podía significar la súbita desaparición de escena de toda la familia, escuchó a Anikó decir:

—Le vi ayer, en la fiesta de los Anderson, pero… no llegué a hablar con él.

El leve titubeo con el que terminó la frase pasó desapercibido para las señoras, pero no para Robert.

—¿Cómo le viste? —preguntó en voz baja—. ¿Pasó algo?

—Están cada vez peor los dos, Fanny y él. Aloysius se quedó en un rincón toda la noche, bebiendo mucho más de lo que podía aguantar y mirando a Fanny con ojos de tragedia griega. Y ella se quedaba al lado de lady Shelby mirándole a él, hasta que llegaba alguien a pedirle un baile y se iba con quien fuera, como cordero que llevan al matadero, obligada por su madre.

Las dos señoras habían seguido hablando mientras tanto, para llegar a la conclusión de que, pese a lo tardío de la hora, cercana ya a la de la cena, era obligado que repararan su anterior olvido acercándose a interesarse por la enferma. Ellas y Anikó se pusieron en pie y Robert las imitó instantáneamente.

—Os acompaño —anunció.

—Es muy considerado por tu parte —elogió Sophia, un poco sorprendida—, pero no es necesario, querido.

—Insisto. No le impondré mi presencia a la señora Dawson, si no están los caballeros, me limitaré a dejar mi tarjeta e irme. Pero si están el señor Dawson o Aloysius, me agradará hablar con ellos.

Su madre le miró con incredulidad, pero no hizo comentarios. En cuanto a Robert, difícilmente podía explicar que no estaba dispuesto a que Anikó entrara en la cueva del lobo sin él a su lado.

En la residencia de los Dawson, el mayordomo les hizo pasar y, respondiendo a sus preguntas, informó de que el señor y el señorito estaban fuera y la señora no se encontraba bien y no recibía visitas. Se hubieran limitado a dejar sus tarjetas en la bandeja de plata que

había a este fin en la mesa junto a la puerta, si no hubieran escuchado voces, una de ellas claramente masculina, al otro lado de la puerta de la sala. Lady Dawson se limitó a mirar al mayordomo enarcando ligeramente una ceja, y el hombre, que sabía perfectamente quién era y la importancia que a la relación con sus primos concedían sus señores, se mostró confuso e intentó aclarar que la visita de la señora era un pariente cercano.

—Bien, nosotras somos también familia cercana —respondió Sophia un poco molesta—. Haga el favor de pasarle mi tarjeta.

Sin atreverse a objetar, el hombre cogió la bandeja y fue a abrir la puerta. Antes de que lo hiciera, las voces, que habían ido subiendo de tono, dieron paso a gemidos de mujer. Sin pensarlo, Robert se le adelantó, abrió de par en par y entró en la habitación. Grace, envuelta en chales, estaba sentada en una butaca y un hombre desconocido se inclinaba sobre ella, zarandeándola a la vez que la increpaba. En dos zancadas, Robert le aferró por los hombros y le apartó, empujándolo hacia la pared más próxima y aplastándolo contra ella. Anikó, que había cruzado tras él el umbral, se acercó corriendo a la butaca y se inclinó solícita sobre su tía.

—¿Se encuentra bien, tía Grace?

La reacción de la dama la dejó atónita. La que había sido un momento antes una criatura aterrada y gimiente, se irguió furiosa y apartó con fuerza las manos que habían cogido las suyas.

—¡Vete! ¡Aléjate de mí! ¡Todo esto es culpa tuya!

Sarah y Sophia, que habían entrado después, la escucharon perplejas. Con gran presencia de ánimo, Sophia se volvió hacia el mayordomo, que no había cruzado el umbral.

—Puede volver al piso de abajo. Será mejor que no comente nada de lo que ha visto, es sin duda un malentendido que habrá que deshacer.

Cerró la puerta sin esperar respuesta y se acercó a su prima. Se sentó en el sofá junto a su butaca y, rebuscando en su ridículo, encontró un frasco de agua de lavanda, con el que empapó un pañuelo que le llevó a la frente y la mejilla.

—¿Qué está pasando, Grace? —preguntó con suavidad.

—Sí, buena idea, pida que se lo explique —dijo con una carcajada amarga el hombre al que Robert tenía inmovilizado.

Sophia levantó los ojos hacia él y reconoció a Ralph Martinson. Anikó, que también le había reconocido, se quedó clavada en su sitio, sin apartar la vista de él.

—¡Martinson! ¿Qué pasa aquí, Grace, querida? ¿Cómo se atreve a maltratarte este hombre?

Martinson se zafó de las manos de Robert y dio dos pasos hacia la puerta. Extendió la mano para abrirla, paró, se volvió hacia ellos y dijo:

—La querida Grace tiene conmigo una deuda que aún no ha pagado. Y más vale que lo haga, si quiere que sea discreto, o tendré una bonita historia que ir contando, señora. Le prometo que la primera en enterarse será usted.

—¡No puedo pagar más! —exclamó Grace, echándose a llorar—. No tengo más dinero, ni lo tendré, ahora que ha salido todo mal. Y si tuviera, no te lo daría, ¡tú lo has echado todo a perder!

Robert escuchaba atentamente, empezando a entender. Había permanecido apoyado en la pared con los brazos cruzados, pero entonces se enderezó y, en dos zancadas, se puso a la altura de Ralph.

—Creo que es el momento de que el señor Martinson y yo tengamos una conversación a solas. Señoras, si nos disculpan…

Ralph le miró de arriba abajo y sonrió con desdén.

—No creo equivocarme al suponer que hablo con el señor Burnsyde. Todo un caballero, sin duda, siempre al rescate de las damas. Yo no sé si llevaría mi caballerosidad hasta el extremo de comprar mercancía dañada.

Aún no había dejado de sonreír cuando le alcanzó el primer puñetazo de Robert, al que siguió otro, y otro más, hasta que Martinson cayó al suelo, inerte. Lady Dawson gritó aterrada ante la visión de su boca ensangrentada; Anikó, a su lado, no pudo reprimir un entusiasta: «¡Viva!».

—Eres todo lo que un hombre puede desear, cariño —le dijo Robert, mirándola con arrobo.

—Robert, por favor, no digas cosas absurdas y llévate de aquí a este hombre —intervino Sarah con serenidad—. Estoy segura de que sabrás que es lo que se debe hacer con él.

—Siempre a tus órdenes, madre. Servidor de usted, lady Dawson. Creo que sería buena idea que tuviera una conversación sincera con su prima.

Con estas palabras, Robert abrió la puerta, descubrió al mayordomo que, aún con la bandeja en la mano, permanecía helado junto a ella y lo enroló en su misión de sacar al inanimado señor Martinson y subirlo al carruaje en que habían llegado.

En la sala, Sophia volvió a hacer uso de su pañuelito y redobló sus esfuerzos por tranquilizar a Grace.

—No llores, querida, ya ves que Robert se ha llevado a ese hombre horrible, no tendrás que volver a preocuparte por él.

—Da igual —respondió Grace, entre hipidos—, Ralph me delatará. Se sabrá todo y Jonathan se pondrá furioso conmigo.

Ni ella ni ninguna de las otras tres, pendientes de sus palabras, habían visto al señor Dawson, que había vuelto a casa, entrar y detenerse en seco al escuchar las últimas palabras de su esposa.

—¿Qué puede decir Ralph? ¿Qué has hecho que sea tan horrible, Grace? Seguro que te juzgas con demasiada severidad.

Grace miró a su prima con algo que se parecía al desprecio.

—Yo no me juzgo, aunque sé que otros lo harán —dijo, algo más serena—. Hice lo que tenía que hacer, mi deber como madre. Todo es culpa de esa criatura húngara. Os ha vuelto a todos la cabeza del revés y ha conseguido llevarse el dinero que debía ser para Aloysius. Jonathan pensaba que podía arreglarse si Aloysius se casaba con ella, pero no es así. Es lo que él hizo, casarse por dinero, ¿y cuál ha sido el resultado? Se pasa la noche en los burdeles y vuelve a casa bebido, porque, según dice, es la única forma de soportar a una mula como yo. Yo lo he aguantado porque me educaron para ser una señora, pero Anikó no lo haría. Se buscaría amantes y avergonzaría y humillaría a mi pobre hijo. Haría lo que fuera por evitarle eso a Aloysius.

Jonathan escuchaba horrorizado, toda su triste y mezquina intimidad expuesta ante esas tres mujeres por otra a la que se había

acostumbrado a ver como poco más que un mueble. Abrió la boca para hacerla callar, pero no fue capaz de articular palabra. Se sentía desnudo, no podía soportar la idea de que los ojos de las tres se volvieran hacia él.

—¿Y hasta dónde ha llegado con ese «lo que fuera», señora Dawson? —preguntó Sarah, con una frialdad que ella misma se desconocía. El primer ramalazo de compasión que había sentido al escuchar a Grace describir su infierno matrimonial había desaparecido al ver que no le preocupaba que Anikó llegara a sufrir lo mismo, sino solo que no lo aceptase con sumisión.

Grace la miró con indiferencia. Física y mentalmente exhausta, había llegado al punto en el que le daban igual las apariencias. Había callado demasiado y durante demasiado tiempo. Quería hablar.

—Pagué a Ralph para que comprometiera a la chica. Le puse las cosas muy fáciles, se la dejé en bandeja en los jardines de Vauxhall y, aun así, lo echó a perder. Y volví a pagarle para que la sacara de la casa de los Ashfield y se exhibiera con ella en ese antro de juego en el que Jonathan pasa la mitad de las noches. Pero se escapó, no sé cómo, y ustedes la ayudaron a ocultarlo todo.

—¡¿Cómo has podido, Grace?! —preguntó Sophia, horrorizada—. ¡Es tu sobrina! Hubieras destrozado su vida.

—No iba a pasarle nada. Prohibí a Ralph que la tocara, hubiera sido pecado mortal. Solo quería que Jonathan se convenciera de que no era la esposa adecuada para nuestro hijo.

—¡Mamá!

Las cuatro mujeres se volvieron hacia la puerta. Cerca de ella, permanecía inmóvil un Jonathan blanco como la cera y, a su espalda, en el umbral, tan pálido como él y con el bastón y el sombrero todavía en una mano, Aloysius miraba espantado a su madre.

—¡Aloysius, hijo querido! —exclamó Grace, extendiendo los brazos hacia él—. ¡Todo lo he hecho por ti!

Aloysius no tuvo ocasión de responder. Jonathan, que había hecho amago de volverse hacia él al escuchar su voz, trastabilló y cayó hacia delante. Su hijo extendió los brazos para detener su caída,

pero no lo consiguió y ambos acabaron en el suelo. Durante un momento, nada se movió en la sala. Luego, el mayordomo apareció en el umbral y anunció con una voz impersonal, que casaba mal con su cara desencajada, que el coche de las señoras había vuelto y las estaba esperando.

Anikó y Sophia habían dado un paso simultáneo hacia el grupo caído, pero las dos se detuvieron momentáneamente al ver que Aloysius se desembarazaba del peso muerto de su padre y se ponía trabajosamente en pie. Estaba tan pálido como Jonathan, pero, cuando habló, lo hizo con una serena dignidad que las impresionó.

—Sí, creo que lo más apropiado es que se vayan, tía Sophia. Nosotros tenemos que atender a mi padre. Y, luego, tendremos que aclarar algunas cosas.

Sin hacerle caso, Sophia se arrodilló junto a Jonathan y le puso una mano en el cuello, buscando el pulso. Sin levantar la vista, ordenó:

—Aloysius, tú y el mayordomo buscad algo para llevar a tu padre a su cama y que un criado vaya a por el médico. —Se volvió a Sarah y añadió—: Tengo que quedarme, es el primo de Henry y me necesita. Por favor, lleva a Anikó a casa y pide que dejen aviso a Henry de que venga.

No parecían caber las despedidas, y Sarah y Anikó caminaron en silencio hacia la puerta evitando el cuerpo tendido en el suelo. Al pasar frente a Aloysius, Sarah le puso brevemente la mano en el hombro, en un gesto que quería ser reconfortante. Anikó, más impulsiva, le echó los brazos al cuello y le besó la mejilla. Salieron en silencio, ateridas por la escena que acababan de presenciar.

Salvo para ordenar al cochero que las llevara a la casa de lady Dawson, ninguna de las dos damas dijo una sola palabra durante la mitad del trayecto. Fue Anikó la que rompió el silencio, diciendo con una voz un poco temblorosa:

—Yo sabía que la tía Grace pensaba que no estaba bien educada, pero no creía que me odiara.

—No te odia —dijo Sarah—, odia lo que representas: una amenaza para los intereses de su hijo, que es el único ser humano que realmente le importa.

Anikó, que había sobrellevado sin perder el ánimo sus aventuras y se había defendido con valor cuando se había visto amenazada, se encontraba sin embargo indefensa frente al odio y no era capaz de devolverlo. La había aterrado la descripción de Grace de su matrimonio sin amor, que se le antojaba un desierto helado, y la había compadecido infinitamente por tener que habitarlo, y eso fue lo que le llevó a responder:

—Es que es también lo único que tiene, ¿no?

De improviso sobrepasada, se echó a llorar sin saber muy bien por qué. Sarah rodeó sus hombros con un brazo, pero no supo encontrar palabras para consolarla.

Una vez en la residencia de los Dawson, Sarah acompañó a la joven hasta la puerta y explicó al mayordomo que el señor Jonathan Dawson había sufrido un percance y que lady Dawson estaba en su casa y reclamaba la presencia de sir Henry. Abrazó a la joven, que seguía conmocionada, y le recomendó que se tomara un vaso de leche y se fuera a la cama. La mirada que Anikó le dirigió le hizo sospechar que había dicho una tontería, pero ya no tenía remedio. Le sonrió excusándose y volvió al coche.

Briggs la informó de que el señor se había marchado con el señorito Robert, anunciando que no volverían para cenar. Imaginó que su hijo había recurrido a su padre para solucionar el asunto de Martinson, pidió ella el vaso de leche que había recomendado a Anikó y se fue a acostar, exhausta.

Capítulo XXVI

Lady Dawson, agotada pero radiante de satisfacción, llevaba dos horas recibiendo al flujo continuo de invitados que llegaban al baile. Anikó, a su lado, mucho menos cansada e igualmente radiante, recibía las felicitaciones anticipadas de todos los que no consideraban indispensable fingir que no sabían el motivo del baile y las más discretas miradas cargadas de significado de los que preferían guardar las apariencias de sorpresa.

—¿Estás cansada, querida? —preguntó Sophia, en un momento en el que el goteo de llegadas se había ralentizado.

—No, tía, pero tú tienes que estar agotada. ¿Vamos a seguir mucho tiempo aquí?

—No, solo hasta que lleguen los Burnsyde. ¡Dios mío, creo que no ha faltado uno solo de los invitados, sois la sensación de la temporada!

—¡Bah! —respondió Anikó bajito—. Seremos la pareja de la temporada dos semanas más, hasta que anuncie su compromiso Rowena Tuberville. Al fin y al cabo, yo no me caso con un duque.

Sophia sonrió. Anikó no se dejaba engañar por su repentina popularidad y la valoraba como lo que era: el fugaz interés de una clase social cerrada y endogámica por el exotismo de la niña húngara. Suspiró. Durante los meses pasados en Londres, y especialmente las últimas semanas, Anikó había madurado; el cambio se reflejaba en su porte y su expresión, más reflexiva y dulce, y, aunque era lo que su tía había deseado, a veces echaba de menos a la criatura traviesa que campaba a sus anchas por Fernwell. Mientras la miraba, vio iluminarse su rostro, siempre tan expresivo, y supo sin necesidad de volverse que Robert ascendía por la escalera.

—¡Sarah, querida!

—Sophia, ¡qué éxito!

Robert y Anikó se sonreían, ajenos a lo que sucedía alrededor. Sin muchas contemplaciones, Sarah despertó a su hijo de un codazo. Él

la miró sorprendido y luego comprendió.

—Buenas noches, tía Sophia.

—Técnicamente, aún es lady Dawson para ti —corrigió su padre.

—Tengo que ir ensayando, padre. Con tía Sophia no me cuesta nada, pero no sé si me atreveré a llamar tío a sir Henry.

Mientras charlaban, se habían adentrado por fin en la sala y eran contemplados con sonrisas e inclinaciones de cabeza por los integrantes de los diversos grupitos con los que se iban encontrando. Llegaron al extremo, donde sir Henry y el señor McIntyre departían con los caballeros de más edad, y al verlos llegar, sir Henry hizo una señal a la orquesta para que dejara de tocar. Las parejas dejaron de bailar y, poco a poco, el murmullo de conversaciones cesó y todos le miraron expectantes.

—Querido amigos —anunció—. Hay una noticia, una grata noticia, que desearía compartir con ustedes. Aunque quizá algunos, o la mayoría, la han adivinado ya. Al fin y al cabo, el *Morning Post* es uno de los diarios más leídos en esta ciudad.

Unas risas corteses recibieron su broma. Sir Henry tomó la mano de Anikó y la atrajo hacia él.

—Mi sobrina Anikó se ha comprometido con uno de nuestros más queridos y jóvenes amigos, el señor Robert Burnsyde —dijo, volviéndose hacia el joven con una leve inclinación de cabeza—. Para lady Dawson y para mí es un honor y una gran alegría este enlace, una de cuyas ventajas es que nos permitirá conservar cerca a nuestra querida niña los próximos años.

A un gesto suyo, la orquesta inició los compases de un vals. Robert enlazó a Anikó por el talle y los dos evolucionaron por la sala en solitario, aplaudidos por los espectadores, hasta que se les fueron uniendo otras parejas. Anikó miró a su prometido con ojos brillantes y las damas de mediana edad y disposición romántica exhalaron un suspiro colectivo.

—Venga, ¡cuéntamelo! —susurró la joven en tono apremiante.

—¿Contar? —dijo Robert, que sabía perfectamente a qué se refería, pero buscaba un poco de tiempo.

—No te hagas el tonto, ¿qué pasó anteayer? Tía Sophia no me quiere decir nada. Sé que ella y tío Henry fueron ayer a visitar a tus

padres porque me lo dijo uno de los criados, pero no me ha querido contar nada.

—Anikó, no deberías cotillear con los criados.

—No tendría que hacerlo si no se me tratara como una chiquilla a la que se le ocultan cosas. ¡Cuéntamelo todo!

—No sé si debo, si tus tíos no han considerado oportuno… —siguió tomándole el pelo.

—Robert, ¿tengo que volver a recordarte que no soy tu sobrina, sino tu prometida, y dentro de poco tu esposa?

Había hablado con enorme seriedad y algo de enfado, como la joven mujer en la que se estaba convirtiendo, no como la niña que estaba dejando atrás. La que reclamaba no era la relación de pareja habitual en una sociedad en la que las mujeres eran sobreprotegidas, pero era la que los padres de Robert mantenían y él deseaba tener. Cedió.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

—¿Empezando por…? —preguntó sonriendo.

—¿Qué hiciste con el señor Martinson?

—Pasó la noche cómodamente instalado en un trastero que le resultaría familiar. Atado y amordazado con mucha más eficacia de la que él empleó.

—¡En casa de lady Bell!

—Lo reconoció como uno de sus clientes. Uno moroso, concretamente. Al parecer, hace unas semanas le había pedido que no volviera a su casa. Pero esa noche estuvo encantada de ofrecerle hospitalidad.

—¿Y luego?

—Lady Bell me contó que Martinson estaba ahogado en deudas, debe más de diez mil libras, y que sus acreedores le habían demandado y le buscaban para encarcelarle. Así que le pedí que le liberara por la mañana, pero antes informara a los alguaciles para que le esperaran a la salida de su casa. Ahora el señor Martinson reside en la prisión de Marshalsea, y no creo que salga de allí en un futuro próximo. Por lo que sé, sus padres no están dispuestos a hacerse cargo de sus deudas esta vez.

—¡Oh! —dijo Anikó, entre impresionada y satisfecha.

Siguieron girando por la pista de baile mientras ella reflexionaba sobre ese desenlace.

—Ahora tú —interrumpió Robert sus pensamientos.

—¿Yo?

—Sí. ¿Qué ha pasado con tu tía Grace?

—No he vuelto a verla, solo sé lo que me han contado. Cuando el tío se recuperó del síncope, hubo cónclave familiar. Tío Henry y tío Albert hablaron muy seriamente con él y, como resultado, los otros tíos Dawson se han ido a su propiedad en Dorset.

—¡Perfecto! Espero que para una estancia muy prolongada.

—Tendrán que quedarse allí, era tío Henry el que pagaba el alquiler de la casa de Londres para la temporada y ha decidido dejar de hacerlo. Tampoco quiere que vuelvan a Fernwell en el futuro.

—Me parece una solución casi inmejorable. Solo lo siento por Aloysius, le volverán loco entre esos dos.

—¡Ah, no! Aloysius es otra cosa. El señor McIntyre se quedó muy impresionado de su comportamiento en la crisis familiar y le ha invitado a vivir con él. Y tío Henry ha dicho que espera tenerle largas temporadas con él en Fernwell, al fin y al cabo, debe aprender a llevar la propiedad, la heredará él.

—Esperemos que la herede directamente de sir Henry. No le deseo mal a tu tío Jonathan, pero no querría verle como propietario de Fernwell.

—Tío Henry —corrigió Anikó.

—Tío Henry. Es algo que aún estoy practicando a solas.

—¿Eso es lo que estás practicando de cara a nuestra boda?

Anikó tenía el rostro alzado hacia el suyo y sus ojos desbordaban diversión y picardía. Él le devolvió la mirada y aceptó el desafío implícito en ella. Más y más parejas se habían incorporado al baile y la pista estaba abarrotada. Aprovechando la confusión, Robert maniobró con destreza y guio a Anikó a la sala contigua, donde en una o dos horas se serviría el bufé. Aún bailando, se acercó a la ventana y, con la mano, apartó los pesados cortinajes de terciopelo para que los ocultaran.

—Pero… ¿qué haces? —dijo Anikó, riendo.

—Ceder a un instinto bajo y reprobable —respondió él, estrechándola contra sí con mucha más fuerza de la que justificaba el vals y levantándole la barbilla—. Voy a besarla, señorita Dawson.

Lo hizo, y el beso le fue devuelto con un ardor que le arrastró. Durante segundos eternos y fugaces, permanecieron allí ocultos, besándose. Los labios de Robert resbalaron por el cuello de la muchacha y recorrieron centímetro a centímetro el nacimiento de sus senos, expuestos por el escote bajo que dictaba la moda. Separó con dos dedos el volante fruncido que los ceñía y mordisqueó con suavidad la blanquísima piel antes de introducir toda la mano y tomar uno, acariciando el pezón con su pulgar. A Anikó se les escapó un gemido ahogado. Robert bajó la cabeza para llevárselo a los labios y se detuvo en seco al escuchar, en la misma sala, la voz de su madre.

—¿Has visto a Robert y Anikó, Benjamin?

—No, querida, pero he estado en la biblioteca, donde se han refugiado los más provectos de nuestros amigos en busca de paz. No veo probable que se encuentren allí.

—¡Esos dos! No tienen cabeza, ¿cómo se les ocurre desaparecer así en el baile que se celebra en su honor? Si no aparecen pronto, van a dar pie a todo tipo de comentarios.

—Bueno —respondió Benjamin, sin alarmarse mucho—, te ayudaré a buscarlos. Seguramente estarán en la salita de Sophia, haciéndose arrumacos.

Los dos fugitivos los escucharon salir, todavía discutiendo, y, sin necesidad de palabras, reorganizaron rápidamente sus ropas y peinado.

—Salgo yo primero, paso a la sala y, si me preguntan, digo que fuiste un momento a retocar algo que se te había desarreglado del peinado.

Sin esperar respuesta, Robert se asomó y, una vez comprobado que no había nadie en el comedor, lo cruzó a toda velocidad y se escurrió dentro de la sala principal. Un segundo después, se acercaba a Lily y la arrastraba a la pista de baile. Ella se dejó llevar y, cuando lo tuvo enfrente, preguntó con sorna:

—¿Dónde os habíais metido?

—Lily, prima querida, he estado contigo todo este rato.

—No te valdré como coartada, acabo de llegar.

—Precisamente, nos hemos encontrado en el recibidor y nos hemos quedado en un rincón charlando.

Lily suspiró con fingida exasperación y tomó la mano de su primo para cruzarse en el paso de danza.

—No veo el momento de que te cases y sea tu mujer la que tenga que tapar tus fechorías.

Robert la hizo pasar bajo el arco que formaban los brazos de la siguiente pareja y, cuando inclinó la cabeza junto a la suya, murmuró muy bajo:

—Si quieres saber la verdad, yo tampoco veo el momento.

Capítulo XXVII

Se casaron en la iglesia de Saint George la segunda semana de junio, con Charles como padrino y acompañados de un pequeño grupo de amigos y familiares en el que hubo ausencias notorias: las de Jonathan y Grace Dawson y la de los Shelby. Lady Shelby había respondido a la invitación a la boda con una educada nota en la que se excusaba indicando que hacía tiempo que la salud de Fanny dejaba que desear y que su médico recomendaba el aire de mar, por lo que la familia estaba haciendo las maletas para trasladarse a Brighton. En cambio, había ofrecido Blackthorn Grove a la pareja para sus primeros días de casados. La invitación había sido aceptada y, tras el desayuno de bodas, los recién casados partieron hacia el norte en el coche de los Burnsyde y llegaron seis horas más tarde a la propiedad de los Shelby.

Les esperaban, y antes de que se detuviera el carruaje al pie de la escalinata de acceso, se había abierto la puerta y dos criados bajaban a por el equipaje, seguidos con paso más sedado por un mayordomo entrado en años.

—Bienvenido, señor Burnsyde —saludó—. Permítame felicitarle por su matrimonio.

Robert, que había ofrecido su mano a Anikó para ayudarla a bajar, se volvió hacia él con una sonrisa y contestó:

—Gracias, Wilkins. Esta es mi esposa, la nueva señora Burnsyde.

—Es un honor, señora.

Con un amplio gesto de la mano, les señaló la escalinata y empezó a subir delante de ellos. Los criados desparecieron con las maletas que, como era habitual en una casa bien administrada, seguirían su propio camino por los corredores de servicio hasta los dormitorios que les hubieran sido asignados.

—Mi ayuda de cámara y la doncella de mi esposa llegaron ya con el resto del equipaje, supongo.

—Sí, señor, encontrará que todo está ya dispuesto en sus habitaciones. El señor siente mucho no haber podido estar aquí para recibirles, pero tenía un compromiso difícil de rechazar.

—¿El señor? ¿Lord Shelby? —preguntó Robert con desmayo. No había contado con la compañía de la familia para sus primeros días de vida conyugal—. Creí que estaban en Brighton.

—Lady Shelby y los señoritos sí, señor, pero milord decidió volver a Blackthorn después de dejarlos instalados.

Habían llegado a sus habitaciones, dos dormitorios interconectados que en aquel momento estaban muy frecuentados, cada uno de ellos con un vestidor anejo que hacía a la vez el papel de baño. Mientras la doncella y el ayuda de cámara guardaban la ropa que había llegado en la última tanda de maletas y disponían sobre la cama la que los señores se pondrían tras refrescarse, dos criadas aparecieron de la nada y cada una se deslizó en uno de los vestidores para terminar de llenar la bañera con el agua caliente que traían de la cocina.

—Espero que lo encuentre todo de su agrado, señora. Si no fuera así, por favor, tire de la campanilla y vendrán a atenderla. —Volviéndose hacia Robert, Wilkins añadió—: La cena, como siempre, es a las siete, señor. Creo que recordará que la familia se reúne en la salita adyacente un poco antes de que suene el gong.

Tres cuartos de hora después, cuando Robert, vestido de rigurosa etiqueta, llamó a la puerta que comunicaba su dormitorio con el de su esposa, fue su doncella personal la que, con la puerta solo entreabierta y una expresión agitada, le pidió que esperase unos minutos más. Los aprovechó para leer el periódico que previsoramente le había dejado su anfitrión, pero, como había sido prometido, no fueron más de diez minutos los que pasaron antes de que la puerta se volviera a abrir y la doncella, ahora sonriente, le invitara a pasar, mientras ella salía camino de la lavandería con la ropa usada por su señora.

El sol estaba ya bajo sobre el horizonte, y la luz cálida de la tarde de verano inundaba la estancia. Junto al tocador, Anikó terminaba de prenderse un broche. Había elegido un vestido de un amarillo tan delicado como el del albaricoque, y el broche, como los pendientes y

los dos prendedores que le recogían el pelo, estaba incrustado de pequeños topacios. La luz atravesaba la muselina de seda del traje, perfilando su figura y arrancando a los delicados bordados en hilo de oro que adornaban la tela chispas doradas. Cuando levantó hacia él sus extraordinarios ojos ambarinos, el efecto fue completo, y Robert, maravillado, se preguntó casi con miedo en qué momento el diablillo travieso se había transformado en esa esbelta criatura dorada. Entonces, la esbelta criatura recorrió la habitación girando sobre las puntas de los pies y exclamó entusiasmada:

—¡Te gusta, te gusta! ¡Oh, estaba tan preocupada! Tía Sophia se empeñó en que me quedaba divino, pero yo no me siento como yo misma con él.

Se detuvo ante el espejo del tocador y se examinó con la cabeza ladeada.

—No —dictaminó—. El vestido es muy bonito, pero no lo llevo yo. Lo lleva otra Anikó, mucho más elegante y, posiblemente, más educada. ¿Será así porque estoy casada?

Tranquilizado, Robert recogió el chal que se le había caído en sus piruetas y le tendió el brazo.

—Estás maravillosa. Eres totalmente tú, pero una parte de ti que no siempre muestras. Y casi mejor que sea así, o tendría que batirme en duelo un par de veces por semana. Anda, bajemos, mi tío Richard nos espera.

Efectivamente, cuando bajaron, lord Shelby estaba ya en la sala, sirviéndose una copa de clarete. Alzó la mirada al oírlos entrar y, por su expresión, Anikó se convenció de que su tía Sophia había estado acertada.

—Anikó, querida, estás esplendida. Robert, te felicito, has tenido mucha suerte —dijo con sinceridad.

Su sobrino le estrechó la mano y sonrió.

—Eso creo yo, señor.

—¡No, no! —protestó Anikó, con gran convencimiento—. No debe decir eso, señor, soy yo la que ha tenido suerte. Desde que lo conozco, Robert no ha hecho más que sacarme de todos los líos en que me he metido.

—¿Sí, querida? ¡No puedo creer que fueran grandes líos!

—¡Oh, puede creerlo! Pero no se los voy a contar. Pensaría, como mi tío Jonathan, que me portaba como un pilluelo. Pero no es que quisiera portarme mal, es que a veces se me hacía difícil recordar cómo debe comportarse una señorita en Inglaterra.

—¿Es muy distinto de cómo se comportan las señoritas en Hungría? —preguntó lord Shelby con interés no fingido.

—En realidad, no puedo asegurarlo, porque no conocí a muchas. Quizá sean como las inglesas. ¿Sabía usted que las señoritas inglesas no deben quedarse a solas con un caballero por si acaso no fuera tan caballero como parece?

A lord Shelby se le atragantó el vino que estaba bebiendo.

—Eh… No exactamente así enunciada, pero es una norma de conducta que conocía, sí —farfulló cuando dejó de toser.

—Yo no, me lo tuvo que explicar Robert. ¡Menos mal que lo hizo antes de mi presentación en sociedad, porque imagínese qué papel podría haber hecho si hubiera ido a Londres sin saberlo! Podría haber aceptado dar un paseo por el parque sin carabina con cualquier conocido y todos me hubieran tomado por una fresca.

En aquel momento se anunció la cena y lord Shelby, con una sonrisa de disculpa hacia Robert, ofreció su brazo a Anikó. Su sobrino les siguió, divertido por la facilidad con la que la joven, con su inocente espontaneidad, había conseguido sacar de su cascarón a su tío Richard, un hombre tímido e introvertido habitualmente dominado por su rígida esposa.

La cena discurrió de forma agradable y, como Robert no pudo dejar de notar, tanto la comida como los vinos fueron mejores y más abundantes que cuando su tía Eliza presidía la mesa. A los postres, Anikó y lord Shelby conversaban con la soltura de los viejos amigos. Cuando levantaron la mesa, Anikó se levantó también.

—Supongo que Wilkins me podrá guiar hasta la sala de lady Shelby —dijo.

—¡No, no, querida! —protestó lord Shelby—. Acompáñanos un rato y luego iremos todos a la sala. No podemos permitir que te quedes allí sola esperándonos.

—No creo que a lady Shelby le pareciera bien —dudó Anikó.

—No tiene por qué enterarse, ¿no? —respondió lord Shelby—. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Desde su puesto en las sombras, Wilkins asintió solemnemente y Robert tuvo el convencimiento de que eran muchas las trasgresiones a las normas de lady Shelby que se producían en Blackthorn Grove cuando ella estaba ausente.

—Cierto —dijo en voz alta—, están todos en Brighton, ¿verdad? En realidad, le creíamos a usted también allí, nos sorprendió un tanto cuando Wilkins nos dijo que no era así.

Un criado entró con una bandeja que dejó en la mesa, entre los dos caballeros. Puso ante Anikó un vaso y la jarrita de ratafía que Wilkins, discretamente, había ordenado que se añadiera para ella, y sirvió a cada caballero una copa de oporto, dejando la botella entre ellos. Luego, se marchó, seguido de Wilkins, que cerró la puerta tras él.

—En Brighton, sí. Fue lo que el médico recomendó a Fanny —respondió lord Shelby, con sorprendente amargura. Y en un arrebato de sinceridad, añadió—: Esa chica está cada vez más decaída, Robert, es una sombra de sí misma.

—A todos nos tiene preocupados —dijo Robert, que prefirió callarse los comentarios de su madre al respecto.

—Te confesaré que ella es la razón de que esté aquí. No soportaba verla en ese estado.

—¿No le ha sentado bien el aire de mar?

—¿El aire de mar? —repitió lord Shelby con amargura—. Ni el aire de mar, ni los paseos, ni el descanso, ni las innumerables pociones y medicinas que su madre le obliga a tragar.

Levantó la copa a la altura de las velas del candelabro que les iluminaba la mesa y observó el líquido al trasluz antes de beberse el contenido de un solo trago. Robert le observó, preocupado por su súbito e intenso cambio de estado de ánimo.

—Creo que Eliza se equivoca —continuó su tío, con el tono cauteloso de quien bordea la blasfemia—. Parece creer que los males de Fanny son poco menos que el resultado de un temperamento rebelde y caprichoso, y que podría curarse solo con

proponérselo. Pero Fanny ha sido siempre una niña buena y dócil, ¿por qué iba a volverse ahora rebelde?

Cogió la botella y volvió a llenar su copa con mano vacilante. Parecía haberse olvidado de la presencia de Anikó y, en cierta medida, de la del propio Robert.

—Preferiría verla rebelde a como está ahora —susurró para sí—, sin voluntad y haciendo solo lo que le mandan como una autómata.

Se llevó la copa a la boca y de nuevo la vació de un trago.

—Quiero mucho a Fanny —dijo con una voz a punto de romperse en sollozo—. No puedo soportar ver cómo se deja morir.

—No va a evitarlo emborrachándose.

Anikó había hablado con suavidad pero con firmeza, y lord Shelby la contempló consternado.

—Anikó, querida, perdóname. Es cierto que he bebido de más. No debería haber entristecido el día de tu boda con mis preocupaciones.

—No ha sido usted, hace mucho que me entristece la situación de Fanny. Lo que quiero saber es qué va a hacer para evitar que se muera de pena.

—De… ¿pena?

—Fanny está enamorada de mi primo Aloysius. Y él de ella —aclaró, para evitar cualquier duda—. Mi tío Jonathan no quiso ni oír hablar de que se casaran, pero creo que ahora lo vería de otra forma.

—Pero no Eliza —dijo tristemente lord Shelby—. Hace más de un año que me dijo que el joven Dawson andaba rondando a Fanny y que no era un partido aceptable. Su padre tiene una posición muy modesta, y encima se está comiendo su patrimonio en el juego.

—Pero Aloysius será el próximo baronet.

—Querida, creo que eso solo sería aceptable para mi esposa si tu tío Henry, Dios lo guarde muchos años, estuviera a un paso de la tumba. Afortunadamente, no es así, pero eso significa que tu primo no tiene medios propios ni los tendrá en bastantes años. ¿Qué iba a hacer, llevarse a Fanny a vivir con sus padres en esa pequeña propiedad que tienen en Dorset?

—Aloysius no vive con sus padres, sino con mi tío McIntyre, y sería con él con quien vivirían. Le tiene mucha simpatía a Fanny.

Robert miró a su esposa enarcando una ceja, pero no dijo nada. La simpatía del señor McIntyre hacia Fanny era una noticia para él, pero estaba dispuesto a creerlo. Lo que dudaba era que fuera tan intensa como para que el buen señor deseara compartir su casa con la pareja.

—Mi tío Albert siente una gran estima por Aloysius y quiere introducirle en la vida política. Opina que es un joven muy prometedor y que llegará muy lejos, que quizá sea algún día primer ministro de la nación.

Robert, que en ese momento se llevaba la copa a la boca, se atragantó y tuvo un ataque de tos que hizo que Anikó se interrumpiera para darle golpecitos en la espalda. Luego siguió hablando:

—Pero claro, no puede ser muy objetivo, ¿verdad? Al fin y al cabo, Aloysius es su heredero.

—¿Tu primo, heredero del señor McIntyre? —preguntó lord Shelby, con más interés del que había mostrado por el futuro de Aloysius como estadista—. Es sorprendente. Al fin y al cabo, el caballero tiene dos sobrinos nietos que pueden sentirse con más derecho.

—Sí, pero el tío Henry no lo necesita y tío Albert no se entiende bien con tío Jonathan. Él dice que le parece más sensato ayudar a la siguiente generación a salir adelante.

—Muy prudente, muy prudente —asintió lord Shelby, que muy evidentemente estaba valorando hasta qué punto esta nueva información podría hacer cambiar de opinión a su esposa.

—Seguramente, mi tío Albert querrá acordarse también de mí —matizó Anikó, en un momento de prudencia—, pero Aloysius es el varón, claro.

—Claro, claro. —Lord Shelby seguía dándole vueltas a la situación, y por fin puso en palabras sus pensamientos—: El problema es que todo lo que tiene el joven Dawson son expectativas. Muy buenas expectativas, pero nada tangible de momento. A Eliza le parecerán muy poco comparadas con lo que ofrecía, por ejemplo, lord Shaw.

—Lord Shaw ofrecía, sobre todo, la expectativa de dejarla viuda a corto plazo —se le escapó a Robert.

Lord Shelby tuvo un gesto de sobresalto. El comentario de Robert le recodaba demasiado a alguno de los realizados por su esposa cuando la informó de que lord Shaw había solicitado su autorización para dirigirse a Fanny.

Su sobrino decidió que la campaña de Anikó había estado bien dirigida, pero necesitaba una buena carga final para vencer el terror que a Richard le inspiraba la tía Eliza. Y dirigió expertamente esa carga, utilizando la información de que disponía.

—Fanny tuvo grandes probabilidades de hacer un casamiento ventajoso mientras era la debutante más hermosa del año, pero usted mismo dice que está muy desmejorada, ¿cree que lord Shaw la pediría ahora en matrimonio? ¿Cree que le será fácil atraer a otro buen partido?

No tenía que hacer un gran esfuerzo para convencer a su interlocutor, lord Shelby llevaba meses escuchando las quejas y lamentos de Eliza en ese mismo sentido.

—Un año más y será incasable, se quedará para vestir santos. Y eso no es lo peor, me dijo mi madre que la tía Eliza había decidido retrasar la presentación en sociedad de Amelie, pobrecita. Por supuesto, entiendo a la tía Eliza, querría ver salir a Fanny de sus manos antes de que tenga que competir con su propia hermana menor, pero no es muy justo para Amelie, ¿no? ¡Y pueden pasar años!

Amelie era la más bella de las tres hermanas y la favorita de lady Shelby. Estaba convencido de que todos los argumentos que exponía estarían torturando la mente de su tía. Lord Shelby lo sabía con mucha más razón que él y se le quedó mirando sin verle, mientras su mente trabajaba a toda velocidad.

—¡Por Júpiter, es cierto! —exclamó al fin—. Hablaré con Eliza. Hay que acabar con esta locura.

Capítulo XXVIII

Robert hizo lo posible por disimular su impaciencia mientras su ayuda de cámara, tras ayudarle a quitarse la ropa, la recogía cuidadosamente y se la llevaba para lavarla o cepillarla. Tras su salida, aún se obligó a esperar sentado y enfundado en su batín, atento a los ruidos y voces que oía en la habitación contigua, y mirando el reloj cada dos minutos. No habían pasado más que diez cuando la puerta se entreabrió desde el otro lado y la cara de Anikó, enmarcada en una gorrita de noche festoneada de encajes, se asomó sonriente.

—¡Anikó! ¿Cómo puedes ser tan descarada? ¡Soy yo quien tiene que pasar a tu habitación!

—Esa es otra de las cosas que deben saber las damas inglesas y que se han olvidado de contarme —respondió ella, en absoluto contrita, mientras entraba en la habitación.

La gorrita de noche no era sino la punta del iceberg; de los pies a la cabeza, Anikó era una catarata de encajes y bordados.

—Qué bien nos ha salido, ¿verdad? —preguntó, encantada—. Lo que dijiste de que Amelie se iba a quedar para vestir santos fue el toque final.

—Era Fanny la que se iba a quedar para vestir santos —la corrigió Robert con fingida severidad—. Tengo entendido que a partir de cierto tiempo las esposas dejan de atender a lo que dicen sus maridos, pero esperaba que fuera más de veinticuatro horas.

—¡Estoy tan contenta! —siguió Anikó, sin inmutarse—. Tío Richard hablará con su esposa y Fanny y Aloysius se casarán.

—Alguien debería avisar a tío Albert de que la feliz pareja va a vivir en su casa. Y de que Aloysius es su nuevo heredero.

—¡Oh, no habrá problema! Él mismo le dijo a tío Henry que nunca había pensado en realidad dejármelo todo a mí, que se lo dijo al tío Jonathan porque le había exasperado su mezquindad.

—Puedo creer eso, pero no que dijera que lo veía como un futuro primer ministro.

—¡Pero lo dijo! —protestó ella—. O algo parecido. Le dijo a tío Henry que lo había juzgado mal. Que Aloysius no sería capaz de pescar una ballena en un estanque y que debería tener prohibido acercarse a una mesa de billar, pero que por lo demás era un joven muy prometedor, con una buena cabeza sobre los hombros, llena de ideas prudentes y sensatas, y sin una pizca de sentido del humor, igual que el primer ministro.

Robert soltó la carcajada. Poniéndose en pie, se acercó a su esposa y la enlazó por el talle.

—Si quieres que te sea sincero, estoy un poco cansado de hablar de Aloysius y Fanny.

Anikó le sonrió sin decir nada, alzó las manos para desanudar las tiras de satén que sujetaban bajo su barbilla su gorrita y la lanzó sobre una butaca. Su pelo negro cayó en cascada sobre sus hombros. Robert, que lo veía suelto por primera vez, lo acarició con lentitud, dejando que los dedos se le enredaran en él.

—Eso que te acabas de quitar de la cabeza es una gorra. No digo que no sea un primer paso, pero lo que yo quiero que te saques de la cabeza es a tu primo —dijo con tono falsamente frívolo.

Aún sin responder, Anikó se llevó las manos hacia el lazo de seda que cerraba en frunces el cuello de bata y tiró de uno de los extremos con deliberada lentitud.

—¡Anikó!

La lazada se había deshecho y permitía ver la camisola de noche que, contra la costumbre habitual, estaba abierta por delante. Por descuido o no, el lazo que la hubiera cerrado estaba también desecho y los pequeños pechos quedaban a medias descubiertos. Mientras Robert permanecía petrificado, Anikó se volvió hacia la cama, se quitó la bata y se reclinó sobre los almohadones amontonados contra el cabecero, mirándole con una mezcla de timidez y deseo.

—¿Puedes continuar con lo que estabas haciendo cuando nos interrumpieron en el baile? —susurró.

Robert lanzó el batín sobre una butaca, se sentó en el borde de la cama y retiró con delicadeza los bordes de la camisola para hacerse con el doble botín. Los rodeó con las manos un momento, admirándolos, y luego se inclinó sobre ellos con avidez. Sintió arquearse el cuerpo de su esposa y, retirando una mano, la pasó por debajo de la camisa y la dejó recorrer con suavidad primero el muslo y luego la cadera, hasta llegar de nuevo al pecho que había abandonado y jugar un rato en él. Después, esa misma mano, actuando casi por voluntad propia, volvió a bajar lentamente por el cálido valle que formaban las costillas hasta el ombligo y luego trepó a la cima del monte de Venus. Allí se detuvo indecisa, temerosa de invadir terreno privado, pero Anikó, con un suspiro, dobló instintivamente una de sus rodillas y le permitió el paso.

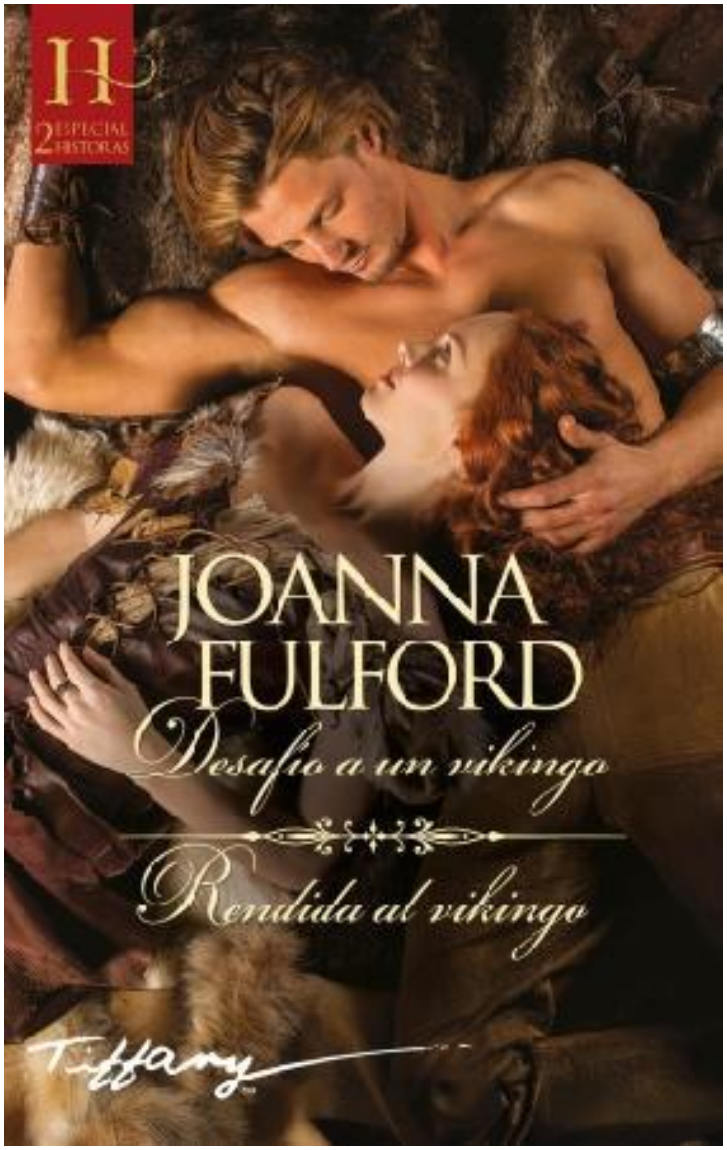
Nunca había tenido relaciones más que con mujeres mayores y más experimentadas que él, y contenía su pasión ante el temor de asustar a la niña que había visto convertirse en mujer, pero que adivinaba todavía escondida dentro de aquel cuerpo tenso que respondía a sus caricias. Bajó la cabeza para besarla y, al separarla de nuevo, sus ojos encontraron los suyos, el iris dorado casi desbordado por las enormes pupilas.

—Más —dijo ella en un susurro casi inaudible.

—¿Cómo?

—Quiero más. Quiero acariciarte yo también, quiero abrazarte. Ven.

Dejó de lado su cautela y se volcó sobre ella.



Desafío a un vikingo - Rendida al vikingo

Fulford, Joanna

9791370008130

640

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Desafío a un vikingo

Desde que su enemigo lo capturó y lo encadenó como si fuera un perro, Leif Egilsson solo tenía una idea en la cabeza: vengarse. No volvería a dejarse engañar por la belleza de la traidora Astrid, y su inocencia, que él tanto deseaba, sería suya.

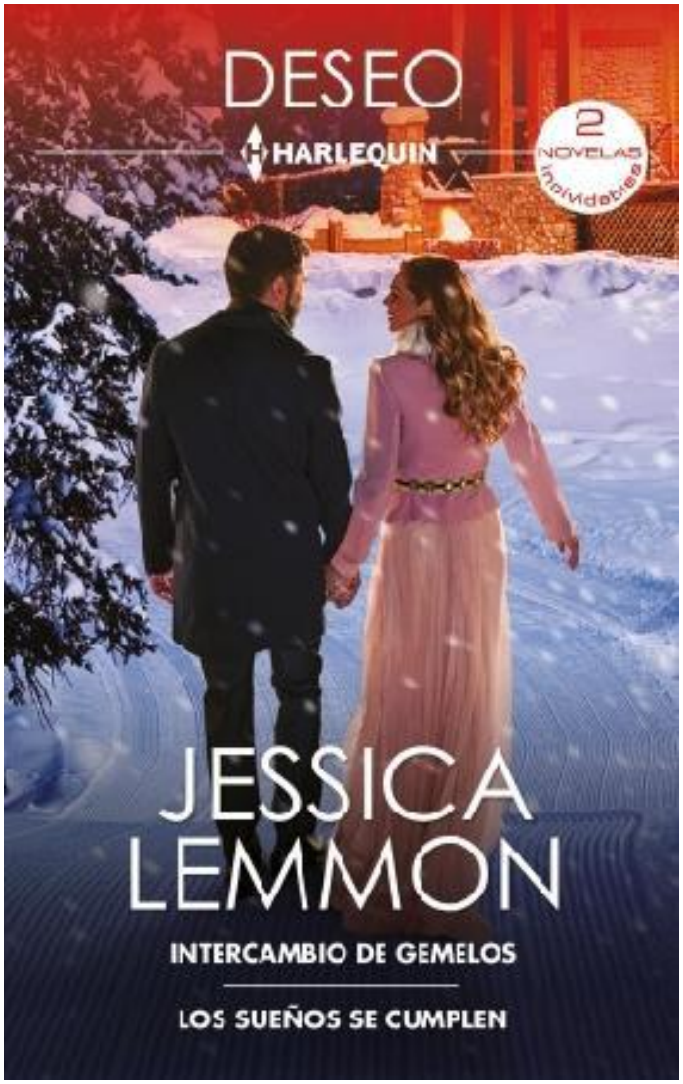
Durante su huida, el orgulloso vikingo se propuso conseguir que ella pagara el precio de su traición… ¡en el lecho! Sin embargo, no sabía que Astrid también tenía el corazón de una guerrera, y que no se dejaría domesticar tan fácilmente como él pensaba…

Rendida al vikingo

Lara Ottarsdotter era una muchacha pelirroja con mucho genio. Su habilidad para el manejo de la espada había ahuyentado a muchos pretendientes. Un día, el guerrero vikingo Finn Egilsson llegó buscando venganza para un enemigo común, y el padre de Lara, en su desesperación, le ofreció barcos y hombres de apoyo a cambio de que hiciera a Lara su esposa.

Finn no tenía ganas de pasar otra vez por el matrimonio, pero su esquiva novia encendió toda su pasión con un solo beso.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Intercambio de gemelos - Los sueños se cumplen

Lemmon, Jessica
9791370008383
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Intercambio de gemelos

El intercambio de gemelos salvaría su negocio, siempre y cuando no se volviera algo personal

La representante Kendall Squire necesitaba desesperadamente que el actor Max Dunn saliera del retiro que él mismo se había impuesto. Como representante de su gemelo, cabía la posibilidad de que hubiera cerrado un acuerdo para que su cliente hiciera un anuncio sin concretar un pequeño detalle: su disponibilidad. Max sería el sustituto perfecto, pero cuando Kendall fue a su cabaña en la montaña para proponerle la idea, acabaron atrapados en una tormenta de nieve. Pronto convencer a Max para que se hiciera pasar por su hermano dio paso a una negociación mucho más íntima.

Los sueños se cumplen

Lo que empezó como una farsa acabó en un embarazo y la cosa se puso seria.

Conseguir una entrevista con el actor Isaac Dunn era un sueño hecho realidad para la creadora de pódcast Meghan Squire. Pero cuando él le pidió hacerse pasar por su novia, ¡tuvo que pellizcarse para saber si estaba o no soñando! Sería un acuerdo temporal, lo justo para contentar a la prensa. Sencillo. Al menos hasta que su atracción demostró ser de todo menos fingida y acabó en embarazo. De pronto la pregunta del millón era si estaban preparados para un compromiso de verdad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



París puede esperar

Sicilia, Marisa
9788413487649
61

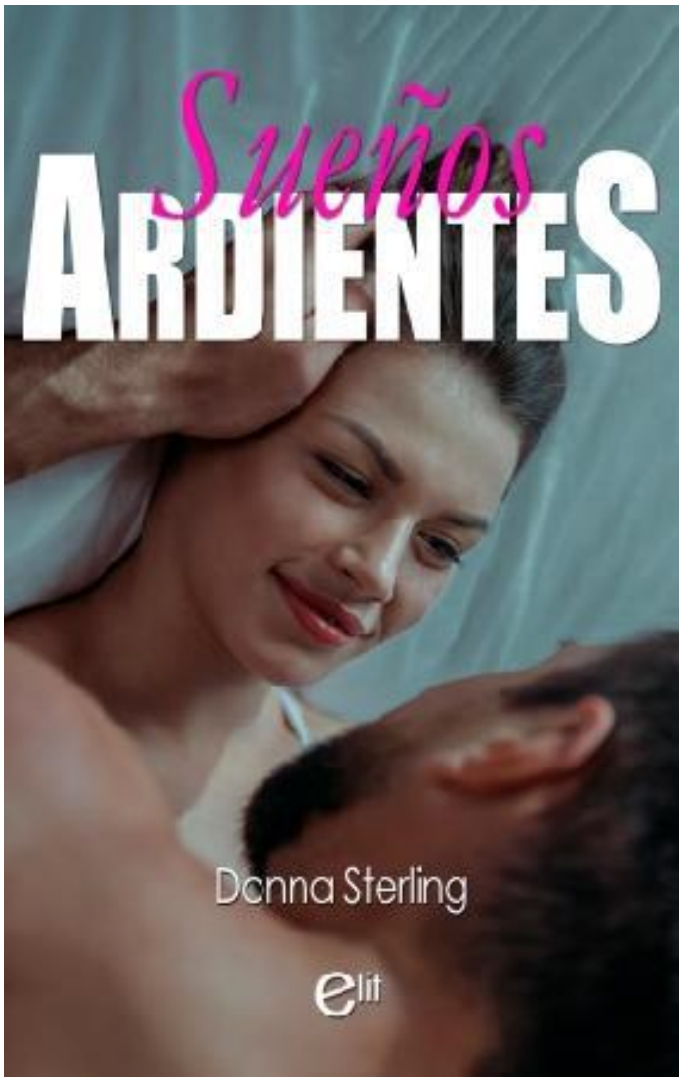
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Harlequin se queda contigo y te acompaña allí donde estés. Con este motivo nuestras autoras han escrito unas

maravillosas historias para ti. Esperamos que las disfrutes.

Alicia y Manuel llevan años planeando viajar París, pero en el último momento siempre surge algo que lo impide. Esta vez ha sido el confinamiento, pero cuando no es una cosa es otra... Y es que así es la vida. Impredecible.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Sueños ardientes

Sterling, Donna
9791370008673
192

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Brynn Sutherland tenía un pequeño problema: era sonámbula, sobre todo cuando estaba estresada. Y desde que había aparecido su antiguo novio, Cade Hunter, no podía estar más nerviosa. Todos los días se despertaba a su lado y, dada su experiencia, la cama de Cade era el sitio menos seguro para ella. Fue entonces cuando le propuso una "cura" para sus problemas nocturnos: debían resolver ciertos asuntos del pasado. ¿Cómo iba a negarse?

Lo cierto era que Cade no había conseguido olvidar a Brynn. Por eso, cuando la encontró en su cama no pudo resistirse. El problema era que en aquel momento estaba trabajando de incógnito y su misión era protegerla, por lo que no podía dejarse distraer. Pero había una cosa de la que estaba seguro: la quería a su lado para siempre. Quizá tuviera que prolongar la terapia nocturna hasta que ella admitiera que sentía lo mismo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Lo que el dinero no puede comprar

Graham, Lynne
9788410741904
160

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La artista estaba embarazada… ¡Y tuvo que casarse con el hombre más rico del mundo!

Raj Belanger tenía todo lo que el dinero podía comprar y, también algo que nunca había deseado, la responsabilidad sobre Pansy, su pequeña sobrina huérfana. Debido a su complicada infancia, estaba convencido de que su sobrina estaría mejor con su tía, la artista Sunshine Barker. Hasta que Sunny cambió por completo su vida.

Para Sunny, la pequeña Pansy lo era todo. Sin embargo, la salvaje atracción que sentía hacia Raj y la explosiva noche que pasaron juntos, la descolocaron por completo. Seis semanas más tarde, Sunny descubrió que estaba embarazada. Y la solución que le propuso Raj fue toda una sorpresa…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)